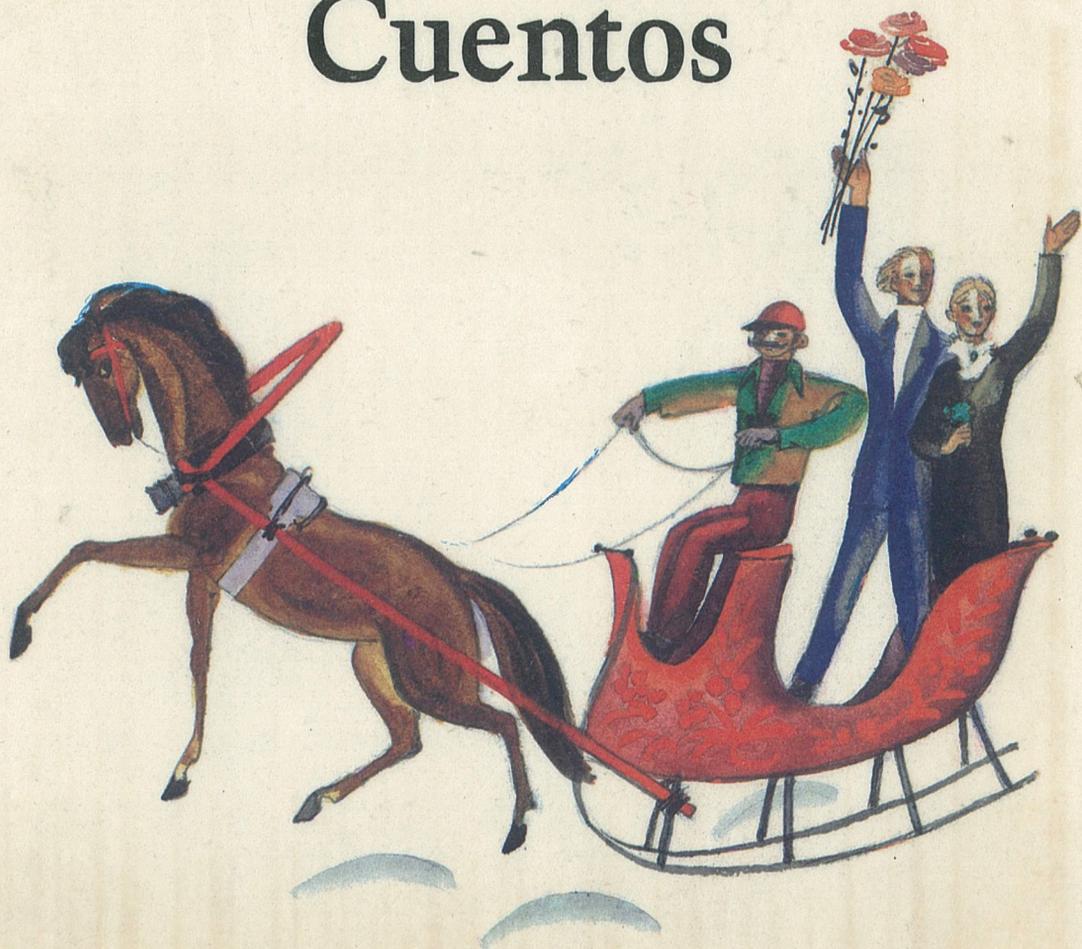


LOS DOCE MESES

Cuentos





LOS DOCE MESES

Cuentos

Traducido por Miguel Herrero Antón



Editorial Ráduga
Moscú

Ilustraciones: F. Lemkul

Edición: M. Suvi

Redacción: N. Romanovich, V. Kochkina

Corrección: O. Eguiazarián, O. Krupenina, E. Rincón

ДВЕНАДЦАТЬ МЕСЯЦЕВ

Сказки советских писателей

(на испанском языке)



Редактор русского текста Л. Савельева

Контрольный редактор М. Суви

Художник Ф. Лемкуль

Художественный редактор Т. Вахлина

Технический редактор Г. Немтинова

Корректор Е. Ринкон

Сдано в набор 04.09.90. Подписано в печать 05.03.91. Формат 70×90¹/₁₆. Бумага офсетная. Гарнитура Баскервиль. Печать офсетная. Условн. печ. л. 11,7. Усл. кр.-отт. 48,701. Уч.-изд. л. 11,58. Тираж 2980 экз. Заказ № 1705. Цена 5 р. 10 к. Изд. № 7677. Издательство «Радуга» В/О «Совэкспорткнига» Государственного комитета СССР по печати. 119859, Москва, ГСП-3, Zubovskiy bulvar, 17. Оригинал Трудового Красного Знамени Тверской полиграфический комбинат Государственного комитета СССР по печати. 170024, г. Тверь, пр. Ленина, 5.

©Editorial Ráduga, 1991

Impreso en la URSS

Д 4803010201-226 191-91
031(01)-91

ISBN 5-05-003574-0





INDICE

Máximo Gorki. EL GORRIONCITO (<i>Trad. por Isabel Vicente</i>)	5
Alexéi Tolstói. IVAN Y MARIA	9
Samuil Marshak. LOS DOCE MESES	15
Evgueni Shvarts. DOS HERMANOS	26
Pável Bazhov. PEZUÑA DE PLATA	46
Olga Forsh. LOS ANIMALES GRANUJAS	55
Valentín Katáev. LA FLORECITA DE SIETE COLORES	70
Borís Zakoctev. EL ERMITAÑO Y LA ROSA	80
Andréi Platónov. LA MARIPOSA VISTOSA	97
Konstantín Paustovski. EL GORRIONCITO DESGREÑADO	106
Veniamín Kaverin. LOS MUSICOS DE NEMUJIN	117
Arkadi Gaidar. LA PIEDRA CALIENTE	154





Máximo Gorki

El gorrioncito

Entre los gorriones ocurre exactamente igual que entre las personas: los gorriones y las gorrionas adultos son aves aburridas, que de todo hablan conforme está escrito en los libros; los jóvenes ven las cosas a su manera.

Erase un gorrion de pico amarillo llamado Púdik, que vivía encima de la ventanita de un baño, detrás del marco superior, en un nido tibio de estopa, trocitos de musgo y otros materiales blandos. Aún no había probado a volar, pero agitaba ya las alas y se asomaba fuera del nido, deseoso de ver cuanto antes lo que era el mundo y si le servía a él.

— ¿Qué, qué? —le preguntaba la mamá gorriona.

El sacudía las alas y, mirando la tierra, decía:

— ¡Pío, pi! Está demasiado negra. ¡Pío, pi!

Llegaba el padre trayéndole bichitos a Púdik y se jactaba:

— ¿Qué tal, eh? ¡Pi...!

La mamá gorriona aprobaba:

— Pi, pi... Muy bien, sí.

En cuanto a Púdik, pensaba engullendo los bichitos:

“Tanto presumir, ¡pi!, por un gusano con patas que ha traído. ¡Pío!”

Y no hacía más que asomarse fuera del nido y observarlo todo.

— ¡Púdik, Púdik! —se alarmaba la madre—. ¡Cuidado, no des una voltereta!

— ¿Qué, qué? —preguntaba Púdik.

— Que como te caigas al suelo, el gato, ¡zas!, te echará la garra —explicaba el padre al irse de caza.

Así marchaban las cosas, y las alas de Púdik no se apresuraban a crecer.

Una vez sopló el viento, y Púdik preguntó:

— ¿Qué es, qué es?

— El viento. Como te sople, ¡zas!, te tirará al suelo, donde está el gato —explicó la madre.

Aquello no le gustó a Púdik, que protestó:

— ¿Y por qué se mecen los árboles? Que se estén quietos, y no habrá viento...

La madre intentó demostrarle que no era así, pero él no se lo creyó: le gustaba explicar las cosas a su manera.

Por delante del baño pasó un campesino braceando.

— El gato le ha desplumado las alas —dijo Púdik—. No han quedado más que los huesos.

— Es una persona, y las personas no tienen alas —explicó la gorriona.

— ¿Por qué?

— Son de una clase que vive sin alas y saltando siempre sobre las patas, ¿ves?

— ¿Por qué?

— Si tuvieran alas, nos cazarían a nosotros como tu padre y yo cazamos las moscas...

— ¡Bah, bah, bah! ¡Tonterías! —replicó Púdik—. Todos deben tener alas. ¡Si en la tierra se está peor que en el aire! Cuando yo crezca, haré que todos vuelen.

Púdik no se creía lo que decía su mamá. Aún no sabía que, cuando no se cree a la mamá, la cosa termina mal.

Estaba asomado al borde mismo del nido cantando a pleno pulmón unos versos inventados por él:



Hombre sin alas
Que tienes dos patas,
Aunque eres muy grande,
Te comen las moscas.
Yo que soy pequeñito
Me las como a ellas.

Así, cantando, cantando, se cayó del nido. La gorriona bajó tras él volando, pero ya estaba allí el gato de color canela, con los ojos verdes.

Púdik se llevó el gran susto, abrió las alas y, vacilando sobre sus patitas grises, piaba:

— ¡Buenas, muy buenas!...

Pero la gorriona le echaba para un lado. Daba miedo de tan valiente, con todas las plumas erizadas. Tenía el pico abierto y apuntaba a los ojos del gato.

— ¡Largo, largo! Vuela, Púdik, vuela a la ventana...

El miedo le dio impulso al gorrioncito. Pegó un salto, agitó las alas —una vez, otra vez—, ¡y a la ventana!

En seguida se posó a su lado la mamá, sin cola pero muy satisfecha. Le dio un picotazo en el pescuezo y le preguntó:

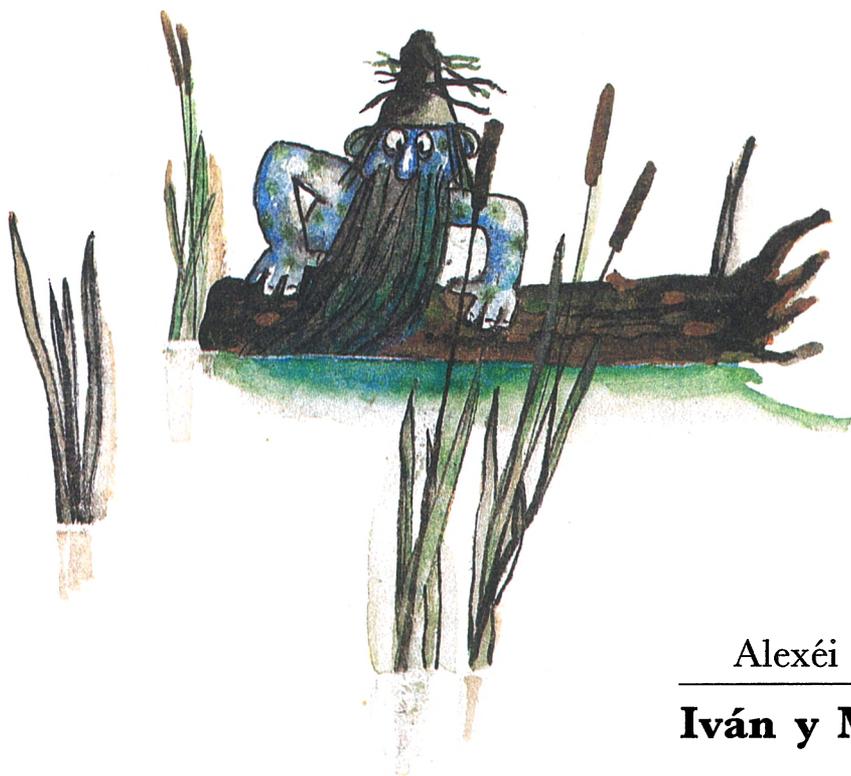
— ¿Qué, qué?

— ¡Qué, qué! —replicó Púdik—. Nadie nace sabiendo.

Desde el suelo, el gato —de color canela, con los ojos verdes— los miraba, mientras se limpiaba las plumas de la gorriona que le habían quedado en una garra, y maullaba lastimeramente:

— Mi-ira qué gorrioncito tan pequeñito... ¡Miau! Igual que un roncito... ¡Miau!

Y todo terminó bien si se deja a un lado que la mamá gorriona se quedó sin cola...



Alexéi Tolstói

Iván y María

Los días de Iván Kupala llegan a la décima semana después de las Pascuas.

El sol recalienta la tierra hasta el mismo centro, y comienza a florecer el fabuloso ajeno. El ardiente sol penetra hasta el mismo fondo verde de los lagos, colándose debajo de los troncos y tocones sumergidos, debajo de las algas.

No hay dónde esconderse para las ninfas acuáticas. Entonces, en las tardes apacibles y en las noches de luna salen ellas de los lagos y se refugian dentro de los árboles. Desde entonces se les llama ninfas arbóreas.

Este ha sido el prólogo, y ahora viene el cuento.

Erase que se eran el hermano Iván y la hermana María que vivían en una choza en la orilla de un lago.

Ese lago era apacible, pero tenía mala fama: el genio de las aguas allí hacía de las suyas.

Cuando sale la luna para iluminar el lago, empiezan a gorgotear las

burbujas y a bullir el agua en el juncar, resuenan golpeteos en el agua de algo así como palas para lavar, y entonces aparece por entre los juncos el genio de las aguas, montado en un tronco, con un casquete en la cabeza y cubierto de limo. Si le ves, escóndete, porque, si no, te arrastrará al fondo.

El hermano Iván había ordenado severamente a su hermana María:

— Cuando me vaya, no salgas de casa por la noche, ni cantes canciones junto al agua del lago. Quédate en casa, quieta, silenciosa, como lo hace el pequeño ratón.

— Haré como tú me dices —le respondió María.

Iván se fue al bosque. María, empero, se aburrió pronto sentada sola a la rueca, apoyó su carita en las palmas de las manos y comenzó a cantar:

¿Dónde está luna dorada?
En el cielo azul, que es su morada.
En el lago profundo ella se miró,
en las aguas oscuras se hundió.

De súbito oyó un golpe en el postigo.

— ¿Quién está allí? —gritó María.

— Sal a vernos, sal a vernos —sonaron voces finitas detrás del postigo.

María corrió afuera y quedó amaravillada.

Desde el lago hasta la casita se extendía un corro de ninfas acuáticas.

Cogidas de las manos, las ninfas daban vueltas, se reían jugando.

Palmoteó de asombro María. Pero ya no podía escapar: las ninfas la habían rodeado al instante, le pusieron una corona de flores en la cabeza...

— Ven, ven al corro —la invitaron—. Eres la más hermosa, y serás nuestra reina.

La tomaron de las manos y comenzaron a dar vueltas.

De pronto, se asomó del juncar una cabeza azul e hinchada, con un casquete limoso.

— Hola, María —ronqueó el genio de las aguas—. Desde hace mucho te he estado esperando... —y extendió sus garras hacia ella...

Iván regresó a casa a alta hora de la mañana. Rebuscó en todos los rincones, pero no encontró a su hermanita. Luego, al salir afuera, vio en la orilla sus zapatitos y su cinto.

El pobre Iván se sentó y se echó a llorar.



Iban pasando los días; el sol descendía cada vez más hacia la tierra. Llegaron los días de Iván Kupala.

“Me iré de aquí y acabaré mis días en otra parte —pensó—. Pero primero debo hacerme unas alpargatas nuevas.”

Así pues, encontró tras el lago un buen tilo, le arrancó la corteza, trenzó unas alpargatas y se marchó de allí.

Después de que hubo caminado largo rato llegó hasta el tilo pelado por él mismo.

“¡Anda, pero si he vuelto atrás!”, pensó Iván, y se encaminó en la dirección contraria.

Dio un rodeo al lago, pero otra vez llegó hasta el tilo pelado.

“¡Parece una brujería!”, pensó, asustado, y escapó corriendo en otra dirección. Sin embargo, las alpargatas ellas solas se volvían hacia el viejo sitio...

Se enfadó Iván, alzó el hacha y estuvo a punto de derribar el tilo cuando, de repente, oyó una voz humana:

— ¡No me derribes, hermano mío!

A Iván se le cayó el hacha de las manos.

— Hermanita, ¿eres tú? —gritó él.

— Sí, hermano mío. El genio de las aguas me tomó como esposa. Ahora soy un árbol, como ves. En primavera, seré ninfa otra vez... Cuando arrancabas la corteza de mi cuerpo, te hechicé para que no te marcharas lejos de aquí.

— ¿Y no puedes escapar del genio de las aguas? —la preguntó Iván.

— Puedo, pero tú deberás arrancar el ajenjo de algún lugar movedizo y tirármelo a la cara.

Y tan pronto hubo dicho eso, como las alpargatas de Iván le llevaron volando por el bosque: el viento le silbaba en los oídos. Las alpargatas lo alzaron sobre la tierra y fueron subiéndolo hasta que lo lanzaron a través de una negra nube.

“Ojalá no me caiga”, pensó, y en ese instante se enganchó de una nube gris y quedó en lugar movedizo.

Anduvo por la nube, pero no halló ni un arbusto ni una hierbita.

De súbito, algo se movió bajo los pies de Iván y desde un hoyo saltó un hombrecito con un gorrito rojo.

— ¿Qué haces aquí? —rugió el hombrecito, como un toro.

— Estoy buscando el ajenjo —le dijo Iván, haciendo una reverencia.

— Te daré el ajenjo, pero tendrás que vencerme con maña gitana.



Se tumbaron de espaldas, levantaron una pierna cada uno, se cogieron con esas piernas y empezaron a tirar.

El hombrecito era tan fuerte como un roble, pero a Iván le ayudaban las alpargatas. Al poco, Iván comenzó a tirar más que su rival, y al fin le ganó.

— Has tenido suerte —rugió el hombrecito—. Si no me hubieras ganado, ahora estarías lejos en el cielo. He lanzado allá a muchos de tus semejantes. Toma tu ajenjo.

Y el hombrecito le arrojó un manojo de hierba. Iván agarró la hierba y corrió aprisa hacia abajo, hacia la tierra. Mientras tanto, el hombrecito se puso a rugir y a alborotar, sacando y guardando su roja lengua por entre la nube tormentosa.

Iván llegó corriendo hasta el tilo y vio, ¡qué horror!, a un viejo terrible, sentado en la tierra, moviendo sus bigotes como un escarabajo...

— ¡Déjame pasar! —le gritó Iván—. ¡Sé quién eres! ¡Toma esto!

Y le tiró el manojo de ajenjo a la cara. Al punto, el genio se hinchó, explotó y cayó al lago.

Iván recogió el manojo de ajenjo y lo golpeó contra el tilo: salió su querida hermanita María, abrazó a Iván, se echó a llorar y a reír.

Al poco tiempo, ellos abandonaron su pequeña choza junto al lago, atravesaron el bosque oscuro y se quedaron a vivir en un campo abierto.

Hasta hoy día los dos hermanos viven juntos y nunca se separan. Por eso la gente los llama hermanos inseparables: Iván y María.



Samuil Marshak

Los doce meses

Cuento eslavo

¿Sabes cuántos meses tiene un año? Doce. ¿Y cómo son sus nombres? Enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre.

Al terminarse un mes en seguida comienza el otro. Nunca el mes de febrero se adelantara a enero o mayo llegara antes que abril.

Los meses siguen uno a otro, pero jamás se encuentran entre sí.

Cuenta la gente que una chica de una aldea montañosa de Bohemia había visto a los doce meses juntos, de una vez.

¿Cómo había ocurrido eso? Bien, ahora te lo cuento.

En aquella aldea montañosa vivía una mujer cruel y avariciosa junto con su hija y su hijastra. A su hija la mimaba, pero la hijastra no podía

complacer con nada a esa mujer. Cualquier cosa que la chica hiciera o cualquier gesto que pusiera, la madrastra todo lo encontraba mal.

La hija, que era una perezosa, se pasaba todo el santo día tumbada en el blando colchón de plumones, comiendo dulces rosquillas, y la hijastra trabajaba de sol a sol, sin un momento libre para descansar: la mandaban a traer agua del pozo o ramas secas del bosque, a lavar la ropa en el río de montaña, o a escardar los arriates.

La chica había conocido cómo eran las heladas crudas en invierno, el sofocante calor en verano, los ventarrones primaverales y las lluvias otoñales. Y quizá por eso se le había presentado la suerte de topar un día con los doce meses juntos.

Ocurrió eso en invierno, enero. Había caído tanta nieve que la gente, para poder pasar, había tenido que apartarla con las palas. En el bosque de la montaña, la nieve llegaba hasta la mitad de los troncos, sin dejarles, incluso, balancearse, cuando el viento arremetía contra ellos.

Los aldeanos se quedaban en casa, junto a sus estufas calientes.

Justo un día de éstos, al atardecer, la cruel madrastra entreabrió la puerta para ver cómo embestía la nevasca, y al poco se metió para dentro, se sentó al lado de la estufa caliente y dijo a su hijastra:

— Sería bueno que fueras al bosque para recoger unas cuantas campanillas blancas. Mañana es el cumpleaños de tu hermanita.

Miró la chica a su madrastra y pensó: “¿Lo dice en serio? ¿Es posible que pueda mandarme ahora al bosque? A esa hora ya me daba miedo meterme en el bosque oscuro. ¡¿Y qué campanillas blancas iba a encontrar allí?! Esas florecillas no aparecen antes de marzo. Sólo acabaría perdiéndome entre los montones de nieve”.

Se le dirigió su hermana perezosa:

— Si te pierdes allí, nadie va a derramar una sola lágrima por ti. Toma este cesto y no regreses sin antes tenerlo lleno.

Asomaron las lágrimas a los ojos de la chica, se arropó con su bufanda agujereada y salió afuera. Los copos de nieve le tapaban los ojos, el viento le arrancaba la bufanda. Apenas lograba sacar los pies que se hundían en los montones de nieve.

La oscuridad fue envolviéndola más y más. El cielo ya se había puesto negro-negro, no se veía una sola estrellita que mirara a la tierra; sólo un débil brillo que reflejaba la nieve le permitía avanzar.

Por fin alcanzó los primeros árboles del bosque. Ya estaba tan oscuro que no llegaba a ver ni siquiera sus brazos. Después de andar un rato, se

sentó en un tronco caído, porque le daba lo mismo dónde quedar muerta por el frío.

De pronto divisó el resplandor de una lucecita lejana entre los árboles, que le había parecido una estrella caída y prendida entre las ramas.

La chica se levantó y fue derechamente hacia la lucecita, hundiéndose en la nieve y teniendo que pasar por encima de los troncos y ramaje caídos. Pensó: “¡Ojalá no se apague la lucecita!” Y la lucecita, lejos de apagarse, se ponía cada vez más brillante a medida que la chica se le acercaba. Al poco empezó a captar un humecillo caliente y oyó chasquidos de ramas ardiendo. Aligeró el paso y salió a un calvero. Al punto quedó hecha una pieza.

En el calvero había tanta luz como en un día de sol. Justo en el medio ardía una fogata con llamas que casi llegaban hasta el cielo. Alrededor de la fogata vio sentados a unos hombres que conversaban bajito: algunos, junto al fuego; otros, un poco apartados del calor de las llamas.

La chica se quedó mirándolos mientras pensaba: “¿Quiénes serán ellos?” No parecen cazadores y menos, leñadores. Tenían vestidos muy bonitos: unos, bordados en oro o en plata, otros estaban hechos de terciopelo verde.

Los contó y le salieron doce, en total: tres ancianos, tres mayores, tres jóvenes y tres eran unos niños todavía.

Los jóvenes y los niños estaban sentados muy cerca del fuego; los ancianos y los mayores, un poco apartados.

De repente, el anciano más alto, con barba larga y cejas muy pobladas, volvió la cabeza y miró hacia donde se había parado la chica.

Ella se asustó tanto que quiso huir; pero ya era tarde. Con una voz sonora, el anciano le preguntó:

— ¿De dónde has venido y qué buscas aquí?

La chica le mostró su cesto vacío y le repuso:

— Me hace falta llenar este cesto de campanillas blancas.

El anciano se echó a reír:

— ¡¿Campanillas blancas?! ¡¿En enero?! ¡Qué cosas tienes!

— No es un capricho mío. Me mandó aquí por campanillas mi madrastra —le replicó la chica—, y me prohibió regresar sin ellas.

Entonces, los doce hombres se volvieron hacia la chica y se pusieron a murmurar.

Ella aguzó el oído, pero no llegó a comprender lo que decían; le pareció haber oído el susurro de unos árboles y no voces humanas.



Luego de haber murmurado un rato, los hombres enmudecieron.

El más alto anciano se volvió nuevamente y la preguntó:

—¿Qué vas a hacer si no encuentras campanillas? Porque ellas no aparecerán antes del mes de marzo.

— Me quedaré en este bosque —le contestó ella— y esperaré a que llegue marzo.. Prefiero morir aquí de frío a regresar a casa sin campanillas.

Y al punto se echó a llorar.

De pronto, uno de los doce hombres, el más joven y alegre, con su zamarrita colgada de un hombro, se levantó y se acercó al anciano más alto, le propuso:

— Hermano Enero, cédeme tu lugar por una horita.

El anciano, meditabundo, meció su larga barba y le repuso:

— Te lo cedería gustoso, hermano, pero Marzo no puede llegar antes que Febrero.

— ¡Anda, hombre! —refunfuñó otro anciano, que tenía la barba y el cabello desmelenados—. Cédele, yo no estoy en contra. Todos nosotros la conocemos muy bien y nos la encontramos siempre ora sacando agua en el río helado, ora yendo por el bosque con un atado de leños a cuestras. Nos gusta a todos cómo ella trabaja. Tenemos que ayudarla en lo que podamos.

— Está bien, así sea —dijo Enero, dando un golpe en el suelo con su cayado de hielo y cantó:

¡No se esfuercen, heladas
en las arboledas vedadas,
no congelen ni a pinos,
ni a los álamos finos,
ni a ardillas ni a cuervos,
ni a liebres ni a ciervos!
¡No enfríen al mundo entero!
Tal es la orden de Enero.

Terminó de cantar el anciano y se hizo silencio en el bosque, dejaron de crujir los árboles helados y empezaron a caer grandes y suaves copos de nieve.

— Ahora te toca a ti, hermano —dijo Enero y entregó el cayado a su hermano menor, a Febrero desmelenado.

También éste golpeó el cayado contra el suelo, sacudió con la barba y clamó:

Se enfurece como puede
la tormenta. ¡Que enrede
los caminos y senderos!
Tal es la orden de Febrero.

¡La ventisca en la pradera
se extienda a ras de tierra,
entone el viento su melodía
toda la noche, todo el día!

Apenas Febrero hubo terminado de clamar, cuando el gélido y violento viento sacudió las ramas y levantó los copos de nieve, se pusieron a danzar a ras del suelo torbellinos blancos.

Febrero entregó el cayado de hielo a su hermano menor y le dijo:
— Ahora te toca a ti, hermano Marzo.

Marzo cogió el cayado y dio un golpe contra el suelo.

Miró la chica y vio que el cayado se había convertido en una enorme rama llena de brotes.

Marzo soltó una risita y empezó a cantar con toda la fuerza de su joven voz:

Se derriten carámbanos cristalinos,
corren alegres arroyos alpinos.
Después de una temporada nevosa
se despierta la hormiga laboriosa.

Y también el oso en su guarida
sale al encuentro de la vida.
Han brotado blancas campanillas,
canturrean pájaros sus tonadillas.

La chica hasta se llevó las manos a la cabeza: ¡desaparecieron los montones de nieve y los carámbanos que colgaban en cada ramita!

Sus pies pisaban una suave tierra de primavera. Alrededor, todo gotecía, fluía, murmuraba. Los brotes de las ramas se hincharon y las primeras hojitas verdes se asomaban ya de debajo de sus oscuras cascarillas.

La chica quedó maravillada contemplando aquella hermosura.

— ¿Qué estás ahí parada? — le preguntó Marzo—. Date prisa, mis hermanos nos han dado sólo una hora.

La chica volvió en sí y se apresuró a correr al bosque para buscar campanillas blancas. La tierra estaba cubierta de esas florecillas: debajo de los



arbustos, en montículos y oteros, en todos los sitios hasta donde le llegaba la vista. Llenados el cesto y el delantal, regresó de prisa al calvero donde había dejado a los doce hermanos sentados a la vera de la fogata.

Pero no halló allí ni fogata ni a los doce hermanos... El calvero seguía iluminado, pero no como antes. La luz ya provenía de la luna llena, que se había asomado por encima de los árboles.

Lamentó no haber podido dar las gracias a nadie, y corrió a casa con su cesto lleno de campanillas blancas. La luna parecía ir flotando detrás de la chica.

Sin poner los pies en el suelo llegó hasta su casa. Y apenas pisado el umbral, cuando de nuevo la ventisca se puso a golpear los postigos y la luna se escondió tras las negras nubes.

— ¿Cómo es que vienes tan pronto? —la preguntaron la madrastra y la hermana—. ¿Y dónde están las campanillas blancas?

Sin decirles nada, la chica vació su delantal encima de la mesa y al lado puso el cesto lleno de florecillas.

La madrastra y la hermana quedaron boquiabiertas:

— ¿Dónde las conseguiste?

La chica les contó toda la historia. La madrastra y la hermana la escucharon atontadas, agitando con las cabezas. Era difícil creerlo, pero ahí estaba, encima de la mesa, un montón de lozanas campanillas, inundando la habitación de fragancia primaveral.

La madrastra y la hermana se cambiaron de miradas y al punto preguntaron:

— ¿Te han dado algo más los Meses?

— No les pedí ninguna otra cosa —replicó la chica.

— ¡Qué boba eres! —exclamó su hermana—. ¡La primera vez en tu vida encontraste a los doce Meses juntos y sólo les pediste campanillas! En tu lugar, yo hubiera pedido manzanas y peras dulces a uno de ellos, fresas maduras a otro, setas al tercero, pepinillos frescos al cuarto.

— ¡Qué lista eres, hijita! —la alabó su madre—. En invierno, las fresas y las peras están a precio de oro. ¡Podríamos sacar un dineral vendiéndolas! Y esta tonta sólo ha traído campanillas blancas. Hijita, vístete bien y acércate a ese calvero. Aunque son doce, ellos no podrán engañarte, seguro.

— ¡Ni lo intenten! —espetó la hija, metiendo los brazos en su abrigo de pieles y cubriéndose la cabeza con una caliente bufanda de lana.

Ya afuera, la hija oyó cómo su madre le gritó:

— ¡Ponte las manoplas y abróchate el abrigo!

Al poco ya había alcanzado el bosque.

Siguió por las huellas de su hermana, pensando: “Tengo que llegar lo más pronto posible a ese calvero”.

El bosque se hacía cada vez más espeso y más oscuro, los montones de nieve eran ya altos, los árboles derribados por el viento formaban una barrera difícil de sobrepasar.

“¡Ay, qué miedo! —pensó la hija—. ¿Para qué me he metido en este bosque una noche tan negra? Podía haberme quedado en casa, tumbada en mi cama calentita, en vez de estar helándome con este frío. No faltaría más sino que me perdiera ahora aquí.”

Tan pronto había pensado eso como divisó el resplandor de una lucecita lejana entre los árboles, cual una estrella que, al caer, quedó prendida entre las ramas.

Fue derechamente hacia aquella lucecita, abriéndose camino entre los montones de nieve. Por fin salió al calvero. En el medio ardía una fogata grande, y a su alrededor estaban sentados los doce Meses, doce hermanos, que conversaban bajito.

La chica se acercó a la fogata, sin hacer reverencia alguna y sin saludar a ninguno de ellos, y se colocó en el lugar donde más calor daba.

Los doce hermanos se callaron. Se hizo silencio en el bosque. Pero de repente, el mes Enero golpeó su cayado contra el suelo.

— ¿Quién eres tú? —la preguntó—. ¿De dónde has venido?

— Vengo de mi casa —le respondió la muchacha—. Hace poco aquí ha estado mi hermana. Seguí sus huellas por la nieve. Ustedes le regalaron un cesto lleno de campanillas blancas.

— Conocemos bien a tu hermana —dijo el mes Enero—. Pero a ti jamás hemos visto antes. ¿A qué has venido?

— Quiero que me den regalos —le contestó, ufana, la chica—. Quiero que el mes Junio llene mi cesto con fresas, con las más grandes que encuentre. Del mes Julio quiero pepinillos frescos y setas nobles. Del mes Agosto, manzanas y peras dulces. Del mes Septiembre, avellanas maduras. Del mes Octubre...

— ¡Para, para!... —le repuso Enero—. El verano nunca llega antes de la primavera, como tampoco la primavera llega antes del invierno. Aún queda mucho tiempo hasta el mes Junio. Yo soy el que manda las temporadas y reinaré los treinta y un días hasta el final.

— ¡Menúdo genio tienes, abuelo! —espetó la moza—. No he venido



para verte a ti. Lo único que de ti se puede esperar es nieve y escarcha. Quiero hablar con los meses de verano.

Enero puso ceño.

— Entonces, ¡busca el verano en invierno! —rugió él.

Y sacudió con su ancha manga levantando una nevasca tan fuerte en el bosque que todo el calvero quedó al instante cubierto de nieve arremolinada. Tapó incluso la llama de la fogata. La moza sólo oía cómo silbaba, crispataba y flameaba el fuego.

La chica se llevó un susto terrible.

— ¡No hagas eso! ¡Basta ya! —gritó ella.

Pero la nevasca siguió arremolinando en torno a ella, le tapaba los ojos con sus grandes copos y le cortaba la respiración. La moza se desmayó, cayó de bruces sobre un montón de nieve y allí quedó sepultada.

Mientras tanto, su madre la estaba esperando impaciente a la puerta de su casa, tratando de ver a través de la nevasca a su hija. Al rato, no pudiendo aguantar por más tiempo, se puso el abrigo grueso y se fue al bosque. Pero ¿acaso era posible encontrar allí a alguien con aquella nevasca y penumbra?

La mujer se cansó de andar por la nieve buscando a su hija por todas partes. Al fin, rendida, cayó sobre un montón de nieve y se quedó helada.

Así pues, quedaron las dos en el bosque esperando el verano.

La hijastra, en cambio, vivió contenta en la casa, creció, se hizo mayor, se casó y tuvo hijos.

Dice la gente que rodeaba su casa un jardín precioso, de esos que nadie había visto antes en parte alguna. El año entero florecían en su jardín rosas, maduraban fresas y crecían manzanas y peras en abundancia.

— A la dueña de esa casa la visitan los doce Meses a la vez —decía la gente.

Y ello, probablemente, era verdad.



Evgueni Shvartş

Dos Hermanos

Los árboles no saben hablar. Están como clavados en su sitio. Pero de todas formas son vivos. Ellos respiran. Ellos crecen durante toda su vida. Incluso los enormes árboles-veteranos se estiran un poco todos los años, igual que los niños pequeños.

Los pastores cuidan sus rebaños. Los guardas vigilan los bosques.

Así pues, en un extenso bosque vivía un guarda que se llamaba Barba Negra. El día entero deambulaba por el bosque inspeccionando los árboles, cada uno de ellos lo conocía por su nombre. En el bosque, el guarda siempre tenía buen ánimo; en cambio, en casa, a menudo se le veía enfurruñado, suspirando. Todo le iba bien en el bosque, mientras que en casa sus hijos le amargaban la vida. Se llamaban el Mayor y el Menor. El primero tenía doce años y el otro, siete. Por mucho que el guarda los reprochaba y por mucho que los rogara, los hermanos regañaban todos los días, como si fueran unos extraños.

Un día —ocurrió eso el veintiocho de diciembre, por la mañana—

Barba Negra llamó a sus hijos y les dijo que para esa fiesta del Año Nuevo él no decoraría el Arbol de Navidad. Había que ir a la ciudad por los juguetes decorativos para el Arbol. La madre no podía ir sola, porque la comerían los lobos. El mismo no iría porque no sabía hacer compras. A los dos hermanos, claro, no los dejaría solos en casa, porque, sin los padres, el mayor le daría al pequeño una tremenda tunda. El Mayor era un chico listo. Estudiaba bien, leía mucho y sabía hablar de manera convincente. Así que se puso a persuadir al padre que no pegaría al hermano y que en casa habría orden hasta que ellos volvieran.

— ¿Me das tu palabra? —le preguntó su padre.

— Te doy palabra de honor —contestó el chico.

— Bien —dijo el padre—. Estaremos ausentes tres días. Regresaremos el treinta y uno por la tarde, a eso de las ocho. Todo ese tiempo tú mandarás aquí. Respondes por la casa y, lo principal, por tu hermano. Serás como un padre para él. ¿Me has oído?

La madre preparó para tres días tres desayunos, tres comidas y tres cenas, y les enseñó cómo tenían que calentarlos.

A su vez, el padre trajo a casa leña para tres días y le dio al Mayor una caja de cerillas. Después de eso, engancharon el caballo al trineo; sonaron los cascabeles y los padres se fueron.

El primer día se llevaron bien. El segundo, aún mejor.

Y llegó el treinta y uno de diciembre. A las seis de la tarde el Mayor le dio de cenar al Menor y se sentó a leer *Las aventuras del navegante Sindbad*. Llegó hasta el pasaje más excitante del libro, donde sobre el barco aparece el monstruoso pájaro Roc, enorme como una nube de tormenta. En sus garras acarreaba una piedra grande como una casa.

El Mayor quería saber lo que ocurriría después, pero su hermano le molestaba, daba vueltas alrededor de él, aburrido, tedioso, y suplicándole:

— ¡Juega conmigo un poco, por favor!

Sus riñas siempre comenzaban por eso. El Menor se sentía triste sin la compañía de su hermano, quien lo echaba de su lado sin piedad y le gritaba: “¡Déjame en paz ya!”

Esa vez la cosa también acabó mal. El Mayor se aguantó cierto rato, pero al final le cogió por el cogote y le chilló: “¡Déjame en paz ya!”

Y le echó al patio y cerró la puerta.

En invierno oscurece temprano; en el patio ya era de noche. El Menor golpeó la puerta con los puños y gritó:



— ¿Qué haces? ¿Olvidaste que eres como un padre para mí?

Al Mayor se le encogió el corazón por un instante y dio un paso hacia la puerta, pero al punto se paró y pensó:

“Bueno, bueno... Leeré unas cinco líneas más y le dejaré entrar. No le pasará nada en ese tiempo”.

Volvió a sentarse en el sillón y se enfrascó en la lectura. Cuando se dio cuenta, miró al reloj y vio que ya eran las ocho menos cuarto.

El Mayor se incorporó de un salto y exclamó:

— ¡Válgame Dios! ¡Ay lo que he hecho! El Menor se habrá helado ahí sin abrigo, solo!

Y se lanzó al patio.

Era una noche negra-negra y silenciosa a más no poder.

A voz en cuello empezó a llamar al Menor, pero nadie le contestaba.

Entonces el Mayor encendió una linterna y rebuscó todos los rincones en el patio.

Su hermano había desaparecido sin dejar rastro.

Una nieve fresca había cubierto la tierra y no se veía ni una huella. El Menor había desaparecido como si el mismo Roc se lo hubiera llevado por el aire.

El Mayor lloraba a lágrima viva y en alta voz le pedía perdón a su hermano.

Pero tampoco eso ayudó. El Menor no respondía.

El reloj de la casa dio las ocho, y justo en ese momento el Mayor oyó el tintineo de cascabeles, lejos en el bosque.

“Ya vienen los padres —pensó con alarma—. ¡Oh, si el tiempo diera marcha atrás por unas dos horas! Yo no hubiera echado a mi hermano al patio. Y ahora estaríamos aquí juntos, llenos de alegría.”

El cascabeleo se oía ya cada vez más cerca. Al poco llegaron a él los resoplidos del caballo y el chirriar de los patines; por fin, el trineo se metió en el patio. El padre saltó a tierra: su negra barba se había cubierto de escarcha, estaba toda blanca.

Tras él bajó del trineo la madre, llevando un cesto grande en una mano. Los dos estaban alegres, pues ignoraban la desgracia que había ocurrido en casa.

— ¿Por qué has salido al patio sin el abrigo? —le preguntó la madre.

— ¿Y dónde está el Menor? —preguntó el padre.

El Mayor no dijo ni palabra.

— ¿Dónde está tu hermano? —volvió a preguntarle el padre.

El Mayor se echó a llorar. El padre le tomó de la mano y lo condujo al interior de la casa. La madre les siguió en silencio. Una vez dentro, el Mayor les contó todo lo que había pasado.

Terminada su historia, el chico miró al padre. En la habitación hacía calor, mas la escarcha en la barba del padre no se derretía. En esto el Mayor lanzó un grito: se había dado cuenta de que no era la escarcha en la barba. Le había chocado tanto la noticia que todo el pelo se le volvió canoso.

— Ponte el abrigo —dijo quedo el padre— y márchate. Y no vuelvas a casa sin tu hermano menor.

— ¡Ay qué desgracia! ¿Nos vamos a quedar sin hijos ahora? —le preguntó la madre llorando, pero el padre no le contestó.

El Mayor se puso el abrigo, tomó la linterna y salió de la casa.

Anduvo en la penumbra llamando a su hermano durante largo tiempo, pero nadie le respondió. El conocido bosque se alzaba cual un muro a su alrededor, mas al Mayor le pareció que él se había quedado solo en este mundo. Los árboles, claro, son vivos, pero no saben hablar y permanecen como clavados en su sitio. Además, en invierno duermen con un sueño profundo. El chico no tenía con quién hablar. Iba marchando por los lugares donde frecuentemente había correteado con su hermano menor. Ahora no acababa de explicarse por qué ellos dos habían regañado toda su vida, como si fueran seres extraños. Recordaba lo delgaducho que había sido su hermano, el copete que el Menor siempre tenía en la coronilla, cómo se reía cuando él a veces le hacía alguna broma, y qué feliz y entusiasmado se sentía él cuando le invitaba a jugar.

El Mayor estaba tan apenado por la perdición de su hermano que no notaba el frío, ni la oscuridad, ni el silencio. Sólo en algunos momentos tuvo miedo y él miraba espantado a los lados, como una liebre asustada. El Mayor ya era un chico grande, tenía doce años, pero junto a enormes árboles parecía muy chiquitín.

En ésas alcanzó el final del sector de su padre y se adentró en el sector de bosque que estaba a cargo de un guarda vecino suyo que todos los domingos venía a su casa a jugar al ajedrez con el padre. Al poco cruzó también este sector y ya caminaba por otro más, del que era responsable otro guarda. Este, sin embargo, los visitaba una vez al mes. Después recorrió los sectores de los guardabosques que el Mayor había visto solamente una vez en tres meses, una vez en medio año o una vez al

año. La vela de la linterna se había apagado hacía rato, y el chico iba acelerando el paso cada vez más.

Quedaron atrás los sectores de los guardabosques a quienes el Mayor jamás los había visto, sólo oyera hablar de ellos. Luego el sendero empezó a subir y cuando amaneció el chico vio que por todas partes le rodeaban montañas, densamente pobladas de bosques.

Se detuvo.

Sabía que se necesitaban siete semanas de marcha en trineo para llegar de su casa hasta esas montañas. ¿Cómo había podido él llegar allí en solo una noche?

De pronto el chico captó un leve tintineo en la lejanía. Al principio le pareció que le zumbaban los oídos, pero luego se estremeció de la alegría: ¿no serían cascabeles? ¿Tal vez habían encontrado ya al Menor y el padre venía corriendo en trineo por el Mayor, para llevarle a casa?

Sin embargo, el tintineo no se aproximaba; nunca antes los cascabeles habían sonado tan débil y llanamente.

“Voy a ver qué tintineo es ése”, se dijo el Mayor.

Caminó durante una hora, después otra y otra más. El sonido iba creciendo por momentos. Y de repente, el chico se encontró en medio de asombrosos árboles: eran pinos altos, pero todos ellos transparentes como el vidrio y sus copas brillaban al sol con un esplendor que hería los ojos. Se mecían al viento, sus ramas se golpeaban una contra otra y sonaban, sonaban como cascabeles.

El chico siguió adelante, y vio abetos transparentes, abedules transparentes y arces transparentes. Un enorme roble transparente se alzaba en medio del calvero y resonaba con tono bajo, como un abejorro. El chico resbaló y miró a los pies. ¿Qué era eso? ¿Cómo? ¡¿También era la tierra transparente en ese bosque?! Podía ver dentro de la tierra las oscuras raíces de árboles, que se entrelazaban y penetraban en la profundidad.

El chico se acercó de lleno a un abedul y arrancó una ramita. Y mientras estuvo contemplándola, la ramita se derritió como un pequeño carámbano de hielo.

Entonces, el Mayor comprendió todo: el bosque, totalmente congelado, crecía sobre tierra congelada, y hasta sus raíces eran de hielo.

— El frío aquí es muy fuerte, pero y ¿por qué no lo siento? —se preguntó el chico.

— Yo mandé que el frío no te causara ningún dolor durante algún

tiempo —le respondió alguien con una voz finita y timbrada.

El chico miró a su alrededor.

A su espalda se encontraba un alto viejo en abrigo, una gorra y unas botas altas de pura nieve. La barba y el bigote del viejo eran de hielo y tintineaban levemente cuando hablaba. El viejo miraba al chico sin pestañear. Tenía una expresión que no era ni bondadosa ni cruel, sino tan tranquila que al chico se le oprimió el corazón.

Después de una pausa, el viejo repitió sus palabras con claridad y fluidez, como si las leyera en un libro o dictara un texto:

— Yo. Lo mandé. Para que el frío. No te causara ningún dolor. Por un tiempo. ¿Sabes quién soy?

— ¿Será usted el Abuelo de los Hielos? —le preguntó el chico.

— ¡Nada de eso! —le replicó fríamente el viejo—. El Abuelo de los Hielos es mi hijo. Lo maldije. Ese fortachón era demasiado blando. Yo soy el Bisabuelo de los Hielos, y eso es algo muy distinto, mi joven amigo. Sígueme.

Y el viejo arrancó a andar pisando sigilosamente por el suelo helado en sus altas botas de blanca nieve.

Al poco, ellos se detuvieron junto a una alta y empinada colina. El Bisabuelo de los Hielos escarbó en la nieve, de que estaba hecho su abrigo, y sacó una enorme llave helada. Chirrió la cerradura, y el pesado portalón helado se abrió.

— Sígueme —repitió el viejo.

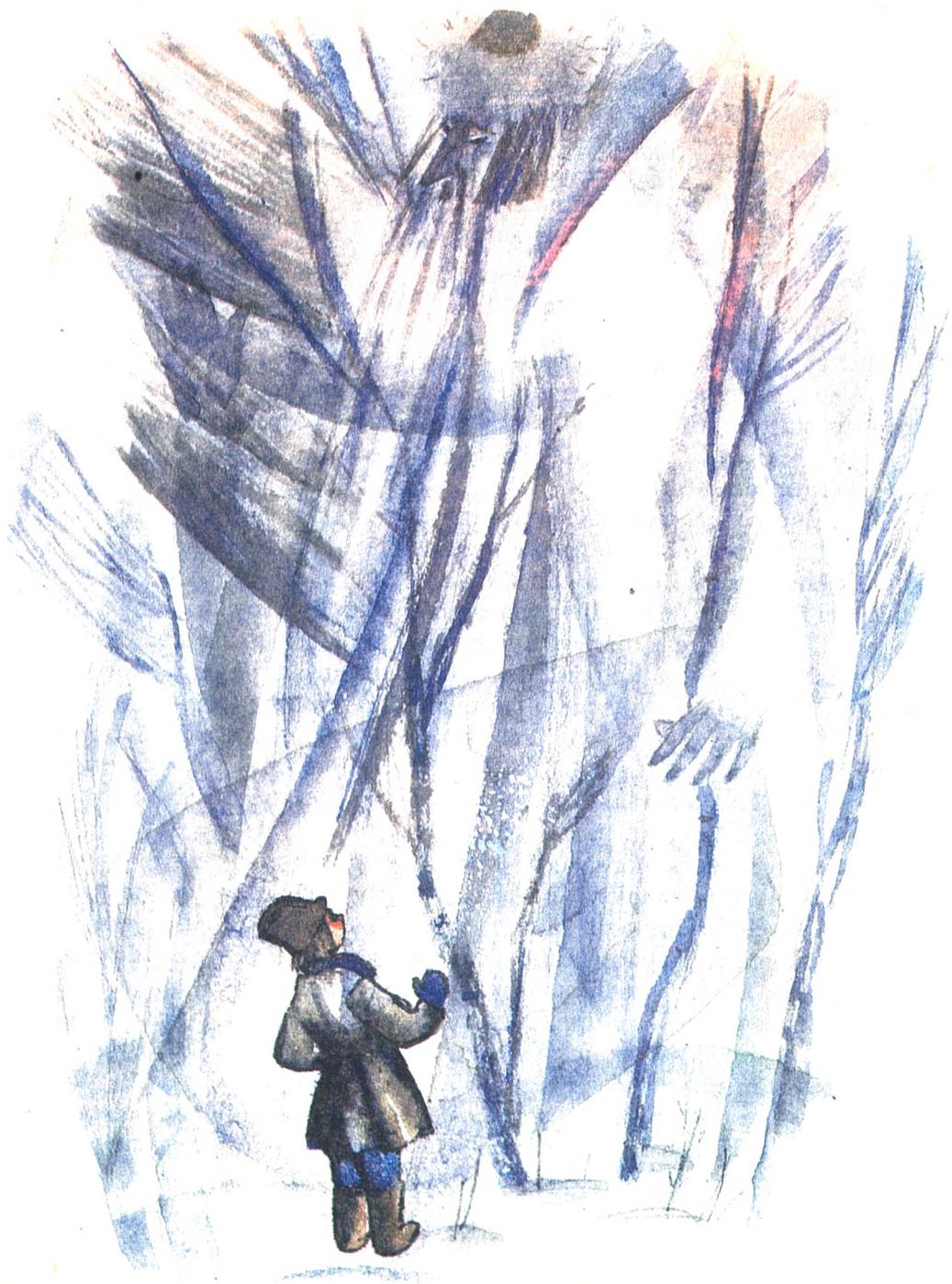
— ¡Pero es que tengo que buscar a mi hermano! —exclamó el chico.

— Tu hermano está aquí —dijo el Bisabuelo de los Hielos con voz calmosa—. Sígueme.

Ambos cruzaron el portalón y entraron dentro de la colina. El portalón se cerró sonoramente. El Mayor se encontró en una espaciosa y vacía sala de hielo. A través de las altas puertas, abiertas de par en par, vio la siguiente sala, y más allá otra y otra más... Parecía que había un sinfín de esas salas espaciosas y vacías. En las paredés había redondas linternas heladas despidiendo luz, y sobre la puerta que conducía a la sala contigua se veía, tallada, la cifra 2.

— En mi palacio hay cuarenta y nueve salas como ésta. Sígueme —le ordenó el viejo.

El suelo helado era tan resbaladizo que el chico cayó dos veces; pero el viejo ni se volvió siquiera. Seguía avanzando pausadamente y se detuvo únicamente en la sala 25 de su palacio de hielo.



En medio de esa sala se alzaba una alta estufa blanca. El chico se alegró, pues tenía muchas ganas de calentarse.

Pero la leña helada ardía con llama negra en esa estufa. Y negros resplandores danzaban por el suelo; de la portezuela del horno salía un frío que pelaba. Entonces el Bisabuelo de los Hielos se sentó en un banco helado junto a la estufa helada y extendió sus dedos helados hacia la llama helada.

— Siéntate aquí, a mi lado —le propuso al chico—. Y vamos a helarnos juntos.

El chico no descosió la boca.

A su vez, el viejo se acomodó en el banco y empezó a helarse, y así estuvo hasta que los leños helados se convirtieron en ascuas heladas.

Entonces, él cargó de nuevo el horno con leños helados y los prendió con cerillas de hielo.

— Bueno, y ahora dedicaré un rato para hablar contigo —dijo el viejo—. Tú. Debes. Escucharme. Atentamente. ¿Has entendido?

El chico asintió con la cabeza.

Y el Bisabuelo de los Hielos prosiguió hablando con claridad y fluidez.

— Tú. Echaste. A tu hermano menor. Al patio. Donde hacía frío. Para que. El. Te dejara. En paz. Me gusta lo que hiciste. Tú eres amigo de la calma, como yo. Te quedarás conmigo para siempre. ¿Has entendido?

— ¡Que nos esperan en casa! —exclamó con tono suplicante el Mayor.

— Tú. Te quedarás. Aquí. Para siempre —repitió el Bisabuelo de los Hielos.

Se acercó a la estufa, sacudió los bajos de su abrigo de nieve, y el chico profirió una exclamación de susto. De debajo de la nieve empezaron a caer al suelo helado toda suerte de pajaritos. Pinzones, pardales y picamaderos; luego pequeños animalillos silvestres, con el pelo erizado y ateridos de frío; todos formaron un montón en el suelo.

— Estas pequeñas e inquietas criaturas no dejan en paz al bosque ni siquiera en invierno —dijo el viejo.

— ¿Están muertos? —preguntó el chico.

— Los he tranquilizado, pero no del todo —respondió el Bisabuelo de los Hielos—. Habrá que darles vueltas junto a la estufa hasta que se pongan totalmente transparentes y helados. Ocúpate. Ahora mismo. De este. Asunto. Util.

— ¡Me escaparé! —gritó el chico.

— ¡No podrás escaparte a ninguna parte! —le repuso, severo, el Bisabuelo de los Hielos—. Tu hermano está encerrado en la sala cuarenta y nueve. Por ahora él te retiene aquí, y luego tendrás tiempo para acostumbrarte a mí. Venga, ponte a trabajar.

El chico se sentó frente a la portezuela abierta de la estufa. Con manos temblorosas levantó del suelo al picamaderos. Le pareció que la avecilla respiraba aún. Pero el viejo le miraba fijamente al chico, quien, con aire sombrío, acercó al picamaderos a la llama helada.

Las plumas del desdichado pajarillo primero se pusieron blancas como la nieve, pero al poco se volvió todo él duro como la piedra. Y cuando se hizo transparente como el vidrio, el viejo dijo:

— Ya está. Continúa con el siguiente.

El chico trabajó hasta las tantas de la noche, con el Bisabuelo de los Hielos parado, inmóvil, a su lado.

Hecho todo el trabajo, el viejo metió con cuidado a las aves heladas en el saco y le preguntó al chico:

— ¿Te has helado las manos?

— No —contestó el chico.

— Yo mandé para que el frío no te causara ningún dolor —dijo el viejo—. Pero recuerda lo que te voy a decir. Si. Tú. Me desobedeces. Entonces. Yo. Te congelaré. Quédate aquí. Sentado y espérame. Volveré pronto.

El Bisabuelo de los Hielos levantó el saco, y desapareció en el interior del palacio. El chico quedó solo.

En un lugar alejado del palacio se cerró una puerta con mucho ruido y el eco rodó por todas las salas.

Al rato, el Bisabuelo de los Hielos regresó con el saco vacío.

— Es hora de acostarse —dijo el viejo.

Y le señaló al chico una cama helada en uno de los rincones. A su vez, fue a echarse en una cama igual, que se encontraba en el rincón opuesto de la sala.

Unos minutos más tarde al chico le pareció que alguien estaba dando cuerda a un reloj. Pero al poco se dio cuenta de que eran los leves ronquidos que el Bisabuelo de los Hielos emitía en el sueño.

A la mañana, el viejo le despertó.

— Ve a la despensa —dijo—. Las puertas de la despensa están en el rincón izquierdo de la sala. Trae el desayuno número uno. Está puesto en el estante número nueve.

El chico fue a la despensa. Era tan grande como la sala. En todos los estantes había comida congelada, y el Mayor trajo el desayuno número uno en un plato helado.

Todo estaba helado: las croquetas, el pan y el té, y todo eso había que roerlo o chuparlo como carámbanos.

— Me marchó a mis ocupaciones —le dijo el Bisabuelo de los Hielos cuando acabó su desayuno—. Puedes andar por todas las habitaciones que quieras e incluso puedes salir del palacio.

Dicho eso, el viejo se retiró pisando sigilosamente con sus altas botas de blanca nieve. El chico se lanzó hacia la sala cuarenta y nueve. Corría, se caía, y todo el tiempo llamaba a su hermano a voz en cuello, mas sólo el eco le respondía. Por fin alcanzó la sala cuarenta y nueve y se detuvo hecho una pieza.

Todas las puertas estaban abiertas de par en par, salvo una, la última, la señalada con el número 49. La última sala estaba cerrada, como se dice, a cal y canto.

— ¡Hermano! —gritó el Mayor—. ¡He venido por ti! ¿Estás ahí?
“¿Está-a-as ahí-i-i?”, retornó el eco.

La puerta había sido recortada de un roble entero congelado. El chico se aferró con las uñas a la corteza helada del roble, pero sus dedos resbalaban. Entonces se puso a golpear la puerta con los puños, con el hombro, con los pies, hasta que quedó completamente sin fuerzas. En fin, no había conseguido siquiera arrañar el roble helado.

El chico regresó, silenciosamente, a la primera sala, y casi en ese mismo momento el Bisabuelo de los Hielos entró en la sala.

También después de la comida helada el chico se pasó, hasta las tantas de la noche, dando vueltas a las desdichadas y congeladas aves, ardillas y fiebres frente al fuego helado.

Así pasaba un día tras otro.

Y todo ese tiempo el Mayor pensó en una sola cosa: ¿cómo romper aquella puerta de roble helado? Había rebuscado en toda la despensa. Había apartado sacos con repollo congelado, con grano congelado, con nueces congeladas, para encontrar un hacha. ¡Y al final la encontró! Pero también el hacha rebotaba del roble helado como si la golpeará contra una roca.

Así, el Mayor no cesó de pensar, tanto despierto como en sueños, en una sola cosa: ¿cómo poder rescatar a su hermano?

El viejo elogiaba al chico por su calma.

Parado junto a la estufa, inmóvil como un poste y contemplando cómo los pajaritos, las liebres y las ardillas se convertían en hielo, el Bisabuelo de los Hielos decía:

— No; no me he equivocado en ti, mi joven amigo. “¡Déjame en paz!” ¡Qué grandiosas palabras! Con ayuda de estas palabras, la gente constantemente hace daño a los prójimos. “¡Déjame en paz!”. Estas. Grandiosas. Palabras. Un día. Van a imponer. La paz. Eterna. En la Tierra.

El padre, la madre, el desdichado hermano menor y todos los guardabosques que el Mayor conocía hablaban sencillamente, mientras que el Bisabuelo de los Hielos parecía recitar leyendo en un libro; su conversación causaba el mismo aburrimiento que las enormes salas numeradas.

El viejo gustaba de hacer memoria de los tiempos más antiguos, cuando los heleros cubrían casi toda la tierra.

— ¡Oh, qué maravillosa y tranquila vida se llevaba entonces en aquel mundo blanco y frío! —exclamaba él, tintineándole la barba y el bigote—. Yo era un joven lleno de fuerzas. ¿Dónde desaparecieron mis queridos amigos, los calmosos y gigantes mamuts? ¡Daba gusto hablar con ellos! A decir verdad, el lenguaje de los mamuts era bastante difícil. Esos enormes animales usaban palabras también grandes, descomunadamente largas. Para poder pronunciar solo una palabra en el lenguaje de los mamuts, se necesitaban dos y hasta tres días. Pero. Entonces. No. Había. Por qué. Apresurarse.

Un día, escuchando, como siempre, las historias que le contaba el Bisabuelo de los Hielos, el chico, de repente, quedó sobresaltado y se puso a brincar como un loco.

— ¿Qué significa tu ridículo comportamiento ahora? —le preguntó el viejo secamente.

El chico no le contestó nada, mas su corazón siguió latiendo con frenesí de la repentina alegría que le había asaltado.

Cuando uno piensa constantemente en una misma cosa, acierta al fin y al cabo a hacer lo que corresponde.

¡Las cerillas!

El chico se acordó de las cerillas que tenía en el bolsillo; se las había dado su padre cuando se marchaba a la ciudad.

A la mañana siguiente, nada más marcharse el Bisabuelo de los Hielos a su trabajo, el chico cogió el hacha y una cuerda en la despensa y salió corriendo del palacio.

El viejo se encaminó a la izquierda; el chico corrió a la derecha, hacia el bosque vivo que se divisaba cual un muro oscuro tras los árboles helados. En el calvero del bosque vivo yacía en la nieve un enorme pino. Dio varios hachazos al pino y se llevó al palacio una buena brazada de leña.

El chico apiló la leña junto a la helada puerta de roble de la sala 49, encendió la cerilla e hizo una enorme hoguera. Saltó arriba una verdadera llama, y el chico se rió con satisfacción. Se sentó al lado del fuego y se calentó durante largo rato.

Al principio, la puerta de roble sólo brillaba con una luz tan deslumbrante que hería los ojos cuando la miraba. Al fin, toda la puerta se cubrió de pequeñas gotas de agua, y cuando la hoguera se apagó, el chico vio que la puerta se había derretido un poco.

— ¡Ahá! —exclamó jubiloso, y empezó a golpear la puerta con el hacha. Pero, ¡qué va!, el roble helado continuaba siendo, igual que antes, duro como la piedra.

— ¡No importa! —dijo el chico—. Mañana probaré otra vez.

Por la noche, sentado junto a la estufa, el chico, disimuladamente, escondió en la manga a un pinzón chiquito. El Bisabuelo de los Hielos no notó nada. Al día siguiente, cuando la hoguera ya había prendido bien, el chico le acercó al pinzón a la lumbre.

Pasó bastante tiempo hasta que, de repente, advirtió cómo tembló el pico de la avecilla, se abrieron los ojos y ella miró al chico.

— ¡Hola! —la saludó el chico, casi llorando de alegría—. ¡Ya verás, Bisabuelo de los Hielos, todavía viviremos!

Desde entonces, todos los días el chico deshela junto a la lumbre a pajaritos, ardillas y liebres. Construyó para sus nuevos amigos casitas de nieve en los rincones más oscuros de la sala, cubrió el suelo con musgo que recogiera en el bosque vivo. Naturalmente que por las noches hacía frío, pero los pajaritos, las ardillas y las liebres, sentados a la hoguera, acopiaban suficiente calor para pasar la noche.

También le sirvieron los sacos con repollo, grano y nueces. El chico alimentaba a sus amigos hasta que se hartaran. Luego jugaba con ellos junto a la hoguera o les contaba acerca de su hermano, que estaba escondido allí, detrás de la puerta. Y le parecía que los pajaritos, las ardillas y las liebres le comprendían.

Un día, el chico, como siempre, trajo una brazada de leña, encendió la hoguera y se sentó a calentarse, pero ni uno de sus amigos salió de las casitas de nieve.

El chico quiso preguntar dónde estaban ellos, cuando una pesada mano helada lo apartó con fuerza de la hoguera.

Era el Bisabuelo de los Hielos. Se había acercado a él sigilosamente, pisando con sus altas botas de blanca nieve.

Sopló al fuego: la leña se hizo transparente y la roja llama se volvió negra. Y cuando la leña helada se quemó del todo la puerta de roble llegó a ser la misma que había sido hacía muchos días antes.

— Si. Te llego. A pillar. Una. Vez. Más. ¡Te congeló! —le dijo el Bisabuelo de los Hielos con frialdad. Levantó del suelo el hacha y la escondió debajo de su abrigo de nieve.

El chico se pasó llorando todo el santo día. Por la noche, desconsolado, se durmió y estaba como un tronco. Pero de repente sintió que suaves patitas le daban golpecitos ligeros en su carrillo.

El chico abrió los ojos.

Era una liebre.

Todos sus amigos se habían reunido junto a su cama helada. Por la mañana no habían salido de sus casitas porque presintieran un peligro. Mas ahora, cuando el Bisabuelo de los Hielos estaba dormido, acudieron en ayuda de su amigo.

Cuando el chico despertó, siete ardillas se lanzaron hacia la cama helada del viejo. Se sumergieron en la nieve del abrigo del Bisabuelo de los Hielos y hurgaron allí durante largo rato. Al final, algo tintineó livianamente.

— Déjame en paz —murmuró el viejo en sueños.

Al fin, las ardillas saltaron al suelo y corrieron hacia el chico. En sus dientes le trajeron un atado de llaves heladas.

El chico lo comprendió todo en seguida.

Con las llaves en las manos, él se lanzó hacia la sala cuarenta y nueve. Sus amigos volaban, saltaban, corrían a su lado.

Por fin alcanzaron la puerta de roble.

El chico encontró la llave con el número 49. Pero ¿y dónde se hallaba el ojo de la cerradura? Buscaba, buscaba... pero todo era en vano.

En esto un pequeño pinzón llegó volando hasta la puerta. Agarrándose con las patitas de la corteza de roble, el pinzón empezó a trepar por la puerta cabeza abajo. De pronto halló algo. Soltó un gorgorito y al punto siete picamaderos se juntaron al lado de la puerta que les enseñara el pinzón.

Los pájaros tamborilearon con sus duros picos sobre el hielo. Golpea-

ron largo rato, y de repente la helada plaquita cuadrada se desprendió de la puerta, cayó al suelo y se rompió.

El chico vio un enorme ojo de la cerradura. Metió la llave y le dio una vuelta... Se oyó un “clic” y la testaruda puerta por fin se abrió sonoramente.

El chico, temblando, entró en la última sala del palacio helado. Montones de transparentes avecillas heladas y fieras heladas yacían en el suelo.

En el medio de la sala, sobre una mesa helada, estaba puesto el desdichado hermano menor del chico. El Menor tenía un aspecto muy triste, y miraba hacia adelante; en los carrillos le brillaban lágrimas y, como siempre, un copete se erguía sobre la coronilla. Pero todo él estaba transparente, como si fuera de vidrio: su rostro, sus manos, su chaquetilla, el copete sobre la coronilla y las lágrimas eran puro hielo. No respiraba. No dijo una sola palabra al ruego de su hermano, que le susurraba:

— ¡Huyamos de aquí, te pido! ¡Nos espera la mamá! ¡Huyamos ahora mismo a casa!

Sin esperar a que le respondiera, el Mayor lo levantó en brazos y corrió con cuidado por las salas heladas hacia la salida del palacio. Sus amigos volaron, saltaron y corrieron tras él.

El Bisabuelo de los Hielos continuaba durmiendo profundamente, y ellos escaparon del palacio sin ninguna dificultad.

El sol apenas había salido. Los árboles helados brillaban con tanta fuerza que herían los ojos al mirarlos. El Mayor corría hacia el bosque vivo con mucho cuidado, pues tenía miedo de tropezar y de que el hermano se le cayera. Y de repente resonó un fuerte grito atrás.

El Bisabuelo de los Hielos chillaba tanto con su voz fina que hacía temblar los árboles helados:

— ¡Chico! ¡Chico! ¡Chico!

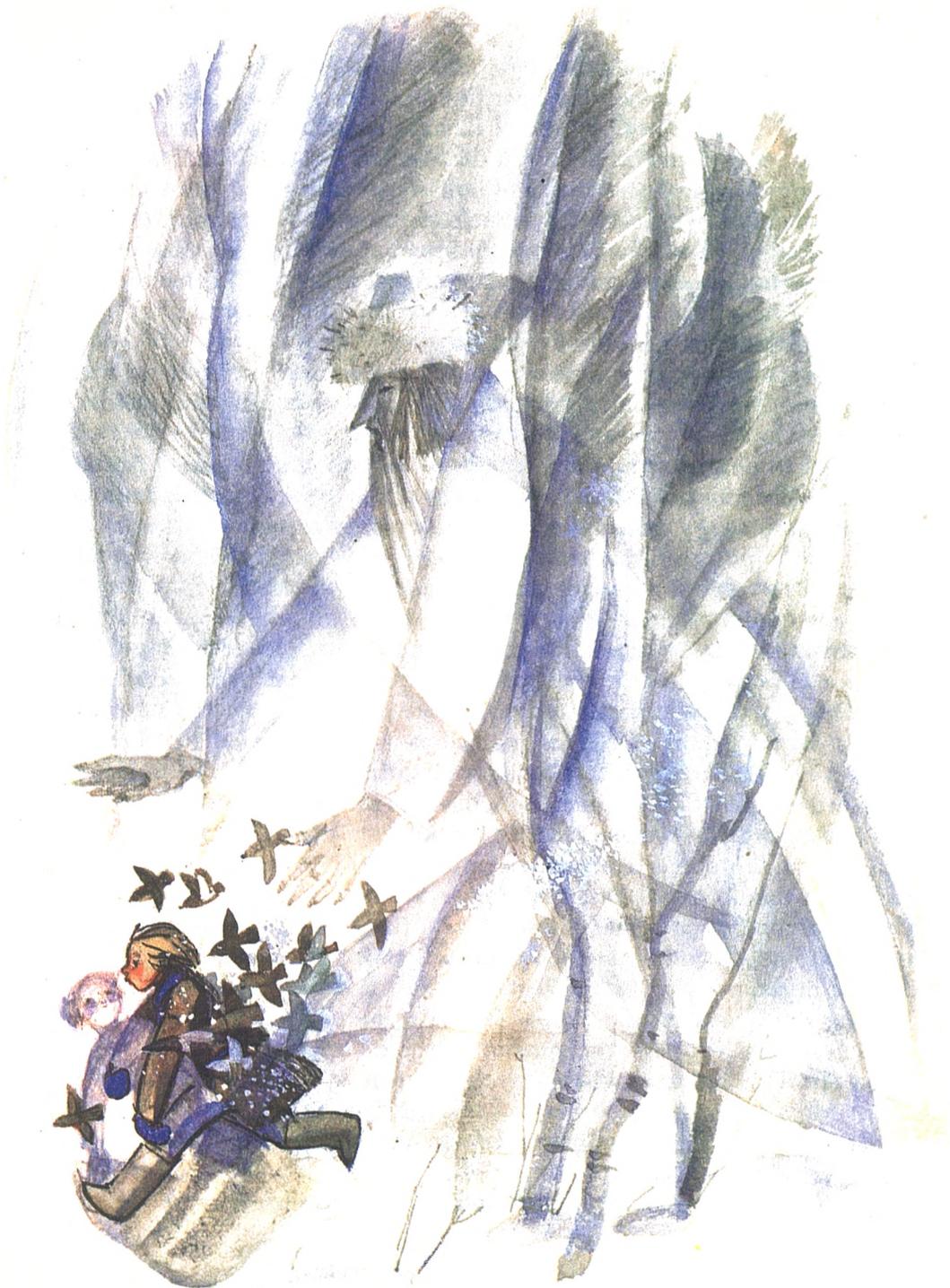
Al punto se hizo un frío terrible. El Mayor sintió que se le helaban las piernas y que los brazos se le volvían duros como el hielo. Entretanto, el Menor miraba tristemente hacia adelante, sus lágrimas congeladas brillaban al sol.

— ¡Párate! —ordenó el viejo.

El Mayor se detuvo.

De pronto, todos los pajaritos se apretaron contra el chico, como si le cubrieran con un vivo y caliente abrigo de pieles. Y el Mayor se reavivó y siguió corriendo, mirando todo el tiempo dónde pisaba, para no caerse.

El viejo iba alcanzándolos por momentos, pero el chico no se arriesga-



ba a correr más de prisa porque la tierra helada era muy resbaladiza. Y cuando él pensó que ya estaba perdido, las liebres de repente se tiraron a los pies del cruel viejo. El Bisabuelo de los Hielos cayó, y cada vez que él volvía a ponerse en pie las liebres lo tiraban a tierra. Está claro que ellas lo hacían temblando de miedo, pero tenían que salvar de alguna manera a su mejor amigo. Y cuando el Bisabuelo de los Hielos se levantó la última vez, el chico, sujetando fuertemente en brazos a su hermano, ya se encontraba lejos: había alcanzado el bosque vivo. En fin, el Bisabuelo de los Hielos lloró de rabia.

E inmediatamente disminuyó el frío.

El Mayor notó que la nieve a su alrededor empezó a derretirse como por encanto, y arroyuelos bajaban por el barranco. Y abajo, al pie de la montaña, vio crecer yemas en las ramas de los árboles.

— ¡Mira ahí, una campanilla blanca! —gritó con alegría el Mayor.

Mas el Menor no dijo ni una palabra. Igual que antes seguía inmóvil, como un muñeco, y miraba hacia delante con ojos tristes.

— ¡No importa! ¡El padre lo sabe hacer todo! —dijo el Mayor al Menor—. El te volverá a la vida. Seguro que lo sabe hacer.

El chico salió corriendo a toda prisa, sujetando fuertemente en brazos a su hermano. Había llegado tan rápidamente hasta las montañas empujado por la pena, y ahora corría como el viento sin caber en sí de la alegría. Después de todo, había encontrado a su hermano.

Dejó atrás las parcelas de los guardabosques sobre quienes el chico sólo había oído hablar, y ya corría por los sectores del bosque que cuidaban los guardas conocidos, a quienes el chico los había visto una vez al año, una vez en medio año y dos veces en tres meses. Cuanto más se aproximaba a su casa, tanto más templado se volvía el aire. Sus amigas liebres se regocijaban dando volteretas, sus amigas ardillas saltaban de una rama a otra, sus amigos pajarillos silbaban y cantaban. Como ya hemos dicho, los árboles no saben hablar, pero también ellos susurraban alegremente, con sus hojas, pues ya había llegado la primavera.

De súbito, el hermano mayor resbaló.

En el fondo de un hoyo pequeño, debajo de un arce, donde no se asomaba el sol, había quedado un poco de nieve gris sin derretirse.

El Mayor cayó.

El desdichado Menor se golpeó contra una raíz de árbol, y se hizo añicos.

Inmediatamente, en el bosque todo quedó en silencio.

Un instante después resonó de debajo de la nieve la conocida voz fina:

— ¡No puedes. Escapar. De mí. Tan. Fácilmente!

Tumbado de bruces, el Mayor lloró a lágrima viva, como nunca había llorado antes en su vida. No había consuelo para él.

Se pasó llorando hasta que se quedó dormido como un tronco.

Mientras tanto, los pajaritos recogieron todos los pedazos del Menor, las ardillas unieron todos los pedazos uno a uno con sus diestras patitas y los pegaron con cola de abedul. Luego, todas las ardillas se apiñaron junto al Menor a la manera de un caliente abrigo vivo. Y cuando salió el sol, los pajaritos y las ardillas se fueron de allí a la desbandada. El Menor yacía al sol primaveral, un sol caliente y acariciador. Las lágrimas, por fin, se secaron en su rostro, y los ojos se cerraron con calma. Las manos recobraron su color. En su chaquetilla aparecieron nuevamente las rayas, los zapatos se volvieron negros. El copete sobre la coronilla se hizo suave. El chico suspiró una vez, luego otra, y al final su respiración ya era pausada y calmada, como si estuviera dormido.

Despertó el Mayor y vio que su hermano, sano y salvo, dormía sobre un montículo. El Mayor se puso de pie y no podía dar crédito a lo que veía: cantaban los pajaritos, susurraba el bosque, murmuraban sonoramente los arroyuelos en sus barranquitos.

En esto el Mayor volvió en sí, se lanzó hacia su hermano y le agarró de la mano.

El Menor abrió los ojos y le preguntó como si no hubiera pasado nada:

— ¡Ah, eres tú! ¿Qué hora es?

El Mayor le abrazó, le ayudó a levantarse y los dos hermanos corrieron a casa.

La madre y el padre estaban sentados, en silencio, junto a la ventana abierta. El padre tenía la misma expresión severa y decidida que aquella tarde cuando había ordenado al Mayor que fuera a buscar a su hermano.

— ¡Qué fuerte gorjean hoy los pájaros! —dijo la madre.

— Se han puesto contentos con el calor —respondió el padre.

— Las ardillas saltan por las ramas —añadió la madre.

— También ellas disfrutan con la primavera —replicó el padre.

— ¡¿Has oído?! —de súbito gritó la madre.

— No —dijo el padre—. ¿Y qué ha pasado?

— Alguien viene aquí corriendo —le contestó la madre.

— No puede ser —constató, compungido, el padre—. También a mí



me había parecido durante todo el invierno que la nieve cruje debajo de nuestras ventanas. Nadie yendrá más aquí.

Pero la madre ya había salido al patio y llamaba a voces:

— ¡Niños! ¡Niños!

El padre también salió al patio, y los dos vieron que por el bosque corrían el Mayor y el Menor, cogidos de las manos.

Los padres echaron a correr a su encuentro.

Cuando todos se tranquilizaron un poco y entraron en la casa, el Mayor miró al padre y soltó un grito de sorpresa.

La barba canosa fue volviéndose negra a ojos vistas y pronto se hizo tan negra como lo había sido antes. El padre volvió a ser unos diez años más joven.

Las desgracias ponen blanco el pelo de las personas y las alegrías hacen desaparecer las canas, igual que la nieve que se derrite al sol. La verdad es que eso ocurre muy rara vez...

Desde entonces vivieron felices todos ellos.

Por cierto que el Mayor, en ocasiones, le decía al hermano:

— ¡Déjame en paz!

Pero en seguida añadía:

— Déjame en paz por un rato, por unos diez minutos, por favor. Te ruego encarecidamente.

Así pues, el Menor siempre le obedecía, porque los hermanos desde entonces vivieron en paz y contentos.



Pável Bazhov

Pezuña de plata

Vivía en nuestro pueblo un viejo que se llamaba Kokovania. El se había quedado sin familia, y pensó en acoger en su casa a un huérfano.

Preguntó a los vecinos si conocían alguno, a lo que ellos le dijeron:

— Los chicos de Grigori Potopaev han quedado huérfanos hace poco. El patrono mandó a las niñas mayores a trabajar, pero ha quedado una chiquita de seis años a la que nadie quiere acogerla. Ella podría ser la huérfana que tú estás buscando.

Kokovania les contestó inseguro:

— No sé qué voy a hacer con una chiquilla. Mejor sería un mozalbote. Le enseñaría mi oficio y así él me ayudaría cuando creciera. ¿Y qué le enseño yo a una chica?

Luego de pensar un rato, dijo:

— Conocí a Grigori y a su esposa. Eran dos personas alegres y diestras. Si la chica sale a los padres, la vida no será triste en mi casa. La ahijaré. Sólo que no sé si querrá ella venir conmigo.

Los vecinos le dijeron:

— La infeliz lleva una vida triste. El patrono entregó la casa de Grigori a un pobre y le mandó cuidar por ella hasta que se hiciera mayor. Pe-

ro ese pobre tiene una docena de hijos propios malcomidos, su esposa siempre regaña a la huerfanita y estaría contenta deshacerse de la niña. Si tú hablas una vez con la pequeña, la acogerás en tu casa, seguro.

El domingo siguiente se presentó en la vieja casa de Grigori y vio que estaba llena de personas, jóvenes y mayores. Junto a la estufa había sentada una niña con un gato marrón. La niña lo acariciaba y el minino ronroneaba tan fuerte que se le oía en toda la casa.

Kokovania miró a la niña y preguntó:

— ¿Es ella la hijita de Grigori?

La dueña le respondió:

— Sí, ella misma. Además de que tengo que darla de comer a ella, encima me ha traído a ese animal roñoso. ¡Ha arrañado a todos mis hijos!

Kokovania le replicó:

— Se ve que tus hijos no son cariñosos. Mira cómo ronronea en manos de ella.

Seguidamente preguntó a la huerfanita:

— Daria, ¿irás a vivir a mi casa?

La niña, asombrada, le preguntó:

— Abuelo, ¿quién eres tú?

— Soy como un cazador —le contestó el hombre—. En verano, lavo la arena en busca de oro; en invierno me meto en el bosque para perseguir al íbice, pero nunca he podido verlo.

— ¿Lo quieres matar? —preguntó la chica.

— No —dijo él—. Yo mato a chivos comunes, pero nunca mataré al íbice. Lo que quiero es encontrar el lugar donde él golpea con su pata.

— ¿Y para qué lo quieres?

— Si vas a vivir a mi casa, te contaré todo.

Le picó la curiosidad a la niña por saber lo del íbice; además Kokovania le pareció un viejo alegre y cariñoso. Así pues, ella le dijo:

— Iré contigo, pero sólo si me dejas llevar al gato.

A esto Kokovania le respondió:

— Sólo un tonto podría dejar un gato que ronronea con tanta dulzura. El será como una balalaika en nuestra casa.

La dueña estuvo escuchando la conversación y al punto se apresuró a recoger las cosas de Daria. Tuvo miedo de que el viejo cambiara de idea. También el gato parecía haber comprendido todo. Empezó a frotarse contra las piernas del viejo, ronroneando:

— Bi-e-en. Per-r-r-fecto.



Así pues, Kokovania se llevó a la huerfanita a vivir a su casa. El, alto, con larga y blanca barba, sujetando de la mano a la pequeña niña de nariz chata marchaba por la calle camino de su casa. En pos de ellos trotaba a saltitos el gato.

Desde entonces vivieron los tres juntos: Kokovania, la huerfanita Daria y el gato marrón. Pasaban los días. Muchos bienes no acumularon, pero no se quejaban de la vida, y siempre tenían algo que hacer.

Por las mañanas, cuando Kokovania se marchaba a trabajar, Daria arreglaba la casa. El gato marrón cazaba ratones. Por las tardes todos se reunían en casa y el viejo gustaba de contar preciosas historias y cuentos. Daria le escuchaba con mucho gusto, mientras el gato marrón se pasaba tumbado, ronroneando: "Bi-e-en. Tienes r-r-razón".

Pero después de cada cuento, Daria le preguntaba:

— Abuelo, cuéntame sobre el íbice. ¿Cómo es él?

Al principio, Kokovania trató de valerse de algún pretexto para no hablar del chivo, pero al fin y al cabo le contó lo siguiente:

— Es un íbice extraordinario, con una pezuña de plata en la patita derecha delantera. Y en el lugar donde él golpee con esa pezuña, allí aparece una piedra preciosa. Golpea una vez, aparece una piedra; golpea dos, aparecen dos piedras, y si empieza a golpear muchas veces, deja en aquel lugar un montón de ellas.

Se lo contó y al poco se arrepintió, pues Daria no hablaba desde entonces de ninguna otra cosa que aquel íbice:

— Abuelo, ¿es grande?

El viejo le dijo que el íbice era de la altura de la mesa, tenía las patitas delgadas y la cabeza liviana.

Pero Daria insistió e insistió:

— Abuelo, ¿tiene cuernos el íbice?

— Sí, los tiene —le respondió—, y muy buenos, además. Los chivos corrientes tienen dos ramitas, y ése, cinco.

— Abuelo, ¿qué come él?

— Hierbas y hojas. Bueno, también heno, en los almiarés que se dejan para el invierno.

— Abuelo, ¿de qué color es?

— En verano es marrón, parecido al gato nuestro, y en invierno, plateado.

— Abuelo, ¿huele mal ese íbice?

Kokovania hasta se enfadó:

— ¡Qué preguntas haces! Es un chivo silvestre, y huele a bosque.

Llegó el otoño. El viejo empezó a prepararse para ir al bosque y ver dónde más chivos pastaban. Daria empezó a pedirle:

— Abuelo, llévame contigo. Quizá pueda ver al íbice.

Kokovania le explicó:

— No podrás reconocerlo de lejos. Todos los chivos tienen cuernos en otoño. Y tú no podrás ver cuántas ramitas tienen. Otra cosa es en invierno. Los chivos comunes no llevan cuernos entonces, pero Pezuña de Plata los tiene durante todo el año. Así que entonces lo podrás reconocer.

Con eso el viejo la tranquilizó y ella se quedó en casa. Kokovania se fue al bosque; regresó al sexto día. Le contó a Daria:

— Este año, muchos chivos están pastando en Poldnevo. Allí iré en invierno.

— ¿Dónde piensas dormir en invierno? —le preguntó la niña.

— Allí tengo una cabaña caliente, junto a la pradera. Con estufa y una ventanilla. Se está muy bien allí.

Daria le preguntó otra vez:

— ¿Pasta allí también Pezuña de Plata?

— ¡Quién lo sabe! Puede ser.

Daria empezó a rogarle:

— Abuelo, llévame contigo. Estaré todo el tiempo en la cabaña. Quizá, Pezuña de Plata se acerque por allí, y lo veré.

Al principio, el viejo no quería oír hablar de ello, y le replicaba:

— ¡Qué estás diciendo! ¡Llevar al bosque a una niña, en invierno?! Hay que ir en esquís y tú no sabes andar en ellos. Te hundirás en la nieve. ¿Qué voy a hacer contigo entonces? Además, te puedes helar.

Pero Daria siguió insistiendo:

— Llévame contigo, abuelo, por favor. Sé andar un poco en esquís.

El viejo trató de disuadirla, pero al final pensó para su capote que, si ella iría una vez allí nunca más volvería a pedirle que la llevara.

Entonces, él dijo:

— Está bien, te llevaré. Pero ten en cuenta que no debes llorar en el bosque o pedirme que regresemos a casa antes del tiempo.

Cuando el invierno entró en pleno vigor, el viejo puso en un trineo de mano dos sacos de rosquillas, cartuchos y otras cosas que él necesitaba. Daria hizo un hatillo: se llevaba consigo algunos retales para coser un vestido a su muñeca, un ovillo de hilo, una aguja y una cuerda.

“Quizá pueda atrapar a Pezuña de Plata con esta cuerda”, pensó ella.

Le dio lástima dejar en casa al gato, pero no tenía otro remedio. Estuvo acariciándolo y explicándole que regresarían pronto:

— El abuelo y yo vamos al bosque, y tú quédate aquí en casa a cazar ratones. Tan pronto como veamos a Pezuña de Plata, volveremos sin tardar. Y entonces te contaré todo sobre él.

— Bi-e-en. Tienes r-r-razón —ronroneó el minino, mirándola con ojos pícaros.

Al fin, el abuelo y Daria salieron de casa. Los vecinos, cuando los vieron, se escandalizaron:

— ¡Ha perdido la chaveta ese viejo! ¡Mira que llevar a una niña al bosque en invierno!

Cuando estaban ya en las afueras del pueblo, de pronto oyeron ladridos de perros tan fuertes como si los hubiera asustado alguna fiera. Volvieron la cabeza atrás y vieron a su gato marrón corriendo por la calle para escapar de los perros. Para aquel entonces, el gato ya se había hecho grande y fuerte. Los perros temían acercársele.

Daria quiso atrapar a su gato, para llevarlo a casa, pero ¡qué va! El gato alcanzó el bosque y se subió a un pino.

Por mucho que ella lo llamara, el gato no se bajaba del árbol. Entonces el abuelo y la niña decidieron seguir su camino. Cuando miraron para atrás, el gato corría a poca distancia de ellos. Al fin, todos ellos llegaron hasta la cabaña.

Tuvieron que vivir los tres en su nueva vivienda.

— Así es más alegre —decía Daria.

— Desde luego —le daba la razón el viejo.

El gato marrón, hecho un ovillo, yacía junto a la estufa y ronroneaba ruidosamente:

— Bi-e-en. Clar-r-ro.

Aquel invierno hubo muchos chivos en el bosque. Chivos comunes. Todos los días, Kokovania se traía uno o dos de ellos. Acopió tantas pieles de chivos y tanta carne que le era imposible llevarlas en su trineo. Necesitaba un caballo, pero ¿y cómo iba a dejar a Daria sola en el bosque, con el único ser vivo que era el gato? La niña, sin embargo, ya se había acostumbrado a vivir en el bosque, y le dijo al abuelo:

— Abuelo, ¿por qué no vas al pueblo y traes un caballo? Hace falta llevar toda la carne a casa.

Kokovania quedó maravillado:

— ¡Qué chica más lista eres! ¿No te va a dar miedo estar sola aquí?

— ¿Por qué me tiene que dar miedo? Nuestra cabaña es fuerte, los lobos no podrán penetrar en ella. Además conmigo se quedará mi gato. No tendré miedo. Y tú tratas de volver lo más pronto posible.

Se fue el viejo dejando a Daria sola, con su gato marrón. De día, mientras el abuelo cazaba chivos, ella no tenía miedo a quedarse sola. Cuando cayó la noche, sintió cómo el miedo se iba apoderando de ella. Pero al ver que el gato se quedaba campante, también ella se tranquilizaba. Se sentó junto a la ventanilla para mirar afuera y, de repente, divisó una bolita afelpada rodando por el bosque. Y cuando la bolita se aproximó a la cabaña, la niña vio que era un chivo: tenía patitas delgadas, la cabeza liviana y cinco ramitas en cada cuerno. Daria salió corriendo afuera, pero el chivo ya no estaba allí.

— Seguramente estaría dormitando. Lo vi en sueños —se dijo.

— Bie-e-en. Tie-e-enes r-r-razón —ronroneó el gato.

Daria se acostó en la cama junto al gato y durmió hasta la madrugada.

Transcurrió un día más. Kokovania no regresó. Daria empezó a ponerse alarmada, pero no lloraba. Acariciando al gato, murmuraba:

— No te preocupes, minino. El abuelo regresará mañana, ya verás.

Y el gato entonaba su canción preferida:

— Bie-e-en. Clar-r-ro que sí-i.

Otra vez se sentó Daria junto a la ventanilla para mirar a las estrellas nocturnas. Y cuando ya quiso acostarse, de pronto, oyó unas pataditas en la pared. Ella se asustó, pero las pataditas se repitieron ya en la otra pared; luego las oyó en la pared de la ventanilla, después en la puerta y, al final, arriba, en el techo. No eran pataditas fuertes, parecían pisadas livianas y presurosas.

“¿No será el chivo de ayer?”, pensó ella.

Y le entraron tantas ganas de verlo que ni siquiera el miedo pudo contenerla. Entreabrió la puerta y se asomó afuera. ¡El chivo de ayer! Se había parado cerca de la casa. Levantó su patita derecha delantera para golpear contra el suelo y su pezuña de plata resplandeció a la luz de la luna. La niña divisó las cinco ramitas, que parecían astas de un ciervo. Daria no sabía qué hacer. Empezó a llamarlo, como a un chivo común.

El chivo se rió de ella, se volvió y huyó.

Daria regresó a la cabaña y le contó a su gato:

— Acabo de ver a Pezuña de Plata. Vi sus cuernos y su pezuña. Lo único que no pude ver es cómo el chivo golpea con su patita y hace apare-



cer piedras preciosas. Seguramente me enseñará la próxima vez.

El gato no hacía más que ronronear su canción preferida:

— Bie-e-en. Tie-e-enes r-r-razón.

Había pasado el tercer día, pero Kokovania no volvía. Daria se sintió todavía más miedosa. Incluso empezó a llorar. Quiso hablar con su gato, pero no lo encontró por ninguna parte. Entonces, Daria se asustó de verdad, se echó para afuera a buscar al gato.

Hacía una noche clara, con luna llena. Daria vio a su gato muy cerca de allí: estaba sentado al lado del chivo. Pezuña de Plata tenía levantada su patita que resplandecía a la luz de la luna. El gato mecía su cabeza; el chivo, también. Como si estuvieran hablando de algo. Al rato echaron a corretear por el calvero. El chivo corría a un lado, luego a otro, se paraba y golpeaba el suelo con la pezuña. El gato se lanzaba a perseguirlo, pero el chivo saltaba más adelante y se ponía a golpear con su pezuña. Así estuvieron corriendo durante largo tiempo. De súbito, Daria los perdió de vista. Mas, al rato, los dos regresaron al calvero.

De repente, el chivo, de un salto, se subió al tejado y empezó a golpearlo con su pezuña de plata. Preciosas piedras —rojas, azules— comenzaron a caer como una lluvia de chispas de debajo de su patita.

Justamente en ese momento regresó el viejo Kokovania. No pudo reconocer su cabaña, que estaba cubierta de piedras preciosas. En el tejado vio al chivo golpeando con su pezuña de plata y arrojando una lluvia de piedras brillantes. En esto, el gato marrón saltó también al tejado, se puso al lado del chivo y maulló sonoramente: al instante desaparecieron los dos, el gato y Pezuña de Plata.

Kokovania recogió media gorra de piedras, pero Daria le pidió:

— ¡No las toques, abuelo! Déjalas donde están, que mañana saldremos a mirarlas otra vez.

Por la noche cayó mucha nieve y cubrió la cabaña. Cuando ellos quitaban la nieve, allí ya no había ninguna piedra. Pero tuvieron bastante con lo que había recogido Kokovania en su gorra.

Todo acabó bien, y sólo se sintieron apenados por la pérdida del gato marrón. Nunca más se dejó ver por allí, como también Pezuña de Plata. Había aparecido allí una vez, y eso fue bastante.

Después de aquello, la gente encontró piedras donde Pezuña de Plata había golpeado con su patita. La mayoría de las piedras eran verdes. Se llaman olivinos. ¿Las has visto tú alguna vez?



Olga Forsh

Los animales granujas

I

Los padres del cadete Vasia habían muerto hacía tiempo, cuando él era pequeño, y sólo le quedaban la abuela y el abuelo, que cuidaban de él. En invierno, Vasia se educaba en un colegio militar, pero en verano venía al pueblo. La casa allí era espaciosa, con una solana acristalada; detrás había un jardín y un huerto.

El abuelo, general retirado, gordo y cariñoso, se dedicaba a reparar todo lo que le caía en las manos: despertadores, molinillos, o quitaba los gusanos de los árboles. La abuela, bajita y también gorda, se pasaba todo el santo día cocinando mermelada en la solana acristalada, o seleccionaba las setas, o secaba las frambuesas. A cada rato se le oía llamar a voces:

— ¡Lukeria, tráeme vinagre, pimienta y hojas de laurel!

La viejita Lukeria vivía en la cocina, preparaba empanadillas, limpiaba la jaula del loro verde, y cuando los señores se marchaban a la ciudad, ella se encargaba de las llaves de la casa. Lukeria no tenía más que dos

dientes: uno arriba y otro abajo. Era punto menos que sorda y ciega; a veces se le veía hablando con la bata vacía de la señora, como si ésta estuviera allí presente.

— Un día esa vieja nos va a quemar la casa. No ve, ni oye. Un buen día se nos meten ladrones por la ventana —decía, suspirando, la abuela de Vasia, cada vez que se iba a la ciudad.

— No te preocupes, no pasará nada —la tranquilizaba el abuelo—. Fue mi niñera, después de todo.

El cadete Vasia era tremendamente travieso. Cuando venía al pueblo en verano, además de cañas de pescar y una escopeta, se traía exámenes suspendidos en primavera. Pero, en vez de ponerse a estudiar las asignaturas suspendidas, se le podía encontrar encaramado a un árbol, vagando por el establo o metido en el gallinero... Vasia birlaba huevos a las gallinas para hacerse una especie de ponche, llamado gógol-mógol. Le gustaba mucho el gógol-mógol. Precisamente debido a ese gógol-mógol ocurrió en la casa una historia grande.

El caso era que, aparte de Vasia, alguien más visitaba aquel gallinero. Pero no para robar huevos, sino polluelos. Y ese alguien era la Zorra. Se arrastraba hasta allí sigilosamente, como lo saben hacer solamente las serpientes, y agarraba por el pescuezo a un polluelo, a otro, a otro más...

El gallo le chillaba a la Zorra: “¡Go-go, go-go!”. Y la gallina: “¡Vete de aquí!” “¡Go-go, go-go!” y “Vete de aquí!”, se oía sólo en humano, pero en el lenguaje de los animales sonaban como palabras gruesas. A la Zorra le daba igual todo. Comía hasta hartarse y estrangulaba a más polluelos de lo que podía comerse.

En cierta ocasión, el cadete Vasia se topó con la Zorra en el gallinero. Ella se había escondido debajo de una pila de sacos que eran casi del mismo color que su piel; no se le oía ni cómo respiraba. Pero seguía observando, a través de un agujero, qué haría Vasia.

“Blom... blom...”, empezó a batir Vasia su preferido gógol-mógol. Batía un poco y en seguida lo probaba; por la expresión que tenía se diría que el ponche le había resultado muy sabroso.

“¡Cómo me gustaría probarlo!”, tragando saliva, se dijo la Zorra.

Y tan pronto como Vasia saltó de su sitio y fue corriendo tras una mariposa, la Zorra se tiró hacia el gógol-mógol y se lo comió.

— ¡Caramba! —exclamó ella—. Me gustaría comer así.

Además, vio que Vasia dormía sobre almohadas blancas y debajo de una manta blanca.

— ¡Caramba! —se asombró—. Sería formidable poder dormir así como él.

Y decidió hacerlo.

2

En un espeso bosque vivía un animal extraño, el Tejón. Era un poco más grande que la Zorra, torpe, y por el hocico y la cabeza le pasaban unas rayas blancas. No se diría que era un animal muy listo, pero llevaba una vida decente y ordenada. Había cavado su madriguera en la parte soleada, cubriéndola con musgo y hojas; también había hecho chimeneas desde su madriguera hasta la superficie, para ventilarla, pues le desagradaba el mal olor. No aguantaba en absoluto olor a Zorra.

La Zorra sabía perfectamente eso, y como el Tejón jugaría determinado papel en su plan, ella esperó a que el Tejón saliera por la noche a buscar comida. La raposa se metió en su limpia madriguera y se hizo un ovillo, cubriéndose con su cola velluda.

Ya amanecía cuando el Tejón, cargado de raíces, regresaba a su madriguera. Llegó cansado, sudoroso, con la lengua afuera. Y quería descansar. Al darse contra el agudo hocico de la Zorra, se puso muy enfadado.

— ¡Fuera de aquí! —gritó.

— Bueno, bueno... Me iré, pero quedará mi olor —dijo la Zorra—. Y mañana traeré conmigo a mis cachorros y pasado mañana, a mis sobrinos. Después de nuestro olor tendrás que marchar de esta casa.

Se echó a llorar el pobre Tejón, puso la comida en la tierra y empezó a restregar los ojos con sus patitas. El Tejón no puede secar las lágrimas con la cola, porque la tiene corta.

— Sécate las lágrimas, Tejón —se rió la Zorra—. Te encontraré otra madriguera, mejor. Allí dormirás sobre una almohadita blanca y te cubrirás con una manta también blanca, desayunarás con azúcar, manzanas y pasas. ¿Sabes qué son pasas? Son uvas guardadas para el invierno.

El Tejón se frotó una patita contra la otra, pues le gustaban las uvas. Pero en seguida se acordó de que la Zorra era muy granuja, le preguntó con sospecha:

— ¿Y qué me vas a pedir a cambio?

— Que me peines la cola. Eso es lo primero —dijo, ufana, la Zorra—. Además tendrás que aprender a andar en dos patas, porque en mi nueva madriguera ya no te llamarás Tejón, sino cadete Vasia. Si deseas enterarte de todos los detalles, corre detrás de mí.

La Zorra corrió al bosque sin volver la cabeza: sabía que el Tejón ya no podría permanecer más tiempo en la madriguera estropeada. Y, efectivamente, cuando el Tejón olió bien su madriguera, escupió con desprecio y echó a andar en pos de la Zorra.

Ambos fueron andando y andando, a través de la espesura del bosque, se les clavaron espinas y se ensuciaron, hasta que al fin, cuando amaneció, vieron al Oso.

El Oso yacía en un lindero, con las patas al aire, tomando sol. Arriba de él estaba el solecito caliente y debajo, el suave musgo verde.

— ¡Eh, Oso! —le gritó la Zorra desde lejos—. ¿Te gustaría ser un general?

— ¿Y por qué no? —se sonrió maliciosamente el Oso.

— ¡No seas bobo, anda! —le replicó la Zorra—. Mírate: sucio, cabeza desgredada, sin corbata, comes cualquier cosa que encuentras en el camino. ¡Menudo general estás hecho!

Mishka el Golfo —así le llamaban todos en aquel bosque— era un verdadero cochino. Había crecido lo bastante para abandonar a sus parientes. Era fuerte y alto, pero tan perezoso y glotón que sus padres ni siquiera lamentaron cuando abandonó a sus hermanos pequeños y se fue a vagabundear por aquellos parajes.

— Escucha, Golfo —dijo la Zorra—. Pronto va a llegar el invierno y entonces habrá que buscarse una madriguera caliente. ¿Vas a hacerla tú mismo o te irás a casa, con tus padres?

La Zorra sabía perfectamente que si el Oso regresaba a su casa, los padres le echarían; sin embargo era demasiado vago para hacerse una madriguera por su propia cuenta. Además ya era bastante tarde para eso, pues ya estaba por caer el frío, que helaría la tierra.

El pobre Oso se sintió miserable al pensar en el invierno; tomó una ramita y se puso a limpiarse las uñas: era para disimular las lágrimas.

La Zorra aguardó un rato, luego se sentó en un montículo junto al Oso y le pasó por la cabeza con su suave patita.

— No te aflijas —le tranquilizaba, cariñosa, la Zorra—. Tengo las patas molidas de tanto correr y buscar una madriguera para que puedas pasar el invierno. Y te encontré una muy preciosa. Allí vas a comer todos los días y lo que te dé la gana, dormirás sobre un colchón de plumón y te cubrirás con una manta blanca, te agasajarás con uvas guardadas para el invierno, que los hombres las llaman pasas. También comerás miel, Mishka, de la que más te guste: de tilo o de alforfón.

El Oso se alegró al punto y dijo:

— Me das mucha alegría diciéndome eso.

— Muy bien, Mishka, eres un mozo listo —le elogió la Zorra—. Dentro de una semana, los dueños se marcharán: el general, su esposa y Vasia. Y sólo se quedarán allí una vieja que casi no ve ni oye, y un loro verde.

— ¿Loro? ¿Quién es ése? —preguntó, mosqueado, Mishka—. ¿No me pegará en el morro, como mi madre?

— ¡Claro que no! —exclamó riendo la Zorra—. El Loro está metido en una jaula y nunca sale de ella. Es un pájaro, aunque diga blasfemias como una persona. Y cuando la vieja te vea en uniforme de General, seguro que te va a tomar por el general, el dueño de la casa.

— He-he... —soltó, gustoso, el Oso—. ¿Y dónde voy a coger ese uniforme?

— De eso me ocuparé yo —dijo la Zorra—. Dime una cosa: ¿estás conforme en ser general? Piénsalo bien: comerás miel y azúcar y tomarás cubos de bebidas dulces.

— He-he... —graznó Mishka—. Estoy muy conforme.

— Formidable. Veo que hemos reunido a todos los dueños de la casa —se sonrió maliciosamente la Zorra—. El Oso será general; el Tejón, cadete Vasia, y yo, la dueña, la generala.

Y la Zorra salió corriendo hacia la finca para preparar su plan.

3

Todavía era muy oscuro cuando la Zorra llegó a través del espeso jardín hasta la solana acristalada y delante de los peldaños se metió como un rayo en los arbustos. En la solana, la jaula de cobre en que se encontraba el loro, brillaba a la luz de la luna llena.

El Loro, agarrado a la percha, estaba colgado cabeza abajo, pensando en su bella patria.

A la cabeza puesta para abajo afluye la sangre, y por eso, al Loro le parecía que le calentaba el cálido sol de la India, con monos columpiándose en las palmas alrededor de él; debajo de aquellas palmas pasaban lentamente los inmensos rinocerontes camino al abrevadero; además, exóticas aves, como él mismo, revoloteaban abajo y arriba.

De repente oyó una dulce voz entre los arbustos, que susurró:

— Lorito bueno e inteligente, ¿te gustaría ser el Rey de las fieras?

El Loro se puso derecho, con la cabeza para arriba y la cola para aba-



jo, como todos los loros normales, inclinada la cabeza a un lado, y escuchaba. Nada. Alrededor de él no había más que decepción: abedul en vez de palma, la fuerte jaula en que estaba metido, y de todas las aves, una gallina y un gallo. Se puso afligido el Loro, cerró los ojos con los párpados blancos. De nuevo oyó la voz desde los arbustos, más empalagosa que la primera vez:

— ¿Te gustaría, Lorito, ser el Rey de las fieras?

— ¿Qué ocurre? —chilló el Loro con la voz disgustada de la abuela—. Limpia mejor el polvo, ¿me has oído?

Al fin abrió los ojos y, asombrado, advirtió entre los arbustos el hocico agudo de la Zorra.

— Lorito, me han enviado los animales para hablarte —dijo la pícarra Zorra—. Quieren que tú gobiernes a las fieras, y no el león. Cuando hablas, pareces una persona, y las personas, como sabes, incluso al león lo tienen enjaulado.

— ¡Ahá! —respondió el Lorito con aire de importancia y levantó una patita hacia arriba.

A su vez, la raposa no paraba de cacarear:

— Tan pronto los dueños se marchen, Lorito, ocupa el puesto.

— ¡Abre la jaula, abre la jaula! —chilló, de pronto, el Loro.

— Ay, Lorito, lo haría, pero no me atrevo. Encima de mí están mis jefes: El Tejón y el Oso. Ni siquiera ellos me creen cuando les digo que tú hablas en lenguaje humano. Primero tendrás que dar órdenes a Lukeria por lo menos un par de días, para que los animales vean que las personas te obedecen.

El Loro se limpió el pico, entornó los ojos y empezó a mandar:

— ¡Miel, Lukeria! ¿Dónde están la mantequilla y el queso?

Y de súbito se puso a chillar:

— ¡Boba, boba, boba... has olvidado traerme el pan!

— ¡Oh, Lorito, eres un verdadero Rey del bosque! —murmuró la Zorra soltando una risilla maliciosa—. Tú manda aquí un par de días, y al tercero te pondremos en libertad y subirás al trono del león. Y ahora, hasta la vista.

Dicho esto, la Zorra se escapó corriendo.

— Limpia mejor el polvo, ¿me has oído? —ordenó el Loro muy ufano; esa vez él ya no se puso cabeza abajo. Se sintió demasiado importante para hacer el tonto. Ya se imaginó que llevaba la melena de león en su espalda y erizó sus verdes plumas para parecer más grande.

Era otoño avanzado. Hacía tiempo ya habían segado y trillado las mieses. También el lino había sido arrancado y apilado en el río, para su remojo. El lino había estado a remojo allí durante tanto tiempo que ya no le daba miedo a resfriarse, además se había olvidado totalmente de que otrora fuera una delicada flor de un azul celeste.

Los sótanos de la casa principal de la finca fueron llenados con frutos del huerto: remolacha, patata y zanahoria. Como batallones de soldados, las manzanas y las peras yacían en filas encima de los estantes.

La señora dueña ya había despedido a todas las mozas que habían trabajado en el huerto, regalándoles cintas coloradas y azules.

El cadete Vasia al fin se puso a estudiar. Tapándose con las manos los oídos, repasaba sus manuales desde por la mañana hasta por la noche, preparándose para volver a rendir los dos exámenes suspendidos. El abuelo se dedicaba a hacer su interminable lista de lo que tenía que comprar en la ciudad; la abuela, se ajetreaba con Lukeria en la cocina, preparando tortas, carne asada y empanadillas rellenas.

Ilusionado con su futura misión, el Loro ponía todos sus esfuerzos por aprenderse a mandar como la señora dueña: “¡Lukeria, no olvides los pollos! ¡Lukeria, una pasta es hojosa, la otra está así-así, con levadura!”

Al abuelo le empezaron a doler las piernas y a él se le quitaron las ganas de hacer el viaje. Deambulando, suspiraba:

— ¡Oh, me huele mal todo eso! ¡Los caballos se desbocarán y echarán a galope alocado! Oh, querida, puede soltarse alguna rueda del carruaje y no llegaremos a la ciudad...

El Loro imitaba sus quejidos:

— ¡Alguna rueda, alguna rueda!

A pesar de todo, la cosa resultó bien. Lukeria preparó las provisiones a tiempo, el cochero engrasó bien las ruedas y sacó el carruaje listo para ponerlo enfrente del porche.

La abuela ensartó las llaves en una gran anilla de hierro, las metió en su bolsa de viaje y la cerró.

El cadete Vasia, llorando, se despidió de su Loro, por última vez llenó sus bolsillos de zanahorias y, sujetando su bolso lleno de libros para exámenes, con cara triste, se sentó en el banquillo delantero del carruaje.

Los cascabeles sonaron una y otra vez, hasta que por fin su tintineo se apagó en la lejanía.

Al caer la noche, Lukeria dio un rodeo a la casa llevando una vara larga, echó una ojeada a los arbustos cercanos, para convencerse de que allí no estaba escondido ningún ladrón. No encontró a nadie y se calmó. Comió un plato de sopa de verduras y luego cerró los postigos. No sospechaba en absoluto la vieja que delante de sus propias narices había aparecido algo extraño. Un poste peludo estaba parado en la solana acristalada, y era tan alto que alcanzaba la ventanilla de arriba. El poste, con sus garras, se sujetaba de la ventanilla...

Difícilmente se podía explicarlo todo aquello; y sólo el Loro, en su jaula de cobre, estaba al corriente del asunto: el poste peludo era el delegado llegado para invitarle a subir al trono. El primero, el de abajo, era el Oso, que, sonriendo maliciosamente, sostenía sobre sus patas traseras todo el peso. El Tejón se había subido a los hombros del Oso y la Zorra sobre los hombros del primero. La Zorra se metió por la ventanilla, saltó dentro de la habitación, giró la llave de la puerta y la abrió de par en par. ¡Pasen, señores! El Tejón se lamió los labios; quiso entrar, pero le dio miedo, estaba temblando todo él. El Oso le pegó un empujón fuerte por la espalda y los dos se metieron dentro casi volando.

La Zorra, mientras tanto, ya completamente vestida, daba vueltas delante del espejo: se había puesto la bata de la señora dueña y escondido las orejas bajo una cofia con encajes.

Las gallinas, sentadas en su percha, la contemplaron riéndose. ¡Vaya una señora!

El Oso pasó fatigas para ponerse la ropa humana: le estaba estrecha por todos los costados, y se sintió cohibido. Sin embargo, el Tejón metió con agrado las patas y la cabeza dentro de la camisa blanca de Vasia, se ajustó el cinturón con hebilla y resultó el mismísimo retrato del cadete. La Zorra agarró una plancha y les alisó las colas a sus compinches. Acto seguido, cogió una campanilla y la agitó con la pata, primero despacio y luego más y más rápido: ¡Tilín-tilín-tilín! ¡Tilín-tilín-tilín!

La vieja Lukeria aplicó, a modo de embudo, sus manos al oído, y pensó: “Parece que está sonando la campanilla. Deben de haber vuelto los señores. ¡Por Dios! ¿Qué les habrá ocurrido?”

Fuera como fuera, Lukeria sabía perfectamente una sola cosa, y era que si sus dueños habían regresado, ella tenía que poner el samovar sobre la mesa, pues había llegado la hora de tomar té.

Apenas hubo entrado en la habitación, Lukeria vio venir a su encuentro al señor, a la señora y al cadete.

— ¡He-he!... —gruñó, de súbito, el señor Oso.

— ¡Santo Dios! —susurró, asustada, Lukeria, y retrocedió.

La Zorra, que no tenía un pelo de tonta, agarró la jaula del Loro y ¡a meter sus uñas entre rejas! El pájaro se olvidó al instante de toda su procedencia noble y de su misión real. Al sentir cerca el peligro, lo primero que le vino a la memoria fue:

— ¡La rueda! ¡La rueda!

— ¡Gracias a Dios que han quedado sanos y salvos! —exclamó, alegre, Lukeria y se apresuró a poner en la mesa panecillos, tortitas y empanadillas rellenas, que habían quedado de la otra vez.

— ¡Mermela-a-a-da! —chilló desde su jaula el Loro con voz del cadete Vasia y con aire fanfarrón.

Al Loro ya se le había quitado el miedo por que la Zorra pudiera zamparle. Sabía bien que ella, el Tejón y el Oso fueron enviados del bosque como delegados para invitarle a subir al trono. Por eso precisamente se habían puesto la ropa de los señores dueños; querían vivir un tiempo en la casa y ver cómo él, el Loro, mandaría a la persona.

— ¡Lukeria, tráeme bebida dulce! —ordenó el Loro con tono del señor general.

Y la vieja mujer fue corriendo, a tropezones, a servirle al Oso una botella de dulce vino casero.

— Aquí la tiene, general, Su Excelencia —le dijo la vieja.

Lukeria llenó la mesa con toda suerte de platos sabrosos y se retiró. Los animales se zamparon todo en un santiamén. El Oso se llevó a la boca una jarra con mermelada y no la soltó hasta ver el fondo de la vasija. El Tejón se manchó todo el hocico con la crema espesa y ya no se veía su negra piel: se puso blanco todo él, parecía un molinero. Seguidamente se lanzó en busca de más comida. En un periquete la mesa quedó limpia.

— ¡Lorito, da la orden! —murmuró la Zorra—. Los delegados empiezan a dudar de ti.

El Loro inclinó la cabeza a un lado y venga a mandar:

— ¡Lukeria, trae aquí miel, mantequilla y queso!

Lukeria no hacía sino correr para allá y para acá, trayendo comida. Y sólo un pensamiento tenía en la cabeza: aquel apetito de sus señores se debía al miedo que ellos habían pasado durante el accidente. Entonces, ¡que les aproveche! Lukeria iba y venía con platos llenos y vacíos.

De repente se le escurrió un plato de las manos y se rompió. La vieja se agachó para recoger los cascós y... lanzó un grito de susto y escapó co-

rriendo a la cocina. Al Oso no le había dado tiempo de ponerse las botas, se había descuidado y estirado su pata peluda. La viejita, casualmente, la había rozado con la mano.

En ese momento, la Zorra tiró de la cola al Loro y él, enfadado, gritó: — ¡Boba! ¡Boba!...

Al oír “boba”, Lukeria volvió en sí y pensó: “¡Oh, me habrá parecido! Seguramente el señor dueño se puso sus nuevas botas de piel”.

Lukeria recogió todos los platos y se fue a dormir. El susto que se llevara la viejita alarmó tanto a los animales que ellos se escondieron tras el biombo y temblaban, pensando: “¿No irá la vieja a dar la alarma? Acudirán los campesinos con escopetas y estacas y nos quitarán las pellejas a todos nosotros”.

El Oso y el Tejón le prohibieron tajantemente a la Zorra encender la luz, aunque ella les había dicho que los postigos no dejarían ver nada desde el patio. Al llegar la noche se desvistieron y colgaron todos sus vestidos en las sillas, detrás de la puerta de la habitación para que la limpiaran; la Zorra les había dicho que así siempre lo hacían las personas.

El Oso sudó la gota gorda mientras estuvo colgando la ropa con sus torpes patas, y unas veinte veces maldijo en sus adentros a sí mismo y a la Zorra por haberse marchado del bosque.

Después de quitarse la ropa, los animales, cerraron con llave la puerta de la habitación, para que Lukeria no pudiera entrar, y se acostaron, metiéndose con la cabeza debajo de las mantas.

Por la mañana, la Zorra fue la primera en saltar de la cama: se puso la bata, escondió las orejas bajo la cofia con la cola y corrió a la cocina. Echó las cortinas, para que Lukeria no pudiera divisar los hocicos del Oso y del Tejón bajo la tenue luz de la madrugada. Lo hizo en vano porque si la viejita hubiera visto algo sospechoso simplemente no hubiera creído a sus propios ojos.

De nuevo los animales comieron y bebieron a cuerpo de rey, y al final hicieron grandes fardos de comida y bebida, para llevarlos al bosque.

Se sintieron más valientes y echaron mano de los vestidos. El Oso se probó las corbatas, pero la que él intentaba ponerse se hacía trizas entre sus garras. Al fin sacó una toalla limpia y se arrolló al cuello.

La Zorra tocó todos los perfumes y cremas, se echó pomada en la cola; el Tejón se puso un gran reloj de oro en el pecho, dejó de comer y de beber y sólo escuchaba el tic-tac, tic-tac...

El Oso encontró las gafas del general, se las puso, cogió el viejo molini-

llo de café, se acomodó en una butaca y... ¡dale que te dale al mango! Así se pasó un rato, y le pareció que estaba realizando importante trabajo de general. Tenía tal aire de importancia que el Tejón, parado y de puntillas detrás de la butaca, quedó cautivado, sin poder moverse de su sitio.

Mientras tanto, la Zorra resolvió disfrutar la vida de señora, y dijo al Loro que ordenara a Lukeria que la preparara un baño.

“Después de bañarme —pensó la Zorra—, tendré el pelo suave y afelpado.”

Mientras Lukeria llenaba la bañera mezclando el agua caliente y fría, la Zorra se precipitó a escoger diversos vestidos en el ropero de la señora dueña. Eligió para sí cintas y cofias con encajes; para el Tejón, el cinto rojo de Vasia. El Oso trajo sólo el molinillo de café y las gafas.

— Hoy he dado ya bastantes vueltas al mango del molinillo —dijo—. Mañana volveré a hacerlo cuando estemos en el bosque. Ya estoy cansado de estar aquí: no te dejan ni gruñir ni gritar.

— Está bien, Mishka, está bien... —le calmó la Zorra, y añadió—: Esta misma tarde nos iremos de aquí. Déjame sólo que tome un bañito. Mishka, tú me enjabonarás la espalda, y tú, Tejón, me alisarás la cola con el cepillo.

La Zorra sabía perfectamente que los verdaderos dueños regresarían dentro de pocos días y, por prudencia, mandó que el Tejón trajera los fardos al cuarto de baño.

— Si pasa algo, podremos escapar con los fardos por la ventana —dijo ella.

Ya dentro de la bañera, la Zorra, al quedarse relajada gozando del agua caliente, sintió sueño. Estaba con la cabeza recostada sobre un cómodo cojín, que el Oso lo había sujetado con corbatas del general, atadas a modo de hamaca. La cola de la Zorra quedó limpia de la pomada, que ella se había echado antes; el Tejón ya la estaba alisando con un buen cepillo. A su vez, el Oso le había preparado una toalla esponjosa, y estaba parado junto a la bañera, con las patas extendidas hacia la raposa, como diciendo: “¡Sal ya, señora Zorrita!”

— ¡Eso sí que es vida! —exclamó gustosa, la Zorra; le parecía estar flotando bajo el acariciante sol de verano—. Espera un poquito más, Mishka... Espera, por favor... —bostezó unas veces y quedó al fin adormilada. Durmió tan dulcemente que no vio ningún sueño. Al Oso le dio lástima despertarla: sostenía la toalla y bostezaba. Otra vez le entraron ganas de dar vueltas al mango de su molinillo de café.





“Pronto me hice general”, pensó el Oso en sus adentros.

En cambio, el Tejón no tenía pensamiento alguno en su cabeza; se quedó sentado en el banquillo, alisando la cola de la Zorra.

Los animales no oyeron cómo la troika fue acercándose a la casa. Entró en el patio sin tintineos, con los cascabeles mudos. En el camino de regreso, la señora dueña se había cansado de oírlos y había ordenado atar las asitas de los cascabeles, para que no sonaran. La Zorra había fallado en sus cálculos: los dueños regresaron antes de lo que ella había supuesto.

¿Qué significaba aquello? ¿Estaría Lukeria borracha o había perdido la chaveta?

— ¿Cómo desean que informe? —les preguntó Lukeria a sus señores dueños.

— ¡Vieja boba! —gritó la generala.

— ¡Vieja boba! —repitió el Loro.

Cuando entraron en la casa, ¡ay, lo que vieron allí! Todo estaba revuelto, dentro de la bocina del gramófono había un montón de huesos viejos, las alfombras llenas de manchas grasientas. ¡Y cómo apestaba en la habitación! No se podía dar un paso sin taparse la nariz.

Atravesaron la casa y llegaron al cuarto de baño. La esposa del general, al abrir la puerta, cayó desmayada. También el general asomó la cabeza dentro del cuarto de baño y puso el grito en el cielo:

— ¡Policías, rápido, venid aquí!

El Oso lanzó un gruñido, el general se llevó las manos a la cabeza y cayó también desmayado al lado de su esposa.

En ese momento se despertó la Zorra, salió de la bañera y, chorreando agua, comenzó a dar órdenes desde allí mismo:

— ¡Recoged los fardos y escapemos de aquí!

El Oso se puso debajo de la ventana, el Tejón saltó sobre sus hombros y la Zorra se encaramó encima del Tejón. La raposa abrió la ventanilla y se metió por ella, siguiéndola primero el Tejón y luego el Oso. Con los fardos a la espalda volaron de allí como el viento... ¡Cualquiera los alcanzaba!

Cuando el general y su esposa volvieron en sí, miraron al cuarto de baño y vieron que estaba vacío.

— Oye —le dijo el general—, no cuentes a nadie que en nuestra casa han vivido animales. Nunca antes había ocurrido nada parecido. Es algo indecoroso. No sea que la gente nos ponga en ridículo.



Valentín Katáev

La florecita de siete colores

Erased una niña llamada Zhenia. Una vez, su mamá la envió a la panadería a comprar rosquillas, y compró siete: dos con semillas de comino para papá, dos con simiente de amapola para mamá, dos con azúcar para ella y una pequeñita, rosada, para su hermanito Pávlik. Para tenerlas más seguras, las amarró con un cordel. Tomó el atado de rosquillas y se dirigió a casa. Por el camino iba mirando a los lados y leía los letreros. Mientras tanto, se acercó por detrás un perro desconocido que se comió, una tras otra, todas las rosquillas. Primero las de papá, con semillas de comino; después las de mamá, con simiente de amapola; luego las de Zhenia, con azúcar. La niña se dio cuenta de que las rosquillas pesaban menos y se volvió para mirarlas, pero ya era tarde: el cordel colgaba vacío y el perro se relamía dando fin a la última rosquilla, la de Pávlik.

— ¡Ay, gran ladrón! —le gritó Zhenia, y echó a correr detrás del animal. Por mucho que corrió no pudo alcanzar al perro y, cuando se detuvo... ¡estaba perdida! Se encontraba en un lugar completamente desconocido, donde no había grandes edificios sino casas pequeñitas. Muy asusta-

da, Zhenia se puso a llorar. De pronto apareció una viejecita.

— ¿Por qué lloras, niña?

Zhenia se lo contó todo a la anciana. La viejecita sintió lástima por ella, la llevó a un jardincito que tenía y le dijo:

— No te desesperes, no llores, yo te ayudaré. En mi jardincito crece una flor de siete colores que lo puede todo. Yo sé que tú eres una niña buena, aunque, de cuando en cuando, te gusta pensar en las musarañas. Te regalaré esa florecita y todo se arreglará.

Con estas palabras, la ancianita arrancó de su jardín una florecita muy bonita, parecida a la de la manzanilla, y se la regaló a la niña. La flor tenía siete pétalos transparentes: uno amarillo, otro rojo, otro azul oscuro, otro verde, otro anaranjado, otro morado y otro azul pálido.

— Esta florecita —dijo la ancianita— no es de las corrientes; puede hacer todo lo que le pidas. Para eso basta arrancar uno de sus petalitos y decir:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este a Oeste con el viento,
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

Luego pides lo que quieras y lo verás cumplido en el acto.

Zhenia dio las gracias a la viejecita, salió a la calle y se acordó entonces de que no sabía volver a casa. Quiso regresar al jardincito para pedirle a la ancianita que la acompañara hasta el policía urbano más próximo, pero, para su asombro, el jardincito y la viejecita habían desaparecido. ¿Qué hacer? Ya iba a empezar a lloriquear como de costumbre, y hasta arrugó la naricita, cuando se acordó de la florecita maravillosa.

— ¡Ah, vamos a ver lo que puede la florecita de siete colores!

Tan pronto como lo había dicho, arrancó muy de prisa el petalito amarillo, lo tiró al aire y dijo:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este a Oeste con el viento,
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

¡HAZ QUE ME VEA EN CASA CON LAS ROSQUILLAS!



Apenas terminó de decir esto, se vio en casa con el atado en las manos.

Zhenia dio las rosquillas a su mamá y pensó: “¡Es verdad que es una florecita maravillosa; hay que ponerla pronto en el florero más bonito!”

Como aún era pequeñita, se subió en una silla y tendió la mano hacia el florero favorito de mamá, que se hallaba en el anaquel más alto. En aquel mismo instante pasaron ante la ventana unos pajaritos. Zhenia, claro, sintió el súbito deseo de saber exactamente cuántos eran: ¿siete u ocho? Abrió la boca, se puso a contarlos y, al hacerlo, doblaba los dedos para que no se le olvidara. ¡Qué pena! El florero de mamá se le escapó de las manos y se hizo añicos contra el suelo.

— ¡Otra vez has roto algo, muchachita! —le gritó la mamá desde la cocina—. ¿No será mi florero favorito?

— ¡No, no, mamita, no he roto nada! Te ha parecido, nada más —gritó Zhenia.

De prisa, muy de prisa, tomó la flor, arrancó el petalito rojo, lo tiró al aire y susurró:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este a Oeste con el viento,
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

¡HAZ QUE EL FLORERO FAVORITO DE LA MAMA QUEDE COMO ESTABA!

Cuando terminó, vio maravillada cómo los pedacitos del florero se acercaban uno al otro y se juntaban.

La mamá salió corriendo de la cocina y vio que su florero estaba donde siempre, como si no hubiera pasado nada. Por si acaso, amenazó a Zhenia con el dedo y le dijo que saliera a jugar al patio.

Allí encontró que unos niños estaban jugando a la expedición Papanin al Polo Norte. Estaban sentados sobre unas tablas viejas y habían clavado un palo en la arena. A Zhenia le gustó aquello y dijo a los niños:

— ¿Me dejan jugar con ustedes?

— ¿Sabes lo que dices? ¿No ves que esto es el Polo Norte? No llevamos niñas al Polo Norte.

— ¿Qué Polo Norte es ése? ¡Si nada más hay maderas!

— No son maderas, sino témpanos. ¡Vete, no estorbes! En este preciso instante los hielos presionan con fuerza.

— ¡Así que no me dejan?

— No, no te dejamos. ¡Vete!

— Ni falta que me hace. Ahora mismo iré al Polo Norte sin ustedes. Y no será un viaje de mentiritas como el de ustedes, sino de verdad; ustedes se quedarán aquí con la boca abierta. ¡Ya verán!

Zhenia fue hasta el portal, sacó la florecita de siete colores, le arrancó el petalito azul oscuro, lo tiró al aire y dijo:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este á Oeste con el viento,
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

¡HAZ QUE EN EL ACTO ME ENCUENTRE EN EL POLO NORTE!

Apenas hubo dicho esto, se sintió un fuerte viento, como el de un huracán, el sol desapareció, era una noche espantosa, Zhenia perdió el equilibrio... ¡La tierra estaba girando bajo sus pies!

Tal como iba, con su vestidito de verano, con sus trenzas frías, muy frías, pegadas al cuerpo, Zhenia se vio en el Polo Norte ¡completamente sola! Y, ¡qué frío! ¡Qué frío tan terrible!

— ¡Ay, mamá, que me hielo! —gritó Zhenia. Comenzó a sollozar, pero las lágrimas se convertían inmediatamente en hielo y quedaban suspendidas de su carita y de su nariz.

Mientras tanto, de entre los témpanos salieron siete osos blancos... ¡qué terribles! El primer oso, nervioso; el segundo, con una boina; el tercero, con mal genio...

Muerta de miedo, Zhenia tomó entre sus helados deditos la florecita de siete colores, le arrancó el petalito verde, lo tiró al aire y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este a Oeste con el viento,
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

¡HAZ QUE, AHORA MISMO, ME VEA DE NUEVO EN MI PATIO!



Más rápido que un abrir y cerrar de ojos, Zhenia se vio de nuevo en el patio.

Los niños la miraban y se reían.

— Qué, ¿dónde está tu Polo Norte?

— Estuve allí.

— No lo hemos visto. ¡Demuéstralo!

— Fíjense, ¿no ven un pedacito de hielo colgando de mi nariz?

— Eso no es un pedacito de hielo, sino ¡el rabo de un gato!

Zhenia, molesta, decidió no jugar más con los niños; no hablarles siquiera; ni aunque vinieran a buscarla. “Las niñas son más sociables”, pensó, y saltando y cantando fue hasta otro patio para jugar con ellas.

Las niñas estaban de lo más divertidas con sus juguetes. Una tenía una muñeca grande que vestía un precioso trajecito azul, un sombrero de paja y unos zapatos de juguete, caminaba y decía “mamá” y “papá”. Otra de las niñas tenía una pelota grande, de muchos colores y una comba. Una de las niñas estaba con su triciclo porque jugaba a “hacer los mandados”. A Zhenia no le gustó que las niñas tuvieran tantos juguetes y que no la invitaran a jugar...

“¡Vaya —pensó—, ahora verán quién tiene más juguetes!”

Sacó la florecita de siete colores, le arancó el petalito anaranjado, lo tiró al aire y dijo:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este a Oeste con el viento,
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

¡HAZ QUE SEAN MIOS TODOS LOS JUGUETES DEL MUNDO!

En un dos por tres, empezaron a aparecer miles de juguetes por todas partes. Primero venían las muñecas: parpadeaban con mucho ruido y repetían con sus vocecitas: “papá”, “mamá”, “papá”, “mamá”... Al principio Zhenia se alegró mucho, pero las muñecas eran tantas y tantas que en un momentico se llenó el patio, las dos calles, media plaza, los jardines de las casas y de las avenidas hasta que no se pudo dar un paso sin pisar una muñeca. ¡Qué ruido! Eran como cinco millones de muñecas. ¡Y todas hablaban! Y eso que eran nada más que las de Moscú, porque las muñecas de las otras ciudades soviéticas no habían tenido tiempo de llegar. Ya se

oían sus vocecitas por todos los caminos de la Unión Soviética. ¡Cómo hablaban! ¡Parecían cotorras! Zhenia se asustó un poco, y eso que aquello era sólo el comienzo, porque detrás de las muñecas, rodaban las pelotas, patines, triciclos, tractores, automóviles... Las combas se arrastraban igual que hacen las serpientes, se enredaban en los pies y hacían que las alborotosas muñecas hablaran más y más...

Por el aire volaban millones de aviones, dirigibles y planeadores de juguete; del cielo llovían los paracaidistas de algodón, y se quedaban colgados de los hilos telefónicos y de las ramas de los árboles. El tráfico quedó interrumpido en toda la ciudad y los policías urbanos que tenían que dirigirlo, se subieron a las farolas, ¡no sabían qué hacer!

— ¡Basta! ¡Basta! — gritó Zhenia espantada—. ¡Basta! ¿Para qué? ¿Para qué? No necesito tantos juguetes. ¡Fue una broma! ¡Tengo miedo!

Los juguetes seguían llegando. La ciudad entera estaba repleta de juguetes. Zhenia subió las escaleras y los juguetes fueron detrás de ella. ¡La seguían a todas partes! Salió al balcón y las pelotas y las muñecas fueron también; por las ventanas se veían juguetes de todas clases. Zhenia ya no sabía qué hacer... se subió al techo y allí sacó la florecita, arrancó el petalito morado y repitió lo más rápido que pudo:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este a Oeste con el viento
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

**¡HAZ QUE TODOS LOS JUGUETES VUELVAN EN SEGUIDA
A LAS JUGUETERIAS!**

Los juguetes desaparecieron al instante. Zhenia miró su florecita de siete colores y vio que solamente le quedaba un petalito.

— ¡Huy, pero si ya he gastado seis petalitos y no he logrado nada que valga la pena! Bueno, en el futuro seré más inteligente.

Zhenia salió a la calle y, mientras caminaba, iba pensando: “¿Qué es lo que debo pedir? ¿Pediré dos kilos de bombones? No, mejor será que pida dos kilos de caramelos. Aunque no... Lo mejor será que pida medio kilo de bombones, medio kilo de caramelos, cien gramos de turrón, cien gramos de nueces y una rosquilla rosada para Pávlik. Y, ¿qué pasará? Bueno, supongamos que pidió todo esto y me lo como. No me quedaría nada. Mejor es pedir una bicicleta de tres ruedas. Aunque, ¿para qué?



Montaría en ella ¿y después? Lo más seguro es que me caiga. Mejor es una entrada para el circo o para el cine, allí lo pasaría distraída. ¿No sería mejor que pida unas sandalias nuevas? ¿Será mejor unas sandalias nuevas que el circo? ¿No se podrá pedir algo mejor, mucho mejor? Lo voy a pensar... No tengo que apurarme...”

Así razonaba Zhenia cuando, de pronto, vio a un niño que estaba sentado en un banco, junto a un portal. Tenía grandes ojos azules y traviosos, pero tristes. Era un niño muy simpático; se veía en seguida que no le gustaba pelear. Zhenia quiso ser amiga de él y, como era tan curiosa, se le acercó tanto que podía ver sus largas trenzas, caídas sobre sus hombros, reflejadas en los ojos del niño, como si fuera un espejo.

— ¿Cómo te llamas?

— Vitia, ¿y tú?

— Zhenia. ¿Quieres jugar “a los escondidos”?

— No puedo, estoy cojo.

Zhenia vio el pobre pie de Vitia metido dentro del feo zapato y le dio mucha pena.

— ¡Qué pena! — dijo Zhenia —. Eres muy simpático y me gustaría poder jugar y correr contigo.

— Tú también eres muy simpática y me gustaría correr contigo, pero no puedo. ¿Qué le va a hacer?

— ¡Ay, pero qué boberías dices, chico! — casi gritó Zhenia. Con la misma, sacó del bolsillito su florecita de siete colores —. ¡Mira!

Con estas palabras, la niña arrancó con cariño el último petalito azul pálido, lo miró y luego cantó con un hilito de voz, llena de felicidad:

Vuela, vuela, petalito mío,
de Este a Oeste con el viento,
y regresa en un momento,
tomando el Norte por guía.
Y no olvides que al caer,
lo que te pida has de hacer.

¡HAZ QUE VITIA SANE EN SEGUIDA!

En ese mismo momento, Vitia saltó del banco y se puso a jugar con Zhenia.

Corría y corría, lleno de alegría y Zhenia también.

Vitia reía contento. ¿Y Zhenia? ¡Qué feliz estaba! Tenía un nuevo amiguito y su petalito azul pálido le había servido para una buena acción...



Borís Zakoder

El Ermitaño y la Rosa

1

Vivía una vez un pequeño Cangrejo en el profundo Mar Azul. Llevaba una vida muy difícil, tan difícil que no podía entender por qué el mar se llamaba azul; para él era absolutamente gris...

Cierto, eso era muy extraño.

Pues el mar, realmente, era azul-azul, y la vida allí ¡era tan feliz y tan interesante! Los peces (sólo antes la gente pensaba que los peces no hablan) compusieron una alegre canción sobre lo bien que se vivía en el mar:

Dondequiera
que busques,
dondequiera.
No hay una persona
ni una fiera,
ni un ave,
ni una serpiente,

tan libre
e independiente
y tan alegre a la vez
como en el agua un pez.

Y ellos la cantaban desde por la mañana hasta por la noche. Las Estrellamares resplandecían entonces, los sabios Delfines jugueteaban cual niños, y sólo el pobre Cangrejo permanecía inmóvil y apenado escondido en alguna rendija.

Y eso que tenía todo lo que correspondía a un cangrejo para sentirse plenamente feliz: diez patitas y ojos saltones, bigotes larguísimos y poderosas pinzas. Lo único que no tenía era el caparazón, y su barriguita era muy blanda... Tal vez por eso mismo se sentía desgraciado, porque los que estaban protegidos por un caparazón y otros muchos le ofendían, pillezcaban, mordían y hasta intentaban comérselo...

Por eso, él cantaba su triste y melancólica canción:

Nuestro mar es grandioso
¡Hay tanta agua en el mar!
Pero no siempre es generoso,
causa y pena y pesar.

— Lo que pasa es que no eres lo suficientemente duro —le dijo en cierta ocasión un lejano pariente suyo, el tío Centollo, que siempre anda de lado—. En nuestros días no se debe ser tan blando de cuerpo.

Y como prueba le dio un fuerte pellizco al pobre Cangrejo.

— ¡Ay! —chilló el Cangrejo—. ¡Me has hecho daño!

— Lo he hecho solamente por tu bien —dijo el tío Centollo, muy contento—. No es cuenta mía, claro, pero yo en tu lugar hubiera intentado hacerme con un caparazón bueno.

Dichó eso, el Centollo se apartó de prisa, de allí arrastrándose de lado, porque las pinzas del Ermitaño eran casi igual que las de un cangrejo de verdad, e incluso más fuertes...

Por cierto, se me olvidaba de decirte, querido amigo, que nuestro cangrejo se llamaba Ermitaño porque tenía que esconderse constantemente en cuevas, en hoyos, debajo de piedras, para que otros no le pellizcaran.

El primero en ponerle ese nombre había sido el Caballito de Mar —el famoso burlón—, y en seguida los Peces-Loros (sí, hay peces de éstos) se hicieron eco de sus palabras y al poco en todo el Mar Azul y en tierra



firme todos lo conocían a nuestro pequeño cangrejo sólo por el nombre de Cangrejo-Ermitaño.

“¡Qué le vamos a hacer! —pensó el Ermitaño cuando ya se había calmado un poco el dolor—. El pellizco de mi tío Centollo fue bastante fuerte, pero el consejo que me diera tampoco fue malo. Seguramente merece la pena pensarlo bien en todo eso.”

Como ves, amigo, el Ermitaño sabía no sólo sentirse apenado, sino también pensar, lo cual quiere decir que era un cangrejo muy listo.

A su alrededor había infinidad de conchas. Así pues, luego de pensarlo bien, se dijo: “El sitio más adecuado para un cangrejo es, claro, la concha, y el habitante más adecuado para la concha es, desde luego, el cangrejo. Y cuando el cangrejo se mete en la concha ya nadie puede pellizcarlo, o yo no entiendo nada de conchas ni de cangrejos”.

Hete ahí que él tocó con su pinza varias veces en la primera concha que le había salido al paso e intentó explicárselo todo a su dueño. Sin embargo, desde la concha abierta se asomó un molusco enojado y dijo:

— ¡Bobadas! ¡Está ocupado!

Y acto seguido cerró su concha.

— El sitio más adecuado para el cangrejo es la concha —siguió insistiendo el Ermitaño y tocó en la segunda concha, pero que allá también se asomó otro molusco muy enojado y profirió:

— ¡Bobadas!

Y también cerró su concha delante de la nariz del Ermitaño (aunque, como sabes, el cangrejo no tiene nariz).

Pero cuando el Ermitaño llamó en la tercera concha, de allí ya nadie se asomó; estaba vacía. ¡Oh, qué alegría! Esa vez encontró la concha adecuada: no era demasiado pequeña ni demasiado grande. Era una concha bonita y resistente. En fin, le venía como anillo al dedo.

“Estamos hechos el uno para el otro —pensó el Ermitaño, metiendo su blando cuerpecito dentro de la concha—. No puede haber nada mejor. ¡Ahora ya no me pellizcarán!”

Y ni siquiera se ofendió cuando el Caballito de Mar, que daba vueltas por ahí cerca, relinchó muy bajito (lo que quería decir que estaba a punto de soltar una pulla):

— ¡He-he-he! ¡Nuestro Ermitaño se metió de cabeza en su concha!

Los Peces-Loros, que a decir verdad no entendieron la broma, la propagaron por todo el Mar Azul...

No importa, cuando tienes todo para sentirte plenamente feliz, puedes aguantar una broma de ésas, ¿verdad que sí?

2

¡Pero cosa extraña! Aunque ya nadie (incluso el tío Centollo) podía pellizcarle o morderle a nuestro Ermitaño (incluso por su propio bien), él sentía que algo le faltaba para la plena felicidad... De lo contrario, ¿por qué seguía pareciéndole, igual que antes, que el mar era absolutamente gris? ¿Y por qué tenía que continuar entonando su triste canción?

Inmenso es nuestro mar,
caliente, delicioso,
mas el Cangrejo no encuentra lugar
donde se sienta dichoso.

Una vez no pudo contenerse y dijo al Pececito Volador que pasaba cerca de su concha:

— Resulta extraño vivir en el Mar Gris. Me han dicho que en el Mundo existen el Mar Blanco, el Mar Negro, el Mar Amarillo y hasta el Mar Rojo. Pero nadie ha oído hablar jamás del Mar Gris...

— ¡Gris! —se rió el Pececito Volador—. ¿Cómo puedes decir que es gris? Es azulino, turquesino, esmeraldino, celeste. Es de un azul incomparable. El más azul en el mundo.

Y el Pececito se apresuró a seguir a sus amiguitos que emergieron a la superficie para deleitarse una vez más contemplando las olas azules con crestitas blancas.

— A cualquiera que pregunte te dice “azul”. ¡Qué extraño! —murmuró el Ermitaño—. ¿Por qué soy el único que no lo veo azul? ¡Soy el único!

— Por eso precisamente —de pronto oyó una voz el Ermitaño, y, estremeciéndose, se escondió por un instante en su concha. Y cuando volvió a asomarse, vio... ¿A quién, cómo crees tú? Al mago más bondadoso y más sabio de todos los magos marinos. Sí, sí... No te has equivocado: vio al Delfín.

— Precisamente porque estás solo —le dijo el Delfín—. Encuéntrate un amigo y entonces verás. Que tengas suerte, y piensa en lo que te he dicho.

Y el Delfín (como a todos los magos, le gustaba hablar misteriosa-

mente) sacudió con la cola y se alejó de allí, porque tenía que hacer sus asuntos.

Mientras tanto, el Ermitaño (como recordarás él sabía no sólo apeñarse, sino también pensar) se puso a cavilar...

Y en seguida concluyó:

“El Delfín dijo: ‘Precisamente porque estás ‘solo’. ¡Claro que sí! Cuando me encuentre un amigo, ya no estaré solo... ¿Y qué es lo que voy a ver?... Pues claro, voy a ver que el mar es azul... Y seguramente entonces todo será muy bien. Así es que tengo que buscarme un amigo. La pena es que no sé qué son amigos, dónde viven y cómo son... Bien, cuando encuentre un amigo de verdad, en seguida lo sabré, pues el mar será azul”.

Con esos pensamientos, el Ermitaño partió a buscar un amigo y, hablando francamente, aquí comienza nuestro cuento.

3

Tengo que advertirte, mi pequeño lector, que no es tan fácil encontrar un amigo, incluso en el fondo del mar. Sobre todo, si no sabes cómo es ese amigo...

El Ermitaño recorrió los bajíos y las profundidades, vio infinidad de seres raros y hasta monstruos, pero no encontró un amigo entre ellos.

En un bajío se topó con el Pez Torpedo y le preguntó si era él amigo. Y Torpedo, que se pasa el día entero tumbado en la arena del fondo, acechando a los pececitos despistados, le contestó:

— ¡Oh, claro que sí, soy tu amigo! ¡Ven a mí, pronto, y nunca nos separaremos! — y abrió sus fauces monstruosos...

Por fortuna, nuestro Ermitaño, como bien lo sabes tú, era un cangrejo muy listo, se dio cuenta en seguida de que Torpedo no buscaba un amigo, sino una presa. Así pues, el Ermitaño se fue de allí a toda prisa, mientras Torpedo, desilusionado, se puso a murmurar su canción:

¡A dónde corres tan de prisa
por el fondo de este mar?
No te apresures, pues arrastrarse
es más tranquilo que nadar.

Y Torpedo tenía razón, porque le era más fácil capturar un bicho que se arrastraba que a uno que nadaba.

En el fondo del mar, donde reina la penumbra eterna, el Ermitaño divisó un puntito luminoso, que le alegró. Nadó hacia ese puntito que resultó un pez de aguas profundas con un nombre tan difícil que ni siquiera él mismo sabía cómo se llamaba. Al ver al Ermitaño, el pez trató de atraerle con su anzuelo luminoso. Y nuestro pequeño cangrejo lo hubiera pasado mal si se hubiera dejado atraer por el cebo, pues el pez ese tenía una boca tan enorme como la de Torpedo...

El Ermitaño se conoció con la Holoturia y probó hablarla, pero ella, cobarde y miedosa, se volvió de revés y le disparó con una parte de sus intestinos, ya que tomó al Ermitaño por un enemigo. Las holoturias se defienden así de sus enemigos...

También intentó trabar amistad con la bella Medusa, que resultó ser una estúpida y además venenosa, y el Ermitaño apenas si tuvo tiempo de esquivar las estocadas de sus mortíferos tentáculos.

En fin, se pasó buscando largo tiempo pero no encontró nada: unos le tenían miedo; otros se reían de él; otros más intentaron tragarlo. Y, claro, no podía considerar como amigos ni a los primeros, ni a los segundos, ni a los terceros.

Al final, ya rendido y muy afligido, se sentó para descansar y se dijo: “He recorrido todo el fondo del mar y no he encontrado ningún amigo. El mar sigue siendo gris. Creo que será siempre gris para mí. ¡Oh, si yo pudiera, me ahogaría!”.

4

En ese momento, él oyó que alguien lanzó un suspiro como un eco, y repitió sus palabras:

— ¡Oh, si yo pudiera, me ahogaría...!

El Ermitaño se dio la vuelta (mejor dicho, giró los ojos a su alrededor, pues, como recordarás, los tenía sujetos sobre unos rabillos), pero no vio a nadie: A nadie, salvo a la Rosa, la Rosa de Mar. Sin embargo, ellas (los científicos las llaman actinias), aunque no sean flores, no saben suspirar.

El suspiro se repitió, seguido de sollozos. Y eso que alrededor no había nadie más, salvo a la Rosa de Mar.

— ¿Eres tú la que llora? — le preguntó, asombrado, el Ermitaño.

Estuvo a punto de añadir: “¿Acaso lo sabes hacer?”, pero se contuvo a tiempo.

La Rosa no le respondió, pero como ella empezó a llorar a lágrima viva, ya estaba claro por sí solo.

—¿Y por qué lloras? ¿Te ha ofendido alguien? —le preguntó el Ermitaño (además del cuerpo, también el corazón lo tenía blando).

— ¡No hay nadie que me pueda ofender! —exclamó la Rosa—. ¡Nadie en este mar se atrevería a tocarme siquiera!

— Entonces, ¿por qué estás llorando? —la preguntó el Ermitaño con un tono tan cariñoso que la Rosa también suavizó su voz y le respondió:

— Simplemente me siento triste. Y todo porque este mar es tan gris. Si pudiera encontrar un amigo, todo sería distinto. Pero yo no sé andar, y lo único que me queda es estar aquí parada y sufriendo de pena...

El Ermitaño quiso decirle que había recorrido todo el fondo del mar y no encontró ningún amigo, pero le dio pena afligir a la pobrecita Rosa, más aún porque era tan bonita.

Entonces él le dijo:

— Precisamente estoy recorriendo el fondo del mar para buscarme un amigo. Si quieres, puedes acompañarme y si tenemos buena suerte cada uno de nosotros encontrará un amigo, y entonces el mar se tornará azul y nosotros dejaremos de sentirnos apenados.

— Pero si yo no sé andar —dijo la Rosa, y sus pétalos quedaron tristemente alicaídos.

— Bah, tu pena no es tan grande —dijo el bondadoso Ermitaño—. Si quieres, te puedo llevar. Para mí eso será un placer.

La Rosa tuvo miedo de abandonar su lugar acostumbrado, aunque viviera mal allí... ¡Eso pasa siempre!

Pero el Ermitaño le hablaba con voz tan cariñosa y le pareció a la Rosa tan noble, que ella asintió al fin y al cabo.

Así pues, él le ayudó a bajar de la piedra y a sentarse encima de su concha. Y se pusieron en camino.

¡Oh, cómo le empezó a dar vueltas la cabeza a la Rosa! Nunca antes ella había conocido lo que es el movimiento, y le parecía, que todo alrededor suyo bailaba en una danza frenética: las piedras, las algas, las ostras adheridas al fondo del mar, y los erizos marinos. La Rosa, incluso, se puso pálida, pero el orgullo no le dejó emitir ni un solo sonido.

Al cabo de un rato ya se acostumbró al viaje (tanto más que el Ermitaño, hablando francamente, se desplazaba más bien despacio) y empezó a admirarse de todo lo que veía a su alrededor.

— ¡Oh, qué hermosura! — exclamaba ella —. ¡Qué bien se respira cuando te mueves! ¡Oh, qué pececitos más preciosos! ¿Cómo se llaman? ¿Y quién es aquel que brilla con tanto esplendor? ¡Anda, si son Estrellamares! No me imaginaba que fueran tan bellas. ¿Y qué es esto? ¿Y quién es este? ¡Oh, qué delicia es viajar!

Al Ermitaño apenas le daba tiempo de contestar a todas sus preguntas. La verdad es que él había visto muchas veces todo lo que a la Rosa le maravillaba, pero (el Ermitaño era un cangrejo muy bondadoso) pensaba: “Que se alegre la pobre. Pronto le va a aburrir todo eso, igual que me pasó a mí... Francamente me agrada ver cómo se alegra ella. Me gustaría saber si, al encontrar un amigo, nos alegraríamos juntos él y yo o no”.

Y el Ermitaño, afligido, pensó que nunca encontraría un amigo, pero súbitamente la Rosa, que había permanecido callada durante cierto rato, le preguntó, como si hubiera adivinado sus pensamientos:

— ¿Cuándo iremos a buscar amigos?

Y aquí el Ermitaño no pudo contenerse más y le contó toda la verdad: cómo había buscado un amigo por todo el fondo del mar y había visto seres raros y hasta monstruos, pero no había encontrado ningún amigo...

— Probablemente en el mundo no hay amigos —dijo él con voz triste—, y mejor que no los busquemos.

5

— Estás equivocado —dijo la Rosa—. Seguro que en el mundo hay amigos. Tú no has podido encontrarlos sólo porque no sabías dónde buscarlos.

— ¿Lo sabes tú? —le preguntó el Ermitaño.

— ¡Sí, lo sé! Los verdaderos amigos viven en la Ciudad Escarlata. La construyeron ellos solos, viven en ella y son todos amigos. Para ellos, el mar es siempre azul. Mira, dicen que esos amigos son mis hermanas o hermanos; en fin, son unos parientes míos. Así es que debemos ir a visitarlos, y ellos se alegrarán mucho cuando nos vean.

— ¿No nos pellizcarán por nuestro bien? —replicó el Ermitaño, que al oír la palabra “parientes”, recordó al tío Centollo.

— Espero que no —le respondió, con orgullo, la Rosa—. Ya te dije antes que nadie se atrevería a tocarme siquiera, si yo no estoy conforme —añadió, y al punto le vino a la memoria que el Ermitaño la había toca-

do cuando la ayudaba a subir encima de su concha. El cangrejo quiso decirle que le complacía oír eso, aunque a él mismo, ¡ay!, le habían pellizcado en muchas ocasiones. Pero en ese instante apareció ante ellos el mismísimo tío Centollo.

— Buenos días, sobrinito —soltó el tío con desdén y quiso pasar de lado hacia allí donde le aguardaban sus quehaceres (los centollos siempre están muy atareados), pero notó a la Rosa y puso ojos saltones por la sorpresa.

— ¿Y qué es eso? —preguntó el Centollo e indicó con su gorda pinza hacia la Rosa.

No se diría que el tío Centollo fuera muy educado.

— ¡No es “qué” sino “quién”! Ella es Rosa —explicó el Ermitaño—. Ella y yo vamos a la Ciudad Escarlata a buscar amigos.

El tío Centollo quedó aún más asombrado; sus ojos, sujetos a unos rabillos larguísimos, estuvieron a punto de saltar afuera.

— Eso no es cuenta mía, claro —dijo él—, pero de todas formas tengo que decirte lo siguiente. Primero: la Ciudad Escarlata se encuentra tras los siete mares, y nunca llegarás hasta ella. Segundo: la ciudad tiene otro nombre, y nunca podrás encontrarla. Y por último, allí tampoco hay amigos, y estás perdiendo el tiempo buscándolos. En una palabra, estás cometiendo un error estúpido. Y aún es más estúpido cargar con ese fardo —y él de nuevo indicó a la Rosa con su gorda pinza.

La Rosa empalideció por la ofensa, y sus pétalos se encogieron.

Y aquí el tío Centollo se llevó una sorpresa todavía más grande, pues el Ermitaño (espero que no habrás olvidado que él era muy bondadoso) se enojó por primera vez en su vida.

— ¡No permitiré que ofendas a la Rosa! —gritó el cangrejo y se lanzó contra su tío Centollo.

El tío Centollo apenas si pudo esquivarle. Pero lo esquivó.

— Eso no es cuenta mía, claro —gritó después de apartarse a prudente distancia—, pero en uno de los siete mares te encontrarás con la Señora J; ella te enseñará lo que es bueno. ¡Ojalá se cumpla este deseo mío, chiquillo insolente! ¡Por tu propio bien!

El Ermitaño se había asustado un poco, pues a nadie le gusta cuando otro cualquiera pueda enseñarle lo que es bueno. Aparte de eso, el Ermitaño conocía bien el genio de la Señora J.

Y él, involuntariamente, aminoró el paso...

— ¿Tienes miedo? —le preguntó gentilmente la Rosa—. Dime fran-

camente, ¿tienes miedo de esa Señora J? ¡No te preocupes! Recuerda que somos dos.

Y por mucho miedo que sintiera el Ermitaño, él apenas si pudo contenerse de la risa.

Te diré que la Señora J — así todos los cangrejos llaman a su enemigo más temido, que es tan terrible que ellos incluso no se atreven a pronunciar su nombre completo — agarra con sus horribles tentáculos al cangrejo más fuerte y él se hace tan indefenso como un bebé; con su terrible pico, esa Señora J parte por la mitad cualquier caparazón, por muy duro que fuera, como si se tratara de una cáscara de huevo...

¿Qué podría hacer y cómo le ayudaría la pequeña y pobrecita Rosa cuando se toparan con la Señora J?

Pero el Ermitaño no se rió, porque no quería causarle daño a la Rosa.

— Lo que será, será — profirió él con tono bravo —. Pero, desde luego, lo mejor es no encontrarla en nuestro camino.

— Y si nos sale al paso, seremos nosotros en enseñarle lo que es bueno — dijo la Rosa, y el Ermitaño rompió a reír y, asombrado, sintió que su miedo casi había desaparecido.

Y los dos siguieron su camino.

6

Sí, ese era un recorrido largo, mucho más largo que su primer viaje por el fondo del mar. Atravesaron el Primer Mar, luego el Segundo Mar y el Tercer Mar, lo cual se dice pronto pero se hace difícilmente. Y lo más curioso es que al Ermitaño esa vez le pareció mucho más corto el camino.

Quizá porque habían compartido todo entre ellos dos, cada miga de comida, todas las penas y alegrías, comentando con interés todo lo que veían a su paso.

Siguieron caminando y caminando hasta que por fin llegaron al Cuarto Mar. De pronto, el Ermitaño sintió que su concha ya le era estrecha. Se salió de ella, para buscarse otra.

— ¡Espera! — susurró la Rosa —. ¿Piensas abandonarme?

— ¡Qué va! — respondió —. Simplemente he crecido y necesito otra concha, más grande.

— No te creo, me quieres abandonar — insistió la Rosa.

Ella empalideció.

Y el cangrejo tuvo que esforzarse mucho por disuadirla, pero ella se calmó sólo después de verle con la concha nueva, a la que la Rosa volvió a subir. Y ambos reanudaron su marcha.

— Si me hubieras dejado, me hubiera muerto allí mismo — dijo la Rosa.

— Y yo también — le confesó francamente el Ermitaño.

La Rosa de nuevo resplandeció y empezó a contarle bonitas historias y alegres galimatías. Conversando, no notaron siquiera que el agua fue haciéndose cada vez más templada, lo cual podía significar una sola cosa: ya habían llegado al Séptimo Mar, donde vivía la terrible Señora J.

— Espera un momento. ¿Qué es eso? — se extrañó el Ermitaño y se detuvo, sin haber escuchado hasta el final el cuento de cómo el Pez-Martillo (sí, existe el pez con este nombre) se casó con el Pez-Lima (en cambio, éste no existe) y tuvieron muchos hijos: Pez-Sierra, Pez-Clavo, Pez-Hoz, Pez-Pinzas, Pez-Herradura, Pez-Espada y docenas de otros peces, unos de los cuales existen realmente y otros no...

El Ermitaño se había detenido porque ante él se había abierto un cuadro horripilante.

Delante se extendía un desfiladero a cuya entrada se veía toda una montaña de caparazones de cangrejos: vacíos y partidos por la mitad como cáscaras de nueces, o aplastados como cáscaras de huevo. Al Ermitaño incluso le pareció haber visto el caparazón destrozado del tío Centollo y sus pinzas. Bien es verdad que en aquella montaña de caparazones, pinzas y patas difícilmente se podía reconocer el caparazón de alguno, aunque fuera el de un pariente...

Una cosa estaba clara: la Señora J vivía por allí cerca.

Mas el camino hacia la Ciudad Escarlata seguía adelante, sólo adelante...

7

El Ermitaño avanzó lenta y cuidadosamente por el desfiladero, palpando cada trocito de fondo con sus largos bigotes y mirando, como se dice, con cien ojos, aunque sabía que eso era inútil porque la Señora J, igual que sus semejantes — pulpos y calamares —, se hacía invisible cuando lo necesitara, y uno ya no la distinguiría de una piedra o un montón de arena, hasta que ella se lanzara contra su víctima. Pero entonces ya sería tarde...

El desfiladero fue estrechándose por momentos. Sus rocas, con tenebrosas cuevas, se empinaban sin cesar, y todo alrededor se ponía más oscuro... Pero el Ermitaño seguía avanzando...

De pronto empezó a clarear. Le pareció que el peligro ya había pasado. Unas pocas docenas de pasos les quedaría hasta la salida cuando, de repente, unos ojos espantosos brillaron desde una cueva grande... Aparecieron unos tentáculos largos... y, lenta y silenciosamente, salió de la cueva... la Señora J. El Ermitaño, que jamás la había visto antes, la reconoció en seguida.

— ¡Rosa, huye de aquí! — gritó, desesperado, el Ermitaño.

Presa del terror, él incluso se olvidó de que la Rosa no sabía andar. También el Ermitaño se olvidó de que él sí sabía andar: se quedó de una pieza en su sitio.

Así y todo, el Cangrejo alzó amenazadoramente sus pinzas para cubrir a la Rosa...

La Jibia (ese era el nombre verdadero de la Señora J), sin premura — estaba segura de que su víctima no escaparía de ella —, se aproximaba silenciosamente al Ermitaño.

El Cangrejo ya podía distinguir las horribles ventosas en las puntas de sus tentáculos... Retorciéndose como culebras, los tentáculos fueron acercándose cada vez más y, al fin, agarraron al pequeño cangrejo y lo arrastraron con terrible fuerza allí donde tintineaban los enormes e inmóviles ojos. Chirrió el gigante pico al abrirse...

El Ermitaño luchaba desesperadamente, pero los tentáculos eran fuertes y duros como el hierro... Sus pinzas quedaron flácidas...

“Es el fin — le pasó por la cabeza al Ermitaño —. ¡Adiós, Rosa!”

Y en ésa, un haz de relámpagos centelleantes golpeó en el cuerpo gordo de la Jibia, justo en la base de sus tentáculos. Fue la Rosa de Mar que había usado de su terrible arma: las flechas de fuego que ella guardaba entre sus delicados pétalos.

¡No en vano ella había dicho que nadie se atrevería a tocarla siquiera!

¡Zas! Los ojos inmóviles se cerraron.

¡Otro golpe! Los tentáculos quedaron colgados sin fuerzas y soltaron su presa.

¡Otro flechazo más! La Jibia, como escaldada (y así fue en realidad), fue lanzada hacia un lado, al tiempo que expulsaba una “bomba de tinta”, una nube oscura, como la noche...

Todo quedó sumergido bajo una penumbra impenetrable...



Pero cuando el agua se aclaró, la Jibia ya no estaba allí.
El camino del desfiladero quedó libre.

— Bien, ¿quién enseñó a quién lo que es bueno? — preguntó la Rosa.

8

El paso estaba despejado, y cuando los dos caminantes salieron del desfiladero se les presentó a sus ojos la Ciudad Escarlata, envuelta en el resplandor solar. Sus muros tenían contornos fantásticos, se precipitaban hacia arriba, donde terminaba el mar y comenzaba el cielo. Y a muchas millas alrededor el Ermitaño y la Rosa podían escuchar alegres y melódicas canciones y la algarabía interminable de los peces, (espero que tú recordarás que los peces son grandes parlanchines).

“¡Ay, qué bien se debe de vivir aquí!”, pensaron a la vez el Ermitaño y la Rosa.

Y aunque ellos jamás habían visto la Ciudad Escarlata, al punto comprendieron que habían llegado al final de su travesía. Porque los muros de la ciudad tenían unos colores maravillosos: rojo y rosado, colorado y es-carlata ardiente.

— ¿Es ésta la Ciudad Escarlata? — preguntaron los dos al unísono al primer habitante que encontraron. Resultó ser el Pez-Doctor, que en ese momento estaba atendiendo al Atún, curándole de los piojos marinos. El doctor interrumpió su tarea y contestó serio:

— Hummm... hummm... ¿la Ciudad Escarlata? Hummm... hummm... Yo no podría considerarlo como nombre científico. Ustedes, si quieren, pueden llamarla Ciudad Escarlata, pero en realidad es Arrecife Coralino. Para que sepan, esta ciudad fue construida por los corales, y desde el punto de vista científico sería más correcto denominar esta estructura Arrecife Coralino.

— ¡Me he acordado! — exclamó inesperadamente la Rosa —. Este es el nombre de esos amigos... o parientes. ¡Corales! Sí, sí, son ellos. ¡Vamos, de prisa!

Mas cuando el Ermitaño y la Rosa se aproximaron a la ciudad (o al arrecife) lo suficientemente cerca como para divisar millones de ramitas transparentes, muy parecidas a los pétalos de la Rosa (justamente ese aspecto tienen los corales), el Ermitaño se detuvo y empezó a hablar al mismo tiempo que la Rosa. Así es que los dos exclamaron a una voz:

— ¡YO NO QUIERO NINGUN OTRO AMIGO, SINO A TI!



— ¡Ya era hora! —resonó una voz asombrosamente conocida—. ¡Buscar lo que hace mucho ya fue encontrado es perder el tiempo!

Era, claro, el Delfín, el mago marino.

Al ver que no lo habían comprendido ni el Ermitaño ni la Rosa, el Delfín añadió:

— ¡Bobos! ¿Será posible que hasta ahora no os habéis dado cuenta de que sois unos amigos de verdad? Y de los amigos de verdad se dice que ni siquiera un mar puede separarlos. Y a vosotros dos no os separaron ni los siete mares.

— ¡He-he-he! —relinchó con voz fina alguien que estaba cerca de allí.

Era el Caballito de Mar, que, como siempre, daba vueltas al lado. Quizá fuera la primera vez en su vida que había reído una ocurrencia ajena.

— ¡He-he-he!

Naturalmente que ni el Ermitaño ni la Rosa se ofendieron. ¡Pues el mar era tan azul como ninguno en este mundo! ¡Y la vida era tan feliz y tan interesante!

Y ellos acompañaron la alegre cancioncilla que sonaba desde todas partes:

No hay ninguna serpiente
tan libre
e independiente
y tan alegre a la vez
como en el agua un pez.

—entonaban los pececitos.

¡Nuestra amistad es fuerte,
y tenemos tanta suerte,
que hasta un pez o un calamar
nos podría envidiar!

—cantaban el Ermitaño y la Rosa.

Y creo que tenían absoluta razón. Mira, si tú has encontrado un amigo y los dos cantáis una canción alegre, entonces tú tienes todo para sentírte plenamente feliz.



Andréi Platónov

La mariposa vistosa

En la costa del Mar Negro, allí donde los montes del Cáucaso se elevan desde la orilla al cielo, cierta vez vivía una anciana, que se llamaba Anisia. Su casucha de piedra se alzaba en medio de un campo inundado de rosas. Por allí cerca se encontraba el colmenar del abuelo Ulián, que también había vivido muchos años junto a ese campo. Ulián gustaba de contar que cuando, de joven, había llegado por primera vez al Cáucaso, Anisia era ya una mujer de edad muy avanzada, y todos ignoraban cuántos años tenía entonces, cuándo había venido a este mundo. Ni ella misma podía decirlo; se había olvidado. Y sólo se acordaba de que los montes en aquella época fueron jóvenes, sin bosque. Eso lo había relatado ella en cierta ocasión a un caminante, quien publicara luego sus palabras en un libro. El hombre había muerto hacía tiempo, y todo el mundo se había olvidado del libro.

El viejo Ulián le hacía una visita a Anisia una vez al año. Le traía miel, le reparaba el calzado, examinaba el cubo para ver si podía servir

aún, ajustaba las tejas en la techumbre de la casucha, para que la lluvia no se metiera dentro.

Luego, los dos se sentaban sobre una piedra que había junto a la entrada de la vivienda y charlaban largo y tendido. Mas ese año, Ulián presintió que no volvería a ver a Anisia el siguiente año, pues ya era muy viejo y sabía que iba llegándole su hora.

Durante la última visita a casa de Anisia, Ulián se había fijado en el puente metálico de las gafas de la vieja: había quedado tan fino como un hilo y estaba a punto de romperse. El metal se había desgastado con el uso de muchos años. Ulián reforzó el puente con un pedazo de alambre, para que la anciana pudiera usar sus gafas algún tiempo todavía y ver a través de ellas todo lo que necesitara ver en este mundo.

— Bien, abuela Anisia, ya se ha agotado nuestro plazo de vida —le dijo Ulián.

— ¡Qué va! Mi plazo aún no se ha agotado —le objetó Anisia—. Todavía me queda un asunto por resolver, estoy esperando a mi hijo. Tengo que seguir viviendo hasta que él regrese.

— Bueno, tú sigue viviendo —dijo, con aire cansado, Ulián—, que a mí me ha llegado la hora.

El abuelo se fue y al poco tiempo murió de vejez; en cambio, Anisia continuó viviendo y esperando a su hijo.

* * *

Su hijo Timosha huyó de casa de pequeño. Desde entonces, la joven madre no vio a Timosha en casa. Todas las mañanas, él se marchaba corriendo al monte para jugar, para hablar con las piedras que reflejaban el eco de su voz, y para cazar mariposas de todos colores.

Al mediodía, Anisia salía al sendero, que llevaba al monte, y llamaba a voces a su hijo:

— ¡Timosha, Timosha! ¡Jugando, te has olvidado de mí!

— ¡Ahora vengo, mamá! ¡Déjame cazar la mariposa! —le respondía él desde lejos.

Timosha cazaba la mariposa y regresaba a casa. Se la enseñaba a la madre lamentando que la mariposa ya no volaba más, sólo caminaba despacito.

— Mamá, ¿por qué no vuela ella más? —la preguntaba el hijo tocán-

do las alitas de la mariposa—. Quiero que vuele. ¿Ahora ya se va a morir?

— No morirá, pero tampoco vivirá —le contestaba la madre—. Para vivir, ella necesita volar; pero tú la cazaste, la cogiste con los dedos y estropeaste sus alitas. Se ha puesto enferma... No caces más mariposas.

Todos los días Timosha subía al monte por el viejo sendero. Su madre sabía que ese sendero pasaba por un monte pequeño, llegaba a un monte grande, luego conducía a un monte alto, donde, al caer la tarde, se reunían las nubes. Desde el monte alto, el sendero seguía hasta la cima más terrible de todos los montes, para perderse en el cielo... Anisia había oído que el sendero lo había abierto un extraño, para irse al cielo a través del monte más alto: se había subido al cielo y ya no se le vio nunca más. Ese hombre no había tenido hijos ni amado a nadie en el mundo; estaba descontento de la vida y todos lo habían olvidado. Lo único que dejó después de sí era el sendero, pero pocos se atrevieron a andar por él.

Sólo Timosha corría por el sendero persiguiendo a las mariposas.

Una vez, Timosha regresaba muy tarde a casa; las flores ya dormitaban sobre la ladera del monte. Junto al sendero crecía una solitaria brizna de hierba, que asomaba su fina cabecita por el borde de la ladera para curiosear quién pasaba por allí. En su carita resplandecía una luz cristalina. Timosha advirtió que era una gota de rocío, que había caído sobre la brizna para que ésta se la bebiera.

“Es una gota bondadosa”, pensó el chico.

En esto, una mariposa grande y de muchos colores se posó en la brizna de hierba y batió muy de prisa sus alitas. Timosha se asustó, pues nunca había visto una mariposa tan grande. Parecía una avcilla, con alas llenas de espléndidas flores. Le dio la impresión de que sus alas tremulantes reflejaban una luz y que una voz fina lo llamaba.

Extendió la mano hacia la trémula y resplandeciente mariposa, pero ella voló para posarse en una piedra grande. Entonces, Timosha, sin moverse de su sitio, le dijo:

— ¡Vamos a hablar!

La mariposa no le contestó y no le miró, se había asustado del chico. Por lo visto, ella no era bondadosa, pero ¡sí muy bonita!...

La mariposa se soltó de la piedra y voló a lo lagro del sendero, hacia arriba del monte. Timosha corrió tras ella, para contemplar una vez más su hermosura.

La persiguió corriendo por el sendero, que pasaba en los montes, hasta la caída de la noche. No apartaba los ojos de su mariposa, que volaba de-

lante de él. Sólo gracias a su memoria Timosha no se desvió del sendero.

La mariposa volaba a su antojo: ora hacia delante, ora hacia atrás; luego a un lado y en seguida a otro lado, como si un viento invisible le soplara desde todas las direcciones. Timosha, ya jadeante, continuaba persiguiéndola.

De repente oyó la voz de su madre:

— ¡Otra vez, jugando y corriendo, te has olvidado de mí!

— Ahora vengo, mamá —le respondió Timosha—. Déjame cazar esta última mariposa. Es la más hermosa.

La mariposa pasó volando delante de los ojos del chico, y él sintió un sople de tibio airecillo que levantarán sus alitas. Y al punto ella desapareció de la vista.

Miró a todas partes buscándola con los ojos en el aire y cerca del suelo; volvió atrás, pero no la encontró.

Cayó la noche. Timosha continuaba corriendo por el sendero hacia arriba del monte. Le pareció que la mariposa alumbraba en la oscuridad con sus alas muy cerca de donde estaba él, y extendió las manos para atraparla. Ya había dejado atrás los pequeños y los grandes montes y estaba trepando la cima más terrible y más desnuda de todos los montes, justo allí donde el sendero se une con el cielo.

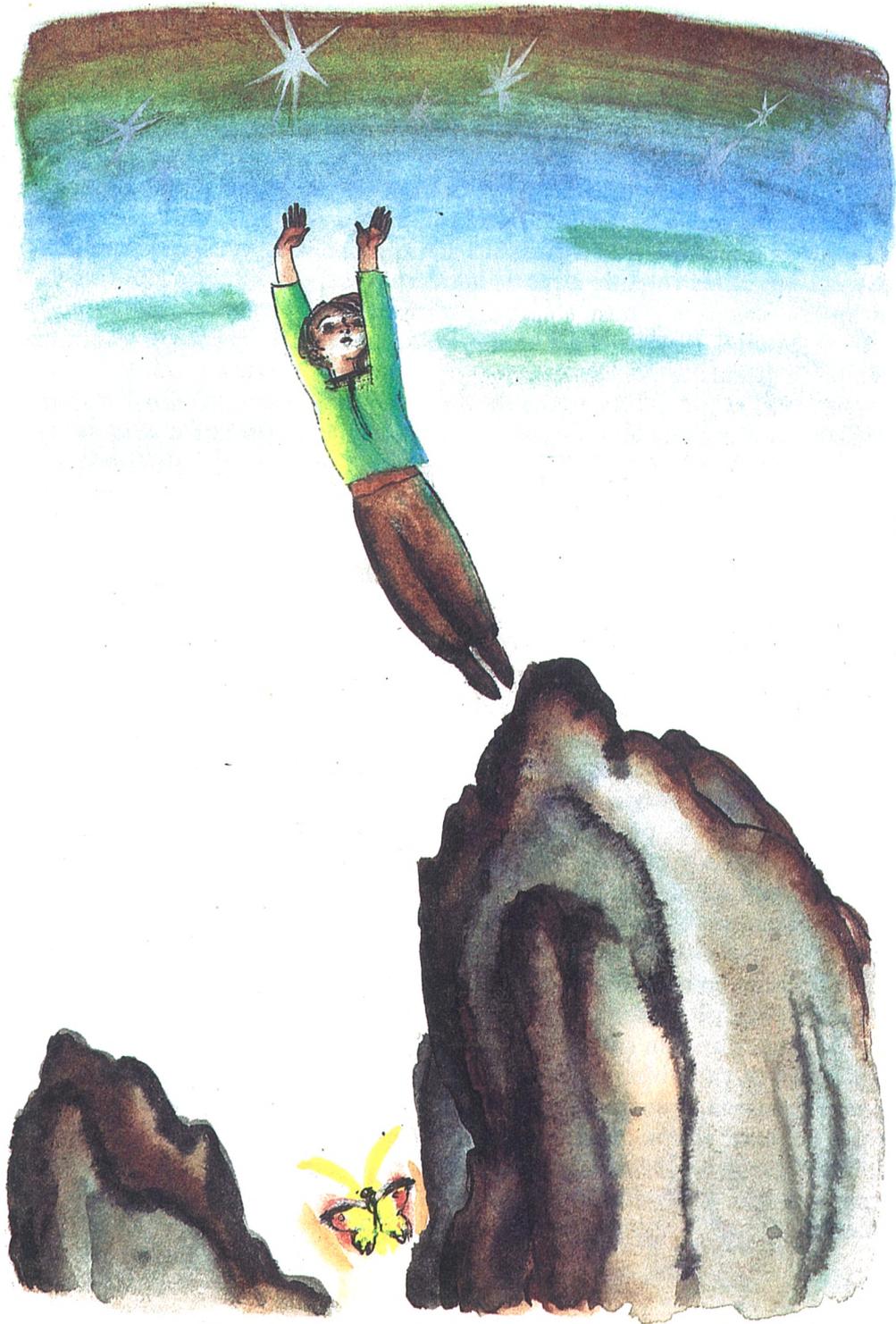
Apenas hubo llegado al final del sendero, Timosha vio abierto ante sí todo el cielo y, cerca de él, una estrella grande y bondadosa, que brillaba pestañeando.

“¡Atraparé la estrella! —pensó—. La estrella es mucho mejor. Ya no me hace falta la mariposa.”

Se olvidó de que estaba en la tierra, extendió las manos al cielo y cayó en un precipicio.

A la mañana siguiente, Timosha miró alrededor suyo para ver dónde había caído. Por la ladera del monte, hasta un arroyo, se extendían matorrales. El arroyo nacía al pie de aquel monte, fluía un trecho hacia abajo, por la tierra, y se vertía en un pequeño lago, del que salía un vapor nebuloso, asfixiante: allí hacía calor hasta en madrugada. Por todos los lados le rodeaban montes desnudos y abruptos que se elevaban hasta el alto cielo; nadie sería capaz de trepar aquel muro rocoso; únicamente se podía escapar de allí volando por el aire, como una mariposa.

Los montes formaban un cerco en torno al fondo del precipicio, al que había caído el pequeño Timosha. Todo el día anduvo por el fondo y en todas partes se alzaba ante él la sólida y rocosa pared de montes, a la que



era imposible encaramarse para escapar de allí. Hacía un calor sofocante, y a Timosha le vino a la memoria el frescor que reinaba en la casa de su madre.

Junto al arroyo, en la hierba y los matorrales, vivían y revoloteaban libélulas; por todas partes volaban luminosas mariposas, muy parecidas a la que él había querido atrapar el día anterior. Las mariposas trepidaban con sus alitas volando a ras de la tierra recalentada; pero Timosha ya no quería cazarlas y hasta le aburría mirarlas.

— ¡Mamá! —gritó él en medio de aquel silencio rocoso y al punto rompió a llorar de pena.

Se sentó al pie del muro del monte y se puso a rasparlo con las uñas. Pensaba poder demoler la roca, atravesarla, y así regresar a casa de su madre.

* * *

Pasaron muchos años desde la caída del pequeño Timosha al fondo de aquel precipicio. Ahora él ya era un muchacho crecido. Había encontrado pedazos de la roca más dura, desprendidos de la cima del monte, y los usaba para machacar la pared rocosa. La golpeaba y trituraba, pero el monte era muy ancho y de gran dureza.

Y así Timosha trabajó años y años, pero sólo logró abrir una cueva de poca profundidad; le quedaba aún por picar mucha piedra para llegar a su casa. Cuando se detenía y volvía la cabeza atrás, veía una nube de mariposas revoloteando en el cálido aire. Nunca más volvió a cazar una sola mariposa. Y si, por casualidad, una de ellas se sentaba en su hombro, él se la quitaba y la arrojaba lejos de sí.

Con menos y menos frecuencia le llegaba hasta él la voz de su madre, que le llamaba: “¡Timosha, me has olvidado! ¿Por qué te fuiste y no regresas?...”

Timosha, en respuesta a la bajita voz de su madre, lloraba y empezaba a golpear y triturar con ahínco la roca del monte.

Al despertarse en su cueva, a veces se olvidaba de dónde vivía, no recordaba que ya habían transcurrido largos años de su vida; se imaginaba que era todavía, igual que antes, un niño, que vivía junto a su madre en la costa del mar; él se sonreía, nuevamente feliz, y le acometía el deseo de ir a cazar mariposas. Mas cuando veía la roca a su lado, comprendía que estaba solitario. Extendía los brazos adelante, hacia su casa, y llamaba a su madre.

Mientras tanto, la madre miraba al cielo, tachonado de estrellas, y se imaginaba que su pequeño Timosha corría por entre ellas. Una de ellas iba volando delante de él; Timosha extendió la mano para atraparla, pero la estrella se alejaba cada vez más de él en la profundidad del cielo negro.

La madre llevaba la cuenta del tiempo que pasaba. Sabía que si Timosha hubiera corrido por la tierra hubiera dado ya la vuelta completa a ella y hubiera regresado a casa. Pero el hijo no regresaba, pese a haber pasado tantos años. Entonces, Timosha se había marchado fuera de la tierra, se había internado allí donde vuelan las estrellas, y regresaría sólo después de dar la vuelta a todo el cielo. La viejita salía por las noches de su vivienda, se sentaba en la piedra que había al lado y se ponía a contemplar el firmamento. Se imaginaba que veía a su hijo corriendo por la Vía Láctea.

Pronunciaba bajito:

— Timosha, es hora ya de volver a casa... ¿Para qué te hacen falta las mariposas, los montes y el cielo? ¡Que vivan las mariposas, los montes y las estrellas y que tú estés a mi lado! Cuando cazas mariposas, ellas se mueren; si ahora llegas a cazar una estrella, se empañará. Deja que vivan su vida, entonces tú también vivirás conmigo.

Su hijo, entretanto, seguía arrancando, grano tras grano, las rocas del monte, y su corazón sentía morriña de su madre.

Mas el monte era enorme. Fueron pasando los años, y Timosha llegó a viejo.

* * *

Por fin, un día le llegó la hora: oyó cómo retumbó algo metálico detrás de la pared rocosa del monte. Timosha reconoció por aquel sonido el balde que usaba su madre, y gritó para que le oyera. Y así era: su madre había ido a por agua. Ahora llenaba sólo un cuarto del balde, pues más no podía llevar.

La madre oyó que alguien gritaba desde dentro del monte, pero no reconoció la voz de su hijo.

— ¿Quién eres? —preguntó.

Timosha, sin embargo, sí reconoció la voz de su madre y le respondió.

— Mamá, me he olvidado quién soy yo.

La madre se arrodilló y pegó su oído a la tierra,



Timosha derribó las últimas piedras del monte y salió a la luz del día. Pero no pudo ver a su madre porque se había quedado ciego dentro de la cueva. La vieja Anisia se incorporó y se encaminó hacia su hijo, pero encontró a un anciano. Le abrazó y le dijo:

— Te eché al mundo, pero me abandonaste. No me dio tiempo para criarte, educarte y llenarte de caricias...

Timosha estrechó entre sus brazos a su pequeña y débil madre y sintió los latidos de su corazón.

— ¡Mamá, desde hoy estaré siempre a tu lado! —exclamó.

— Pero si ya soy vieja. Te estuve esperando un siglo y medio. Tú también ya eres viejo. Pronto me he de morir, sin haberte dado todo mi cariño.

La madre le estrechó contra su pecho, ella quería traspasar todo el aliento de su vida a su hijo y trocar todo su amor materno en fuerza y vida para él.

Al punto, ella sintió que Timosha se hizo liviano. Vio que le tenía en brazos, nuevamente era pequeño como cuando él había corrido tras su espléndida mariposa de abigarrados colores. Con su amor, le pasó la vida a su hijo.

La anciana madre lanzó su postrer y feliz suspiro, se apartó del hijo y murió.



Konstantín Paustovski

El gorrioncito desgreñado

En el viejo reloj de pared, el herrero de hierro que era del tamaño de un soldadito de plomo alzó su martillo. El reloj emitió un “clic” y el herrero golpeó con su martillo contra un chiquito yunque de bronce. Un tañido apresurado se esparció por la habitación, rodó debajo de la librería y se apagó.

El herrero golpeó contra el yunque ocho veces; quiso dar el noveno golpe, pero su brazo de súbito tembló y quedó suspendido en el aire. Así, con el brazo levantado, permaneció una hora entera, hasta que llegó el momento de dar los nueve golpes.

Masha estaba parada junto a la ventana y no se volvía. Si lo hiciera, el aya Petrovna se despertaría y la mandaría a dormir.

Petrovna dormitaba sobre el sofá, y la mamá, como siempre, se había marchado al teatro. Ella era bailarina, pero nunca había llevado allí a Masha.

El teatro era enorme, con columnas de piedra. Remataban su tejado unos caballos de hierro encabritados. Los refrenaba un hombre con una corona en la cabeza; lo más seguro que era un hombre fuerte y valiente.

Había logrado frenar a los caballos ardorosos en el mismo borde del tejado. Sus pezuñas habían quedado colgadas encima de la plaza. Masha se imaginó el revuelo que se hubiera armado si aquel hombre no hubiera refrenado a sus caballos de hierro: hubieran caído del tejado a la plaza y pasado a toda velocidad y con estrépito al lado de los guardias.

Los últimos días mamá se sentía excitada: estuvo preparándose para interpretar la primera vez a la Cenicienta y había prometido a Petrovna y a Masha llevarlas a ver ese espectáculo. Dos días antes, la mamá había sacado del baúl un pequeño ramo de flores, hechas de fino vidrio. Se lo regaló el padre de Masha, que era marino. El lo había traído de un país lejano.

Después, el padre se marchó a la guerra, echó a pique varios buques hitlerianos, en dos ocasiones sufrió naufragio, fue herido, pero quedó vivo. Y ahora de nuevo estaba lejos de su casa, en un país con el extraño nombre de “Kamchatka” y aún tardaría bastante en regresar, sólo en primavera.

La mamá sacó el ramito de vidrio y le dijo bajito unas palabras. Era algo sorprendente, pues antes ella jamás había hablado a las cosas.

— Pues bien —murmuró la mamá—, se ha cumplido tu deseo.

— ¿Qué quieres decir, mamá? —preguntó Masha.

— Todavía eres pequeña, no comprendes nada —le repuso la mamá—. Cuando tu papá me regaló este ramito, me dijo: “El día que vayas a interpretar por primera vez a la Cenicienta, préndelo sin falta en tu vestido después del baile de gala en el palacio. Entonces sabré que en ese momento te has acordado de mí”.

— Sí que he comprendido —dijo, enojada, Masha.

— ¿Qué es lo que has comprendido?

— ¡Todo! —contestó Masha y se puso colorada: le daba rabia cuando alguien no la creía.

La mamá puso el ramito de vidrio encima de su mesa y le dijo a Masha que no se atreviera siquiera a tocarlo, porque era un objeto muy frágil.

Esa tarde, el ramito yacía a la espalda de Masha, encima de la mesa, despidiendo centellos oscilantes. Hacía silencio y parecía que todo alrededor había quedado dormido: la casa, el jardín y el león de piedra, sentado abajo, junto al portalón, que se volvía cada vez más blanco por la nieve. No dormían solamente Masha, la calefacción y el invierno. Masha miraba por la ventana, la calefacción murmuraba bajito su tierna canción y el

invierno seguía derramando sin cesar su mansa nieve desde el cielo. La nieve revoloteaba al lado de los faroles, para luego posarse en la tierra. Y Masha no comprendía cómo de un cielo tan negro podía caer una nieve tan blanca. Tampoco comprendía cómo era posible que, en pleno invierno, con sus heladas, se abrieran unas flores rojas y grandes en el cesto que estaba encima de la mesa de la mamá. Pero lo más incomprensible era la presencia de una corneja canosa: ella, sentada sobre una rama, miraba, sin parpadear, a Masha.

La corneja estaba esperando cuando Petrovna abriera la ventanilla para ventilar la habitación antes de ir a acostarse, y se llevara a Masha para lavarle la cara.

Tan pronto como Petrovna y Masha se habían marchado, la corneja volaba hasta la ventanilla, se metía dentro, agarraba lo primero que veía en la habitación y escapaba de allí. Lo hacía todo con mucha prisa, olvidándose de limpiarse en el tapiz sus patas, y por eso dejaba sobre la mesa las huellas mojadas. Petrovna cada vez que regresaba a la habitación se llevaba las manos a la cabeza y gritaba:

— ¡Ladrona! ¡Otra vez nos ha birlado alguna cosa!

Masha imitaba a su aya y junto con ella empezaba a buscar apresuradamente aquello que había podido robar la corneja. Las más de las veces, la corneja se llevaba un terrón de azúcar, una galleta o un pedazo de salchichón.

La corneja tenía su morada en un quiosco, cerrado con tablas para el invierno; en verano allí vendían helados. La corneja era tacaña y rencillosa. Metía con el pico todos sus tesoros por las rendijas del quiosco, para que no se los robaran los gorriones.

En ocasiones, por las noches, soñaba con que los gorriones se habían metido en su vivienda y picoteaban los pedacitos de salchichón congelado, la monda de manzanas y la envoltura de papel plateado para caramelos, que ella tenía escondidos en las rendijas. Entonces la corneja se ponía a graznar en sueños, mientras el guardia de la esquina volvía la cabeza y aguzaba el oído. Desde hacía ya mucho tiempo, por las noches llegaban a él graznidos desde el quiosco, extrañándole mucho. Varias veces se había acercado al quiosco y, tapándose con las manos de la luz que provenía del farol de la calle, escudriñaba el interior. Pero dentro del quiosco estaba oscuro, solamente en el suelo se divisaba una caja rota.

Una vez, la corneja pilló en su quiosco a un gorrión pequeñito, desgredado, que se llamaba Pashka.

Vivían tiempos difíciles los gorriones. Había poca avena, porque en la ciudad ya casi no quedaban caballos. En los tiempos pasados —como gustaba de decir el abuelo de Pashka, que se llamaba Chirriador—, la tribu de los gorriones pasaba sus días junto a las paradas de los cocheros, donde la avena caía de las cebaderas al suelo.

Y ahora la ciudad estaba llena de automóviles. Ellos no se alimentaban de avena, no la rumiaban como los caballos bondadosos, sino bebían un agua venenosa, con un olor acre. Así es que ya se veían pocos gorriones. Algunos de ellos volaron a las aldeas, para estar más cerca de los caballos; otros se habían ido a vivir a los puertos, donde cargaban la avena en los barcos. Los gorriones allí se sentían felices y nunca pasaban hambre.

“Antes —contaba Chirriador— los gorriones formaban bandadas de dos a tres mil. Cuando remontaban el vuelo, resonaba tal estallido que no sólo la gente, sino incluso los caballos de los cocheros daban un sobresalto y se ponían a murmurar: “¡Por Dios! ¿Es que no hay nadie que les meta en cintura a esos bribones?”

¡No podéis imaginaros qué peleas armaban los gorriones en las plazas de mercado! Sus plumas formaban nubes enteras. Hoy, las personas no les dejan por nada hacer eso...”

La corneja sorprendió a Pashka justo en el momento en que él había penetrado en el quiosco, pero aún no había tenido tiempo de birlar nada. La corneja le dio con el pico en la cabeza del ladronzuelo.

Pashka cayó de espaldas, abrió sus ojos disimulando que estaba muerto.

La corneja lo arrojó fuera y graznó por último, maldiciendo a los gorriones-ladrones del mundo entero.

El guardia miró alrededor y se acercó al quiosco. Pashka yacía en la nieve: la cabeza le daba vueltas, abría y cerraba el pico lentamente.

— ¡Oh, pobre pilluelo! —exclamó el guardia, se quitó la manopla, metió dentro a Pashka y escondió su manopla con el gorrión en el bolsillo del capote—. Se ve que llevas una vida dura.

El gorrioncito, dentro del bolsillo, parpadeaba y lloraba de rabia y de hambre. ¡Si pudiera picar una miguita siquiera! Pero en el bolsillo del guardia no había migas de pan, sólo rollitos de tabaco que no servían para nada.

Al día siguiente, cuando Petrovna sacó a Masha a dar un paseo por el parque, se les acercó el guardia.

— ¿Quisieran tener ustedes un gorrión en su casa? —les preguntó él.



Masha le contestó que ella quisiera tenerlo con mucho gusto. Entonces el rostro sonrosado y curtido por el viento del guardia se cubrió de pequeñas arrugas, él se sonrió y sacó su manopla con Pashka dentro.

— Aquí tiene. Llévelo en la manopla, luego me la devolverá. Me turarán más tarde. Estaré aquí hasta las doce.

Masha trajo a Pashka a casa, le peinó las plumitas con un cepillo, le dio de comer y lo soltó. Pashka se sentó en el borde del platillo, bebió un poco de té, luego voló hacia el herrero y se posó en su cabeza, permaneció allí un rato, incluso estuvo a punto de echar un sueñecito. Pero el herrero se enfadó al fin y al cabo, y, alzando su martillo, quiso golpearle a Pashka. El pajarillo escapó volando y se posó en otra cabeza de bronce, la cual pertenecía a Iván Krilov, famoso escritor de fábulas. Pashka logró mantener el equilibrio a duras penas sobre la resbaladiza cabeza de Krilov. Entretanto, el herrero comenzó a pegar su martillito contra el yunque y dio once golpes en total.

Pashka pasó todo el día y toda la noche en la habitación de Masha. El vio por la tarde cómo la vieja corneja había entrado por la ventanilla y se llevó una cabeza de pescado ahumado que estaba en un plato encima de la mesa. Pashka estuvo escondido, muy quieto, detrás del cesto con flores rojas.

Desde entonces Pashka empezó a visitar a Masha todos los días. El se comía las migas y pensaba en cómo agradecer a Masha su bondad. Una vez él le trajo una oruga cornuda y congelada, que había encontrado en un árbol del parque, pero Masha no la comió. Petrovna, enfadada, la arrojó por la ventana.

Entonces, para hacer rabiar a la vieja corneja, Pashka fue hurtando del quiosco las cosas robadas y las devolvía a Masha. Un día le trajo una pastilla de fruta congelada; otro día, un pedazo de tarta seca; después trajo el papelito colorado para envolver el caramelo.

Por lo visto, la corneja robaba no sólo en la habitación de Masha, sino también en otras casas, pues Pashka, a veces, le traía objetos que no pertenecían a ella: un peine, un naipe y un plumín de oro de una estilográfica.

Pashka entraba volando con esas cosas en la habitación, las tiraba al suelo, daba unas vueltas y salía por la ventanilla como un pequeño proyectil afelpado.

Esa tarde Petrovna continuaba durmiendo después de la cena. Masha estaba curiosa por ver cómo la corneja se metía por la ventanilla, porque nunca lo había visto.

La niña se subió a una silla, abrió la ventanilla y se escondió detrás del armario. Al principio, grandes copos de nieve entraron volando por la ventanilla derritiéndose en el piso. Mas luego algo chirrió. La corneja penetró en la habitación, saltó a la mesa de la mamá, se miró en el espejo, se erizó toda ella al ver en el espejo a una corneja igual de malvada, graznó, agarró el ramito de vidrio y escapó volando por la ventanilla.

Masha gritó. Petrovna se despertó y comenzó a lanzar ayes y maldiciones. Cuando regresó la mamá del teatro y se enteró de lo ocurrido, lloró tanto que hasta Masha también se echó a llorar. Petrovna trató de calmar a la mamá diciéndole que, quizá, aún encontrarían el ramito de vidrio, si es que, claro, la vieja y estúpida corneja no lo había dejado caer en la nieve.

Por la mañana llegó volando Pashka. Se sentó en la cabeza de bronce de Krilov, escuchó la historia del ramito robado, erizó sus plumitas y quedó pensativo.

Luego, cuando la mamá se dirigió al teatro, para asistir al ensayo, Pashka la siguió. Volaba tras ella posándose en los letreros, faroles y árboles, hasta que llegó al teatro. Allí quedó sentado un rato en el hocico de un caballo de hierro, se limpió el pico, se secó con la patita una lagrimita, pio y desapareció.

Por la tarde, la mamá le ató a Masha un delantal blanco, con encajes. Petrovna se puso una mantilla de fina seda marrón, y las tres juntas se marcharon al teatro.

Fue precisamente entonces cuando Pashka, por orden de Chirriador, había reunido a todos los gorriones vecinos, y ellos, en bandada, atacaron el quiosco de la corneja, donde estaba escondido el ramito de vidrio.

Al principio, los gorriones se posaron en los árboles cercanos e hicieron rabiarse a la corneja. Ellos pensaban que a la corneja se le acabaría la paciencia y ella se asomaría de su quiosco. Entonces podrían lanzarse al combate en la calle, donde había más espacio, y atacar a la corneja todos a la vez.

Pero la corneja conocía perfectamente las astucias de los gorriones y no salía.

Finalmente, los gorriones se llenaron de coraje para penetrar uno a uno en el quiosco. Dentro se armó tal barullo y tal chillido que enseguida allí se reunió un nutrido grupo de gente.

Llegó corriendo el guardia. Miró dentro del quiosco y sólo vio plumón de gorriones que volaba por todo el quiosco.



— ¡Menuda batalla! —exclamó el guardia—. ¡Como en una guerra de verdad!

El guardia se puso a arrancar las tablas que cerraban la puerta del quiosco, para poner fin a la pelea.

En ese mismo momento, en el teatro, los violinistas y violoncelistas de la orquesta rasguearon bajito sus instrumentos con los arcos. Un hombre alto alzó su brazo pálido, y empezó a moverlo suavemente. El pesado telón de terciopelo tembló y empezó a abrirse en medio de los crecientes sonidos musicales.

Masha vio una grande y luminosa habitación donde estaban sentadas dos hermanas feas pero ricamente vestidas, la malvada madrastra, y la mamá, flaquita y guapa, en un andrajoso vestido gris.

— ¡La Cenicienta! —exclamó bajito Masha, y desde aquel momento ya no pudo apartar los ojos del escenario.

En la siguiente escena surgió un palacio inundado de luz azul celeste, rosada, dorada y plateada de luna. La mamá, corriendo de allí porque dieron las doce de la noche, perdió en la escalera su zapatito de cristal.

Era un placer escuchar la música que ora se entristecía, ora se alegraba por la mamá, como si todos aquellos violines, oboes, flautas y trombones fueran seres vivos. Todos ellos, y también el director de la orquesta, trataban de ayudar a la mamá por todos los medios. El director estuvo tan ocupado en ayudar a la Cenicienta que no se había dado la vuelta ni una vez para mirar al público. Si se hubiera vuelto, hubiera visto a muchos niños con los ojos radiantes y carrillos sonrosados por el entusiasmo.

Incluso los viejos acomodadores, que casi nunca ven los espectáculos y se quedan parados en los pasillos, ofreciendo al público programas y gemelos negros, en ese momento entraron en la sala, silenciosamente cerraron tras de sí las puertas y quedaron mirando a la mamá de Masha. Uno de ellos hasta se secaba las lágrimas. ¡Comó iba a contener las lágrimas si la que bailaba tan bien era la hija de su difunto compañero, que fuera, igual que él, un acomodador!

Cuando el espectáculo tocó a su fin y la música fluyó con fuerza y feliz alegría, todos se sonrieron en sus adentros, aunque se extrañaron mucho al ver lágrimas en los ojos de la Cenicienta. Y en esto en la sala entró volando como una bala un gorrioncito desgredado, después de haber dado un montón de vueltas por las escaleras del teatro. Pero se veía enseguida que el pajarillo había estado participando en una terrible pelea.



Revoloteó sobre el escenario. Todos advirtieron que en su pico llevaba algo resplandeciente, parecido a una ramita de vidrio.

En la sala se oyó un murmullo. El director alzó el brazo y la orquesta enmudeció. En las filas de atrás empezaron a levantarse de sus asientos para ver lo que pasaba en el escenario. El gorrión se acercó volando a la Cenicienta. Y cuando ella extendió las manos, el gorrión dejó caer en sus palmas un pequeño ramito de flores de vidrio. La Cenicienta, con manos temblorosas, lo prendió de prisa en su vestido.

El director agitó con su batuta y la orquesta llenó con música toda la sala. Las luces teatrales se estremecieron por los aplausos. El gorrión remontó vuelo hacia la cúpula de la sala, se posó en una araña y se puso a ordenar sus plumas, desgredadas durante la pelea.

La Cenicienta hacía reverencias y se reía. Si Masha no supiera de seguro que se trataba de su propia mamá, nunca hubiera reconocido aquella bella mujer.

Esa misma noche, cuando Masha ya se encontraba en su camita y estuvo a punto de dormirse, preguntó a su mamá:

— ¿Pensaste en papá cuando prendías en tu vestido el ramito?

— Sí —respondió, tras una pausa, la mamá.

— ¿Por qué estás llorando?

— Porque me alegra saber que en el mundo haya personas como tu papá.

— Eso no es verdad —murmuró Masha—. Cuando se sienten felices, las personas se ríen.

— Una alegría pequeña te hace reír —le contestó la mamá—, y una alegría grande te hace llorar. Y ahora, ¡duerme ya!

Masha se durmió.

La mamá se aproximó a la ventana. Pashka estaba sentado en una rama y también dormía. Todo estaba en silencio. Los grandes copos de nieve iban cayendo y cayendo del cielo. Y la mamá quedó pensando en que a veces los sueños felices y cuentos hermosos caen sobre las personas tan suavemente como esa nieve de medianoche.



Veniamín Kaverin

Los músicos de Nemujin

Primero llegaron volando dos avecillas verdes. “Papagayos inseparables de la tienda de pájaros”, al momento determinó para sí Petka. En Nemujin había sólo una tienda de pájaros; Petka conocía a todos sus moradores: desde los pececillos dorados hasta la ardilla Mashka, la cual daba vueltas a la noria en su jaula, que colgaba en el escaparate.

Luego llegó corriendo un perro maltés gris rosado, con una pelota blanca en la boca; naturalmente era de la tienda de juguetes. Al rato, desplegándose y susurrando, se posó junto al porche un gran cartel de color amarillo brillante, y Petka vio cómo Varvara Andréevna abrió la puerta para que el cartel no se arrugara al entrar volando en la terraza. Después, la atención del chico atrajo un frac negro, viejo y reluciente de suciedad, llegado —es un supuesto— de la ropería del Teatro de Drama de Nemujin; tras él hizo acto de presencia un sombrero caucasiiano de fieltro de color crema.

Todo era muy extraño, pero Petka, sentado en la techumbre del cobertizo, con un libro en las manos, no se asombró sólo porque estaba convencido de que el hombre debía quedar inmutable en cualesquiera circunstancias. Mas cuando un espléndido pedazo del cielo se metió, torpe, con cierta timidez, por la ventana abierta, al chico, evidentemente, le falló su espíritu calmoso y él sintió literalmente muerto de curiosidad por todo lo que pasaba. Transcurrieron otros veinte minutos. Ya nadie más se presentó ni llegó volando hasta allí, y sólo Varvara Andréevna se había asomado para descolgar el rojo extintor que pendía en el porche. Entonces Petka se hizo una pregunta. Le gustaba proceder de esa manera: primero hacerse la pregunta y luego sacar conclusiones. La pregunta era: “¿Para qué necesitaba Varvara Andréevna papagayos verdes, el perro maltés, el cartel amarillo, el frac negro y el sombrero de color crema?” Y la conclusión a que llegó era: “Nadie, salvo Tania Zabotkina, podría contestar a esa pregunta”.

Y sin perder más tiempo, Petka se fue a ver a Tania.

El y ella estudiaban en distintas escuelas: Tania en una escuela especializada; Petka, en una ordinaria. Sin embargo, se veían a menudo e, incluso, una vez estuvieron juntos en el cine. Tania era una chica seria, muy leída; también a Petka le gustaba la lectura, aunque prefería más domar a su perro Basar, un enorme mastín de raza caucasiana. Había decidido que, una vez terminados los estudios en la escuela, seguiría la peligrosa carrera de domador de fieras. Frecuentemente hablaba de ello a Tania. En general, ellos dos mantenían conversaciones animadas y sustanciales. Por ejemplo, cuando él una vez, enganchado al automóvil, corrió en esquís por todo el poblado a 80 kilómetros por hora, Tania le dijo que eso había sido una estupidez, y él asintió, simplemente porque para él era un placer inexplicable en dar la razón a la chica. Pero cuando en cierta ocasión Petka había afirmado que las chicas tenían sesos de gallina, Tania le largó una bofetada, ellos se pelearon; y eso también resultó un caso interesante. En cambio, con la aparición de Varvara Andréevna en la Escuela de Música y Artes, las relaciones entre Petka y Tania se tensaron un poco, porque la chica ya hablaba sólo de esa maestra: “Ayer, Varvara Andréevna me dijo que no me salía el trino, pero hoy ya he tenido éxito...”, “Cuando Varvara Andréevna entra en el aula parece ir volando por el aire, tan ligero es su andar...”

Petka la escuchaba desanimado, cabizbajo. No sabía que era “trino”, pero en cuanto a la manera de andar de la maestra, opinaba que Varvara Andréevna parecía una garza caminando.

Ellos ya hablaban como sigue:

Petka: Ayer iba rodando por la calle Lenta y, de repente, ¡crack! La rueda de atrás se paró en seco.

Tania: Varvara Andréevna cumplirá veintidós años en febrero, y nosotros acordamos regalarle una batuta.

Petka: Dos kilómetros me tocó llevar la bicicleta a cuestras. Sudé la gota gorda.

Tania: Varvara Andréevna dijo que a los chicos que reciban “sobresalientes” en teoría de música, ella les dará clases de armonía en verano.

¿Qué remedio le quedaba a Petka? Escuchar y aguantarse. Después de todo, Tania era su vieja amiga, aunque sólo tenía doce años.

Cabe decir que Tania no era la única que estaba loca por su maestra.

Varvara Andréevna era alta, fina, elegante, con un rostro pálido y gentil. Cuando decía incluso las frases más corrientes, como “Perdone, por favor” o “¿Verdad que hoy hace un tiempo maravilloso?”, parecía una música que llegaba desde la lejanía. Cuando se reía, resonaban sonos de celesta (si tú no has oído nunca la celesta, te diré que es un instrumento musical con sonido parecido al tintineo que producen las copas de cristal de roca al chocar). Y cuando se enfadaba, se oían suaves acordes de trombones.

En fin, se puede decir que ella había causado enorme impresión sobre los habitantes de Nemujin. Y eso, por cierto, no fue una cosa simple, como pudiera parecer a primer golpe de vista.

Nemujin era una ciudad pequeña, briosa e independiente, constantemente obsesionada en salir siempre airosa de cualquier situación y que no se perdía una sola ocasión para demostrar que su igualdad e, incluso, superioridad vecina de Mujin. Los de Nemujin gustaban de contar sobre sus notabilidades sin premura y detalladamente. Entre éstas figuraban el Viejo Maestro de Pipas, que torneaba y ennegrecía las mejores pipas en el mundo, y el equipo de fútbol de la segunda División, que cierta vez había empatado con el “Minero” de Donetsk.

Ahora los habitantes de Nemujin confiaban en que también Varvara Andréevna pasaría a formar parte de las notabilidades de la ciudad.

Petka había llegado en el momento oportuno. Tania estaba ocupada, y él, por consiguiente, tendría suficiente tiempo para prepararse y contar-

le en breve lo que había ocurrido: él consideraba que el hombre, al quedarse inmutable, debía expresarse concisamente.

— Primero los papagayos inseparables, por cierto, verdes, luego el perro maltés rosado, el frac negro, el sombrero blanco, el cartel amarillo, el extintor rojo y un pedazo incierto de jalea, parecido a un cachito del cielo.

—No entiendo nada.

Petka, pacientemente, repitió todo de nuevo.

— Está bien —dijo él—. Supongamos que los papagayos llegaron porque se habían cansado el uno del otro, pero el perro maltés... ¿Qué te pasa?

Sin escucharle, Tania miraba por la ventana. Claro, eso fue pura coincidencia, pero justamente en ese momento apareció sobre Nemujin un arco iris ancho, centelleante, encorvado suavemente, que había unido la nueva torre de televisión con la cúpula del Palacio de los Pioneros.

— ¿Has dicho rosado, azul, negro, verde, blanco, amarillo y rojo? — le inquirió Tania, pensativa—. Me gustaría saber si Varvara Andréevna, al ver ese arco iris, lo invitaría a su casa.

¡Bang! ¡Bang!

En sus años jóvenes, el director de la Escuela de Música y Artes de Nemujin tocaba instrumentos de percusión. Y por eso, quizá, él considerara que lo más importante en la música eran la energía y la precisión.

— ¿Y qué otros instrumentos se puede comparar en este sentido con los de percusión? —preguntaba él—. ¿Los de arco? ¿Los de aire? ¡No, no y no!

Y gustaba de hacer memoria de aquellos instantes felices en que el director de orquesta indicaba su batuta a él. Se levantaba y ¡bang!, golpeaba los relucientes címbalos de bronce.

Naturalmente, estaba satisfecho de que toda la escuela —y también toda la ciudad— no salía de su admiración de ver a Varvara Andréevna, aunque en ocasiones le parecía que hablaban de ella más de lo necesario. En la escuela no hacían más que decir: “Varvara Andréevna, Varvara Andréevna!” Los padres, habitualmente descontentos de todo, no se quejaban de la maestra y —por muy extraño que pareciera— hasta la elogiaban. En el diario local, *Joven Comunista de Nemujin*, había aparecido una crónica comentando que la armonía —existe tal asignatura— se impartía

por una muchacha armoniosa en todos los aspectos. En la misma plana figuraba un retrato de Varvara Andréevna; a la redacción del periódico comenzaron a llegar cartas de todas partes del país; en ellas prometían a la maestra un futuro próspero en calidad de esposa de un ingeniero, un acróbata, un estucador, un electricista o un dentista.

Una de las cartas le había llamado la atención y ella quedó pensativa, pero sólo por un minuto. Se le había dirigido un herrero. Le decía que, si ella le permitía inventar un millar de nombres cariñosos, él lo haría desde luego, aunque había terminado sólo la secundaria y sabía mucho mejor manejar el martillo sobre el yunque que leer y escribir.

Todo aquello irritaba al director y, lo principal, le parecía asombrosamente injusto. ¿Por qué no ponían en los periódicos ni una sola palabra sobre él, un músico experimentado, que ansiaba recibir el título de Artista Emérito para su cincuenta cumpleaños?

Sí, él estaba muy compungido; pero, como corresponde al ex tamborilero, se conducía impecablemente y con riguroso decoro. Mas cuando anunciaron por la radio de Nemujin que la nueva maestra de música poseía absoluto oído, o sea, podía distinguir medio tono e incluso el cuarto de un tono, el director cambió su conducta de manera totalmente visible. Antes, él parecía rodar por Nemujin sobre sus cortitas piernas, con la cabeza calva bien en alto. Y ahora andaba volviéndose constantemente y parpadeando. Antes, cuando se daba palmadas en la barriga, uno podía oír sonidos alegres y sanos. Pero ahora, salían sonidos apagados, destemplados, melancólicos.

El no tenía nada en contra de la joven maestra, ¡absolutamente nada! Sólo le deseaba bien, nada más que bien. Pero él no quería pasar la noche entera dando vueltas en la cama y a cada minuto desenchufar la radio por miedo a que alguno pudiera empezar a elogiar nuevamente a Varvara Andréevna. Así es que le vino a la cabeza un plan ingenioso y perspicaz, y él decidió contarle a su mejor alumna, a Zina.

Un secreto fastidioso

Los secretos pueden ser distintos: alegres, tristes, asombrosos, divertidos. Zina Milenushkina tenía su propio secreto, muy fastidioso, por cierto: guardaba el secreto de que tenía orejas diferentes. La izquierda era una oreja normal; en cambio, la derecha era grande y plana, como la de un mur-

ciélago. ¡Qué no habrá probado hacer para esconderlo debajo de su pelo recto y rojizo! La cinta en la cabeza siempre estaba atada de manera torcida, y sus trenzas, en las que ella metía un cachito de alambre fino, formaban un arco sobre la oreja derecha. Aun así, todos sus compañeros de clase la llamaban simplemente “Oreja”, lo cual, en relación con una chica tan bien educada, resultaba al menos una injusticia.

Ella decía a todos sólo cosas agradables e incluso, cuando contestaba la lección, difícilmente se contenía para no decirle al maestro que tenía un aspecto muy elegante, o a la maestra, que llevaba un vestido muy mono. Además, siempre culebreaba un poco en su asiento. Así es que alguno podía pensar que ella parecía más bien a una oruga o a una serpiente que a la alumna del séptimo grado. Mas ella nunca había pensado tan mal sobre sí misma. Por el contrario, estaba segura de que en todo Nemujin se encontraría otra chica que hubiera aprendido a tocar tres instrumentos de percusión y al mismo tiempo fuera tan bonita, inteligente y bondadosa.

El director, primero, elogió a Zina por sus éxitos. Ella había progresado mucho, por ejemplo, en platillos, aunque el “bang” le saliera sin la “g”. Luego la preguntó cómo le iba con la armonía, y quedó muy descontento al enterarse de que ella había recibido un “notable” en el trimestre.

— No debes disgustar así a nuestra querida Varvara Andréevna — le dijo él con tono aleccionador —. Debes darme tu palabra de que al final del año vas a recibir nota buena. Lamentablemente, conozco mal a Varvara Andréevna. Ella había llegado a Nemujin hacía poco, es una muchacha joven, soltera, sin amigos y parientes. Por el día, trabaja en la escuela. ¿Y qué hace ella por las tardes? Vive en la calle Lenta. Es una calle bastante buena para pasear.

— A propósito, a mí me gusta pasear por la calle Lenta.

— ¡Magnífico! Durante el paseo te será fácil parar de vez en cuando debajo de la ventana de Varvara Andréevna.

Zina le dijo que debajo de la ventana de Varvara Andréevna crecían arbustos de saúco.

— ¿Lo ves? — exclamó el director —. Eres una chica inteligente. Si tú te escondes entre esos arbustos, absolutamente nadie te podrá ver allí, sin hablar ya de Varvara Andréevna. Compréndeme, como un hombre no puedo estar quieto pensando en ella, y como director debo interesarme por mis subalternos, especialmente por las eminencias, de las que hablan por la radio y escriben en los periódicos.

¿Y dónde están los músicos?

En la habitación había tal silencio que una mosca de otoño, que casualmente empezó a zumbar, pidió perdón y se calló; era una mosca bien educada. Pero ¿y por qué agitaba Varvara Andréevna con la batuta, como si dirigiera una orquesta invisible, en aquel profundo silencio?

Frente a ella estaba el atril con notas. Sus ojos brillaban, sus suaves mejillas se pusieron coloradas. Era tan guapa que al primer golpe de vista ya era claro por qué el ingeniero, el acróbata, el dentista, el estucador, el electricista y el herrero querían casarse con ella.

Bueno, ¿y quiénes figuraban en su orquesta? ¿Qué pieza musical tocaban los músicos silenciosos? ¿Y por qué se había turbado Varvara Andréevna cuando Tania Zabotkina se había asomado por la puerta semiabierta?

— Discúlpeme. Usted me había prestado las notas, y justamente ahora tengo un momento libre. Decidí devolverlas. Gracias.

— No hay de qué, Tania — le respondió Varvara Andréevna.

— Me parece que he llegado a destiempo. ¿Está ocupada?

— ¡Qué va! Estoy descansando — replicó la maestra.

— ¿Pero usted estaba dirigiendo cuando entré?

— Puede ser — pensativamente le respondió Varvara Andréevna —. Es cierto, estaba dirigiendo. Ensayábamos un nuevo concierto.

“¿Y dónde están los músicos?”, pensó Tania.

Los Papagayos Inseparables estaban sentados en el respaldo de la silla, apretujados uno contra otro, como correspondía a esas aves. El Perro Maltés rosado, con ojos abombados, sujetaba fuertemente en la boca una pelota blanca. El Frac desgastado del Teatro de Drama de Nemujin colgaba de una percha enganchada en la puerta abierta del ropero, y al lado del Frac se hallaba el Sombrero de Color Crema. El Cartel Amarillo, semidesplegado, estaba sujeto con chinchetas a la espalda de la cama; el Extintor se encontraba parado junto a la pared; el Pedacito del Cielo, recatadamente, se arrastraba hacia la ventanilla: por lo visto quería escapar aprovechando el momento en que nadie se fijaba en él. Pero lo curioso era que todos ellos parecían haberse callado un momento atrás.

— ¿Te gusta mi orquesta, Tania? — preguntó la maestra.

— Varvara Andréevna — comenzó Tania —, usted me dice que yo tengo oído casi absoluto. Pero, entonces, ¿por qué no los oigo ahora?



Varvara Andréevna se echó a reír, y al punto, se oyó el leve tintineo de copas de cristal de roca.

— Oh, mi querida Tania —dijo—. Eso te pasa porque tú, simplemente, eres una chica lista, mientras que yo soy el Hada de la Música y oigo no sólo los sonidos, sino también los colores: el marrón, el negro, el rosado, el rojo, el amarillo, el azul, el azul celeste y el verde.

La orquesta multicolor

Se sabe que las hadas, sobre todo las bondadosas, a veces se colocan a trabajar y viven como muchas otras personas. El Hada de la Cortesía y la Pulcritud, digamos, obtuvo la pensión personal, después de haber servido casi cuarenta años en la Cámara Principal de Medidas y Pesos.

Tampoco hubo nada de extrañío en que el Hada de la Música se colocara a trabajar en la Escuela de Música de Nemujin. Ella oía los colores porque no tenía un oído absoluto, sino superabsoluto. Por ejemplo, cuando Varvara Andréevna estuvo deambulando en otoño por un soto de abedules ella tuvo que taparse los oídos, pues el color amarillo de las hojas otoñales zumbaba en sus oídos como los sonidos de un clarín o de una trompeta.

Difícilmente se podía imaginar que, mirando ella a los verdes Papagayos Inseparables, distinguía claramente los apacibles sonos del violín, y eso era cierto. Cuando en un día soleado ella levantaba los ojos al cielo azul, en seguida le llegaban los suaves sonidos de miles de flautas. El color violeta lo oía tan nítidamente como los sonos del clarinete que uno tocaba en la Sala Magna del Conservatorio de Moscú. El azul se parecía al violoncelo, pero al ponerse más oscuro sonaba como los acordes meditativos y hondos del órgano.

Por otra parte, en invierno, cuando empezaba a caer nieve, Varvara Andréevna no oía casi nada: el color blanco era para ella silencioso y servía acaso para pausas prolongadas.

El director se preocupaba en vano acerca de Varvara Andréevna, porque ella no se aburría en absoluto en Nemujin. Las hadas, como también algunas personas, no conocen qué es el aburrimiento. Simplemente, ella disponía de mucho tiempo libre, y para no perderlo en vano, había organizado una pequeña orquesta multicolor. Ella misma escribía la música.

Entonces ¿por qué Varvara Andreevna no quería que alguien se enterara de su orquesta?

— Mira, no soy nada temerosa — dijo Varvara Andréevna —. Por ejemplo, no tengo miedo a la oscuridad. Cuando leo *Don Quijote* empiezo a creer que yo podría entrar en la jaula del león. En cambio le tengo miedo a nuestro director. Siento un miedo espantoso cuando él levanta sus ojos apagados. Cualquiera otro director se hubiera alegrado al enterarse de mi orquesta; pero éste se va a enfadar y, a lo mejor, me despide.

— ¿Por qué?

— Porque una maestra de música no debe oír los colores cuando su director oye sólo los sonidos, además no todos, ni mucho menos. ¡Oh! —suspiró Varvara Andréevna y desde afuera llegó un triste trozo musical—. ¿Será posible que yo tenga que irme de Nemujin y casarme con el estucador, el acróbata, el ingeniero, el electricista, el herrero o el dentista? Dicen que el matrimonio es un asunto engorroso. ¿A dónde quieres ir tú? —preguntó Varvara Andréevna al Pedacito del Cielo que ya había subido hasta la ventanilla y parecía un velludo gato azul, parado sobre sus patas traseras—. ¡El ensayo no ha terminado todavía! Vuelve a tu sitio, querido, vuelve...

— Varvara Andréevna, usted está ocupada. Me voy —dijo con premura Tania—. No contaré a nadie sobre su orquesta.

— No lo cuentes, por favor. Aunque puedes decirle a alguien en secreto que soy un hada. De todos modos, nadie te lo va a creer.

Entre los arbustos de saúco

Tania se marchó de la casa de Varvara Andréevna y pasó a verle a Petka y, aunque le fue muy difícil, ella cumplió su promesa y no dijo ni palabra.

— Los Papagayos vinieron volando para visitarla —dijo—. El Cartel había entrado volando casualmente; ella necesita el Frac Negro para un espectáculo que se prepara en la escuela, y el Sombrero de Feltro lo tiene para el día que vaya a descansar a la costa del mar. En cuanto al Perro Maltés, él se presentó en la casa de Varvara Andréevna porque lo había comprado en la tienda de juguetes.

— Supongamos que todo sea verdad —dijo, con aire incrédulo, Petka—. ¿Y el Extintor?

— ¡Oh, el Extintor! Se había aburrido de estar colgado en el porche y había pedido a Varvara Andréevna que lo pusiera en otro lugar, en el zaguán.

— Puede ser —asintió Petka—. ¿Y de dónde llegó ese cachito de jalea azulada?

— Sí, algo parecido vi allí. Seguramente Varvara Andréevna se propone cambiar los papeles de las paredes.

Al principio, Tania había callado que la maestra era un hada, pero luego dijo como sin querer:

— Sabes, me parece que ella es un hada.

Petka rezongó y decidió que, si Tania no daba importancia a esa historia extraña, él podía olvidarse de eso, por lo menos por un tiempo. Al poco, Tania se fue. Petka se puso a entrenar a su Basar. Le ponía un pedacito de pan en el hocico, y el peludo Basar, pelirrojo y enorme como un potro, esperaba pacientemente cuando Petka gritara:

— ¡Ahora, Basar, ahora!

Eso quería decir que podía comerse el pan. Luego el perro obedecía a las voces de mando:

— ¡A mí!

Y Basar trotaba al lado de Petka.

— ¡A tierra!

Y el perro se tumbaba a los pies del chico.

Pero ese día el entrenamiento no salía bien. Al describir un círculo por el patio, Basar se paró junto al portillo y se puso a ladrar. Y cuando Petka le hizo sentarse en las patas traseras, se retorció tanto que por poco se cae, y otra vez empezó a ladrar, lo cual podía significar únicamente: “¡Atención! ¡Peligro! ¡Enemigo junto a la puerta!”

Sin embargo, Petka no se asomó por el portillo, como lo hubiera hecho en su lugar cualquier escolar de Nemujin. El se subió al tejado del cobertizo, para examinar previamente los alrededores. Vio la casita en que vivía Varvara Andréevna y debajo de su ventana, entre los arbustos de saúco... ¿Cómo crees tú qué vio él entre los arbustos de saúco? ¡Una oreja grande, plana y colorada!

Claro que sí: era la oreja de Zinka Milenushkina; cualquier otro chico hubiera tomado esa oreja por un racimo de bayas de saúco, tanto más que la oreja ardía de curiosidad. Mas Petka comprendió en seguida lo que estaba pasando. Se bajó del tejado, le dio a Basar todo el pan y el azúcar que había preparado para el entrenamiento, lo encadenó y fue a ver a Zinka.

Pero ella ya había salido de su escondite y se dirigía, tan campante, por la calle Lenta.

— Petka, ¿eres tú? ¡Qué suerte que nos hemos encontrado! Precisa-

mente acabo de visitar a Varvara Andréevna. ¿Sabes lo que me dijo? “Zina, ¿conoces por casualidad quién es ese chico simpático que vive en el patio vecino?” Le contesté: “¡Cómo, Varvara Andréevna! ¿Usted no conoce a Petka Vorobiov? ¡Pero si todo Nemujin sabe quién es él! ¿Qué, le ha gustado?” Ella: “Mucho”. Yo: “A mí también me gusta él, Varvara Andréevna. ¿Sabe qué temerario es? El año pasado, por ejemplo, se enganchó a un automóvil”.

Era muy difícil aguantarse para no pegarle a Zinka un puntapié. Pero Petka quedó inmutable, como correspondía a un hombre.

— Mejor que me digas —comenzó él tranquilamente—, ¿por qué estabas escondida debajo de la ventana de Varvara Andréevna? ¿Escuchabas lo que hablaban?

— ¿Pero cómo puedes decir eso, Petka? ¡Si ella está sola! ¿Es que va a hablar consigo mismo?

— Bien —asintió él—. Entonces, ¿la estabas espiando?

— Nada de eso. Simplemente quise averiguar para qué necesita el Perro Maltés de juguete. Después de todo, lo de Papagayos, está claro. A mi abuela, por ejemplo, le gustan los pájaros; a cada rato se oye en nuestra casa algún trino de canario. Pero eso es completamente distinto, ¿no es así? Son pájaros que cantan. La abuela los escucha y dice que encuentra placer en ello. En cambio, los Papagayos Inseparables, Petka, no cantan, ¿verdad?

Si Tania le hubiera contado a Petka sobre la orquesta multicolor, él, después de aquella noticia, se hubiera planteado la pregunta siguiente: “¿Por qué estuvo sentada Zinka debajo de la ventana de Varvara Andréevna?” Y hubiera corrido a toda prisa a ver a Tania, quien le daría la respuesta. Pero él no se había planteado tal pregunta, porque en Nemujin todo el mundo sabía que a Zinka le gustaba espiar y escuchar las conversaciones ajenas. Por si acaso, Petka le dio a ella un puntapié, antes de regresar a su patio para entrenar a Basar.

¿Cómo podría cazarla?

Zina Milenushkina debía de haber pasado más de una tarde debajo de la ventana de Varvara Andréevna antes de llegar a darse cuenta de que la nueva maestra sabía oír los colores. ¿O quizá ella había escuchado cómo Varvara Andréevna contaba a Tania sobre su orquesta multicolor?

De una manera u otra, ella se presentó un día ante el director y le in-

formó no sólo sobre el Perro Maltés, el Frac Negro, los Papagayos Verdes, el Sombrero de Color Crema, sino también le mostró cómo Varvara Andréevna, dirigiendo la orquesta, golpeaba la batuta contra el atril.

— Así es que cuando ella mira, digamos, a un gorrión ¿lo oye? —preguntó el director—. ¿Incluso cuando no pía?

— Sí.

— ¿Y a una vaca?

— También.

— ¿Incluso cuando la vaca no muge?

Zinka le contestó que ella lo sentía, pero, por lo visto, la maestra oía el mugido.

— Claro que todo eso depende del color —añadió Zinka, culebreando con el cuerpo—. Si la vaca es pelirroja, Varvara Andréevna oye una cosa, y si es negra, absolutamente otra.

— Perdone pero eso contraviene las reglas —dijo el director—. Ella debe ocuparse de la orquesta de escuela, y no de esos viejos papagayos. La víspera del Año Nuevo, nuestra orquesta de escuela deberá actuar en el Palacio de los Pioneros; por cierto, entre los invitados de la capital estará también el mejor trombón de la Unión Soviética. Bueno, que ella oiga los colores, es su asunto personal. ¡Pero es que tiene su propia orquesta! ¿Sin el permiso del Ministerio de Música y Bellas Artes? ¿Sin que yo lo sepa? ¡Oh, no!

Y él pidió a Zinka que golpeará varias veces los platillos de bronce sobre su cabeza para volver en sí. ¡Bang! Ese sonido alegre y retumbante le devolvía el ánimo brioso.

— Bien, Zina, muchas gracias —dijo con voz fina—. Te pongo “sobresalientes” en platillos y en el resto de las asignaturas hasta el fin del año. Y ahora, ve a casa, querida. Tengo que meditar un rato.

El director no fue a la escuela, se cerró en su cuarto y comenzó a meditar. Pero, por desgracia, ni un solo pensamiento práctico le venía a su pequeña y calva cabeza.

Probablemente lo más fácil sería despedir a Varvara Andréevna. Pero los habitantes de Nemujin no comprenderían tal acto, y si él se pusiera a explicarles que a las maestras les estaba prohibido tener su propia orquesta en casa, además de muchos colores, ellos le replicarían:

— ¡Qué gracia! ¿Por qué tiene que despedirla? Mejor que dé un concierto con su orquesta en algún club.

Y entonces todo Nemujin diría que Varvara Andréevna sabía distin-



guir de oído el color amarillo del verde y el verde del azul celeste. No, él debía escoger otro camino, totalmente diferente, más flexible.

El director tenía buen sueño. ¡Hay gente feliz en este mundo! No lo levantaba ni el despertador más fuerte, y él solía poner en su mesita de noche dos despertadores y, a veces, hasta tres. Pero ahora era suficiente con uno solo: tan sensible se hizo su sueño, pues meditaba sobre Varvara Andréevna desde por la mañana hasta por la noche.

“¿Cómo podría cazarla?”, pensaba él con tristeza.

Pero iban pasando los días, las semanas. Ya habían caído las primeras suaves estrellitas de nieve en las calles y bulevares de Nemujin, pero el director no encontraba solución alguna. ¡Absolutamente ninguna!

“¡Por Dios! Si las cosas siguen así, en fin de cuentas no seré yo sino ella quien obtenga el título de Artista Emérito. ¡Es para volverse loco! ¿Qué hacer?”, pensaba el director.

Mas un día se había despertado con un pensamiento espléndido, el cual le puso de buen humor en seguida:

— Bien, los habitantes de Nemujin hubieran dicho: “Mejor que dé un concierto con su orquesta en algún club”. Perfecto. Hoy mismo le propondré que dé el concierto, no en un club cualquiera, sino en el Palacio de los Pioneros, para la fiesta del Año Nuevo. Claro que ella no querrá agitar con la batuta en absoluto silencio, pues nadie oiría a sus músicos. Cuando se niegue, tendrá que marcharse de la escuela, y, en el mejor de los casos, tomar por marido al herrero, porque ni el dentista, ni el acróbata, ya sin hablar del electricista, desearían casarse con una embustera, que afirma saber oír los colores.

¿Lloran las hadas?

Si aquel día Varvara Andréevna se hubiera reído, a nadie le hubiera parecido oír acordes de celesta, que asemejan los sonos de las copas de cristal de roca cuando chocan. Pero ella no se rió. Todos los habitantes de Nemujin advirtieron que aquel día la maestra estaba silenciosa y muy triste.

— ¿Ha ocurrido algo? — la preguntaban las otras maestras.

Ella les respondía:

— No, nada.

— Oh, algo me está diciendo al corazón que es hora ya de que usted pase una tarde por mi casa — le dijo el Viejo Maestro de Pipas.

— Le agradezco, con mucho gusto acepto su invitación. Un día de éstos pasaré.

Uno de los sabios que se dedicaba a estudiar a los magos y la magia, supuso que las hadas lloran como las personas normales. Por extrañío que pareciera, él tuvo razón. Tania visitó ese día a Varvara Andréevna y la encontró anegada en lágrimas amargas.

— Oh, Tania, las cosas me van tan mal que no te puedes ni imaginar. El director me propuso actuar con mi orquesta en la velada del Año Nuevo, que se celebrará en el Palacio de los Pioneros.

— ¿Y usted qué le dijo?

— Pues que no tenía ninguna orquesta.

— ¿Y él qué le dijo?

— Me preguntó: “¿Y qué hacen el Perro Maltés Rosado, los Papagayos Verdes, el Frac Negro, el Extintor Rojo y el Sombrero de Color Crema por las tardes en su casa?”

— ¿Y usted qué le contestó?

— Me turbé y le dije: “Usted se ha olvidado del Cartel Amarillo y del Pedacito del Cielo Azul”.

— ¿Y él?

— Se echó a reír y me dijo: “¿Lo ve?” Y yo asentí —añadió Varvara Andréevna, sorbiéndose las lágrimas.

— ¿Cómo es posible? — emocionada, preguntó Tania —. Pero si su orquesta no puede tocar. ¡Nadie podrá oírla!

— ¡Ahí está la cosa! El público va a silbar y a patalear. Sé que me quieren en Nemujin, y quizá el público silbará bajito y pataleará también con poca fuerza. Pero de todos modos me moriría de vergüenza.

— Discúlpeme, Varvara Andréevna, soy una chiquilla aún y no tengo derecho a darle consejos — dijo con firmeza Tania —. Pero a mí me parece que usted debe negarse.

Varvara Andréevna quedó pensativa unos instantes.

— No puedo — pronunció con voz apagada —. Le tengo miedo. Siento un miedo espantoso cuando le miro a sus ojillos apagados y fríos.

Cualquier otra chica hubiera expresado compasión hacia la maestra y se hubiera marchado. Mas Tania, antes de retirarse, logró persuadir a Varvara Andréevna de que escribiera al director una carta en tono resuelto: “Al fin y al cabo, esa pequeña orquesta es para mí un relajo, una diversión. Usted no debería ser tan duro con la gente. Lamentablemente estoy obligada a refutar su lisonjera proposición”.

— Yo llevaré su carta — le propuso Tania —. Y luego, Varvara Andréevna, si me permite, pasará a ver al Viejo Maestro de Pipas.

— ¿Para qué quieres verle?

— ¿Cómo para qué? ¿Para que me dé su consejo! ¿Acaso no sabe que todo Nemujin viene a pedirle consejos y que, a veces, le visita el Conservador Principal de la Cámara de Medidas y Pesos de Moscú?

Tomó la carta y con decisión se encaminó hacia la puerta. Y en ese momento... Sí, sí, precisamente en ese momento Petka enchufó su radio a todo volumen.

“Estimados habitantes de Nemujin — resonó por la radio una voz de bajo, afable —. Hoy les daremos a conocer una de las recientes noticias que a la vez será una de las más agradables. El director de la Escuela de Música y Artes acaba de comunicarnos que Varvara Andréevna, la maestra de armonía de quien habíamos hablado en más de una ocasión, ha dado su conformidad para actuar con su orquesta multicolor en el Palacio de los Pioneros en la velada del Año Nuevo. A propósito, se rumorea que Varvara Andréevna es un hada. ¡Es algo fascinante! ¡Se nos presenta la oportunidad de ver a un hada! La esperamos, Varvara Andréevna. La esperamos con impaciencia.”

Es interesante porque es realmente interesante

El Viejo Maestro de Pipas le propuso con intención a Varvara Andréevna pasar una tarde por su casa.

— Oh, algo me está diciendo al corazón que es hora ya de que usted pase una tarde por mi casa...

Y eso a pesar de que últimamente estaba muy ocupado: ennegrecía su nueva pipa. Lo tenía que hacer a solas, reflexiva y seriamente.

— Venga, desembucha — le dijo a Tania, y cuando ella terminó de contar, el viejo se puso a soltar grandes anillos ondulados de humo azul. Ello significaba que, si él sabía casi todo lo que le había contado Tania, sin embargo se enteró de algo nuevo, y tendría que reflexionar sobre el particular cuando se le presentaran unos momentos libres.

— Magnífico — dijo él —. Puf... puf... El concierto se celebrará.

— ¡Pero si nadie oirá a los músicos!

— ¡Por qué no! Los oirán. Habrá que forjarles las voces.

— No entiendo lo que quiere decir.

— Claro, claro... Puf... puf... No es tan fácil entenderlo.



Y él le contó a Tania que en el poblado de Amantes del Aire Fresco vivía el herrero Iván, quien sabía forjar voces. Dicho sea de paso que fue precisamente ese herrero quien había escrito a Varvara Andréevna una carta, en la que le decía que estaba dispuesto a inventar para ella un millar de nombres cariñosos. Así es que el herrero no le negaría a Varvara Andréevna.

— ¿Dónde se encuentra ese poblado? —inquirió Tania.

— Cerca de aquí. Pero no es fácil llegar hasta él.

— ¿Por qué?

— Precisamente por ese Aire Fresco —constató con despecho el Maestro de Pipas, y por un instante desapareció tras las bocanadas de humo azul—. La gente de allí no soporta ni humo ni nada, que se parezca a él. Le irritan las locomotoras porque humean. Se negaron de hacer una carretera, por eso no se puede llegar hasta ellos en automóvil. Se llega sólo a pie, a caballo o en bicicleta.

— ¿Y en avión?

— No.

— ¿Y en un globo?

El Maestro de Pipas no tuvo tiempo de responder: un chicuelo, con la chaquetilla desabrochada, pasó como un rayo, agitando un latiguillo, en un trineo finlandés, que lo tiraba un peludo can con una cara afable. Era, claro, Petka, quien, para envidia de todos los chicos de Nemujin, galopaba por la ciudad, metiéndose a cada momento en alguna zanja.

Se le vio sólo por un instante, mas fue suficiente para que Tania y el Maestro de Pipas pensarán al mismo tiempo: “He ahí la persona que debe llevar la orquesta multicolor hasta el Poblado de Amantes de Aire Fresco”.

No se diría que Petka se había puesto contento cuando Tania le había pedido ir a ver al herrero Iván. Como una persona muy atareada, Petka había recibido dos “suspensos” en aquel trimestre y tenía que corregirse. Sin embargo, y en primer lugar, quería ya desde hacía tiempo demostrar a Tania que era un hombre de verdad. Y en segundo lugar, eso era interesante porque era realmente interesante.

Primeramente vino a casa del Maestro de Pipas con un mapa de la URSS, para trazar la ruta más corta de Nemujin al Poblado de Amantes del Aire Fresco, y desde allí se fue a ver a Varvara Andréevna.

— Informo —dijo él—. Las provisiones están preparadas, incluyen-

do la así llamada reserva de emergencia. La partida — si no me quedo dormido — es a las 4:00. La ruta está trazada.

— Si supieras, querido Petia, cómo te lo agradezco — le dijo Varvara Andréevna. Parecía una chica en su vestido corto, con la trenza enrollada en la nuca. Si en ese momento la hubiera visto el director, probablemente él se hubiera arrepentido de su perfidia.

— Ahora paso al tema de los músicos — prosiguió Petka —. Tania me prestó su macuto. Primero es que los músicos no cabrán en él, y segundo, se van a romper por el camino. Los Papagayos se morirán, el Frac se arrugará, y en cuanto al Pedacito del Cielo, es imposible meterlo en el macuto. Propongo lo siguiente: mejor que yo traiga a ese maestro aquí.

— ¡Qué va, Petia! ¿Acaso querrá venir él?

— ¡Y por qué no? Si mal no recuerdo, ¿fue él quien había propuesto inventarle un millar de nombres cariñosos? Por cierto, he calculado que ello es prácticamente imposible.

— Petia, escúchame — dijo Varvara Andréevna —. En tu camino encontrarás el Bosquecito Común. Pero no es del todo común, pues allí vive Silvano, que a lo mejor no te dejará pasar, si le caes mal. Se llama Trofim Panteléevich. Es un Silvano bastante simpático y, a propósito, mi antiguo conocido. Le llevarás de mi parte esta pequeña tabaquera con rapé. Sorberá un poco por las narices y estornudará. Entonces tú le dirás:

“Salud para Su Merced”. Te contestará: “Belleza para su honor”. Y tú le dirás: “Agradaciado sea Usted con amores”. Te responderá: “Le agradezco humildemente”. Después de eso, confío en que te enseñe la vereda que lleva, a través de la maleza, al Poblado de Amantes del Aire Fresco.

Salud para Su Merced

En la escuela Petka no dijo a nadie de que se había propuesto hacer un largo viaje junto con su Basar; no fue porque no le hubieran dejado ir, sino porque hubiera gastado mucho tiempo en explicaciones. Tampoco dijo nada a sus padres: la mamá, seguro, se hubiera desmayado, y el padre hubiera cogido el cinto, para atizarle.

Por la noche unció a su Basar en el trineo finlandés, llegó hasta la orilla del río Nemújinka y se puso contento cuando vio a Tania esperándole allí; ella había aguardado hasta que sus padres se durmieran y fue a despedirle.

Si Petka hubiera partido en una goleta o en una fragata, Tania le hubiera dicho: “¡Feliz navegación y éxitos!” Pero ese deseo bonito no pegaba con el trineo finlandés y con el peludo Basar. Por eso, solamente le estrechó la mano y le soltó:

— ¡Hasta la vista!

De todas formas fue algo maravilloso. Cuando Petka, de pie sobre los largos patines del trineo, corría por la orilla del sinuoso río, ante sus ojos se alzaba la imagen de Tania parada frente a él: llevaba un abrigo corto, por los bajos del cual se veían esbeltas piernas, tenía el rostro sonrosado y el cabello, cubierto de tenue escarcha, se le escapaba por debajo de su gorrito redondo.

Ya habían pasado cerca de dos horas, y Basar, por lo visto, empezó a cansarse, pues en dos ocasiones había hincado el hocico en el suelo y se había lamido ávidamente la nieve de sus fauces peludas.

— ¡A-a-alto! — gritó Petka, y los dos se detuvieron por un cuarto de hora, para tomarse un bocado y entrar en calor. A decir verdad, el único que se calentaba era Petka: pataleaba y se golpeaba en los hombros; pero Basar parecía una caldera expidiendo vapor.

El Bosquecito Común no estaba marcado en los mapas geográficos, lo cual era muy comprensible, ya que, realmente, no tenía nada de atractivo.

El río Nemújinka tampoco figuraba en los mapas, aunque había sido descubierto hacía tiempo y por la cantidad de pecillos ocupaba uno de los primeros puestos entre los ríos de la zona central de Rusia. Fuera como fuera, Petka no podía extraviarse de ninguna manera; sólo de cuando en cuando gritaba a su bondadoso y sumiso can, y al amanecer, después de otro alto, ellos subieron en un soplo a la cima de un cerro nevado. Y ante los dos se abrió tal cuadro que si junto a Petka se hallara en ese momento Varvara Andréevna, ella hubiera oído una música que hasta entonces no había oído ninguna persona del mundo.

Sobre el bajo horizonte yacía el calmoso borde bronceado del sol saliente, y debajo de él una nubecilla anaranjada, parecida a un oseño, se regocijaba dando volteretas. La noche había pasado, pero eso no era cierto, porque ella se había escondido en el bosque, con su nieve de suave brillo y su luna pálida y cansada.

Con todo, Petka tenía que elegir el camino. Sin pensar dos veces, él se

deslizó del cerro y torció a la derecha, tanto más que, mirara donde mirara, en todas partes veía solamente troncos caídos por el viento. Los patines chirriaron sonoramente en aquel silencio de una temprana mañana invernal, y no hubo nada de extraño en que aquel ruido, junto con los gritos con que Petka animaba a su Basar, atrajera la atención del antiguo conocido de Varvara Andréevna. Petka lo divisó desde lejos, frenó un poco el trineo y se lanzó corriendo directamente a su encuentro.

Era un vejete bajito, con una barbita mezcla de color amarillento y gris canoso, vestía desgastado chaquetón de cuero de debajo del cual se asomaban los pantalones metidos en altas botas de fieltro rojo, bastante rotas. En la cabeza llevaba un gorro con orejeras.

— Buenos días, Trofim Panteléevich — le saludó Petka.

— Supongamos que son buenos — ronqueó el vejete.

Basar se puso a ladrarle, y el vejete, retrocediendo, parpadeó del susto.

— Francamente estoy aquí de paso. Este es Basar, no muerde. Discúlpeme, si no me equivoco ¿es usted Silvano?

— Supongamos que sí — asintió con desgana el vejete.

— Simplemente quería transmitirle un saludo de parte de Varvara Andréevna.

Como se sabe, los silvanos pueden no sólo sonreír, sino reírse a carcajadas; su risa es horrenda, se parece al rechino de una sierra embotada rozando el metal. Mas Trofim Panteléevich resplandeció todo él al oír el nombre de la maestra, y cuando soltó una risita, empinando su chiquita barba, resultó que tenía una risa bondadosa, absolutamente humana.

— ¿Qué tal está mi palomita? ¿Está sana? ¿Qué hace? ¿Qué es de su vida?

Petka le contó que Varvara Andréevna estaba bien de salud, vivía en Nemujin y daba clases de armonía en una escuela de música.

— Me pidió que yo le transmitiera su saludo — dijo Petka con gravedad — y este regalito suyo. Aquí está — y el chico sacó del bolsillo la tabaquera y se la tendió al vejete.

Esa vez, Trofim Panteléevich se puso radiante de alegría, parecía una bombilla, dentro de la cual se había encendido una gran vela.

— ¡Qué muchacha más buena! ¡Es tan atenta y tan gentil! Estoy aquí desde hace muchos años oliendo cualquier porquería: setas secas, toda clase de musgo, y ella, ¡vaya!, me ha mandado rapé de verdad.

Con aire solemne abrió la tapa de la tabaquera y tomó cuidadosa-



mente una pulgada de tabaco en polvo, poniéndola en la palma de la mano izquierda. Luego se sorbió el polvillo primero por una ventana grande y peluda y después por la otra; y al punto estornudó con tal fuerza que resonó en todo el bosque:

— ¡Ee-eee! ¡Aa-aaa! ¡Oo-ooo!

— ¡Salud para Su Merced! — dijo Petka con gravedad.

— ¡Belleza para su honor! — contestó el vejete, sonándose con placer.

— Agradaciado sea Usted con amores.

— Le agradezco humild...

Y tan pronto como había pronunciado “Le agradezco” cuando retumbó de nuevo “¡Ee-eee! ¡Aa-aaa! ¡Oo-ooo! en todo el bosque, espantando a pájaros y fieras y rodando hasta la madriguera de un oso viejo que estaba durmiendo; el oso aguzó el oído y estuvo a punto de despertarse por completo, pero cambió de idea y otra vez se puso a roncar.

— Y ahora te invito a mi casa — le dijo Silvano.

— Le agradezco, pero no puedo. Tengo mucha prisa. ¿Sería tan amable para enseñarme el camino que conduce al Poblado de Amantes del Aire Fresco?

— ¿Te parece que aquí, en el bosque, no hay aire fresco? Quédate a vivir conmigo por un tiempo. Iremos juntos a cazar. Tengo una escopetita. Es vieja, pero con ella no he fallado ni una vez cuando disparé contra ardillas y aves. Quédate, ¿eh?

— Lo siento, pero no puedo. Estoy muy apurado. Sólo diré una cosa: llevo un recado de Varvara Andréevna.

— Ah, eso es distinto. Entonces sígueme. Sólo quisiera preguntarte... — él guardó silencio por un rato —. ¿Puedes hacer algo para que tu perro no ladre? Se me parte el corazón cuando le oigo ladrar.

— ¡Basar! ¡A callarse! — le mandó Petka, mirándole a los ojos.

Basar sacudió con la cabeza, y los tres se dirigieron por una vereda apenas visible, la cual el viejo Silvano había encontrado a duras penas entre la maleza y los árboles caídos.

El herrero Iván

A primera vista, el Poblado de Amantes del Aire Fresco no se distinguía en nada de cualquier otro poblado. Lo único que saltaba a los ojos era que casi en todas las casas, pese al frío feroz, las ventanas estaban abiertas de par en par. Sobre las chimeneas se divisaban blancos

casquetes, como los de cocineros, y por encima de ellos fluía el aire caliente, que se evaporaba bellamente al sol.

— Están filtrando el humo — profirió Petka en tono didáctico.

Cada poblado poseía una oficina del Consejo rural, emplazada en la calle principal, con un letrero “Oficina del Consejo Rural”, para que nadie lo confundiera con el edificio de los bomberos o una tienda de la localidad. A ambos lados del letrero había dos carteles. En uno Petka leyó: “¡Fumadores, fuera de aquí!”, y en el otro: “Cuando sientas olor a mantequilla rancia, llama urgentemente a la ambulancia”.

Y efectivamente, ni una sola mota de polvo, ni humo había en aquel aire, inundado de inexplicable luz azul celeste. En las calles se veía muy poca gente; seguramente, los Amantes del Aire Fresco estaban entretenidos con sus asuntos. Los transeúntes — y ello saltaba a los ojos — todos, como una sola persona, eran altos y ligeramente vestidos. Nadie andaba en abrigos de pieles. Y ninguno de ellos corría para calentarse; caminaban sin premura, y miraban con curiosidad a Petka. El, con su chaquetón guateado y su gorro con orejeras, debería de sentirse, al verlos, punto menos que Abuelo de los Hielos. Le acudieron a la memoria esas personas, curtidas y temerarias, que en invierno se bañaban en los agujeros abiertos en el río congelado e, incluso, organizaban competiciones de natación. Petka había visto el año anterior una competición semejante en Leningrado, durante las vacaciones.

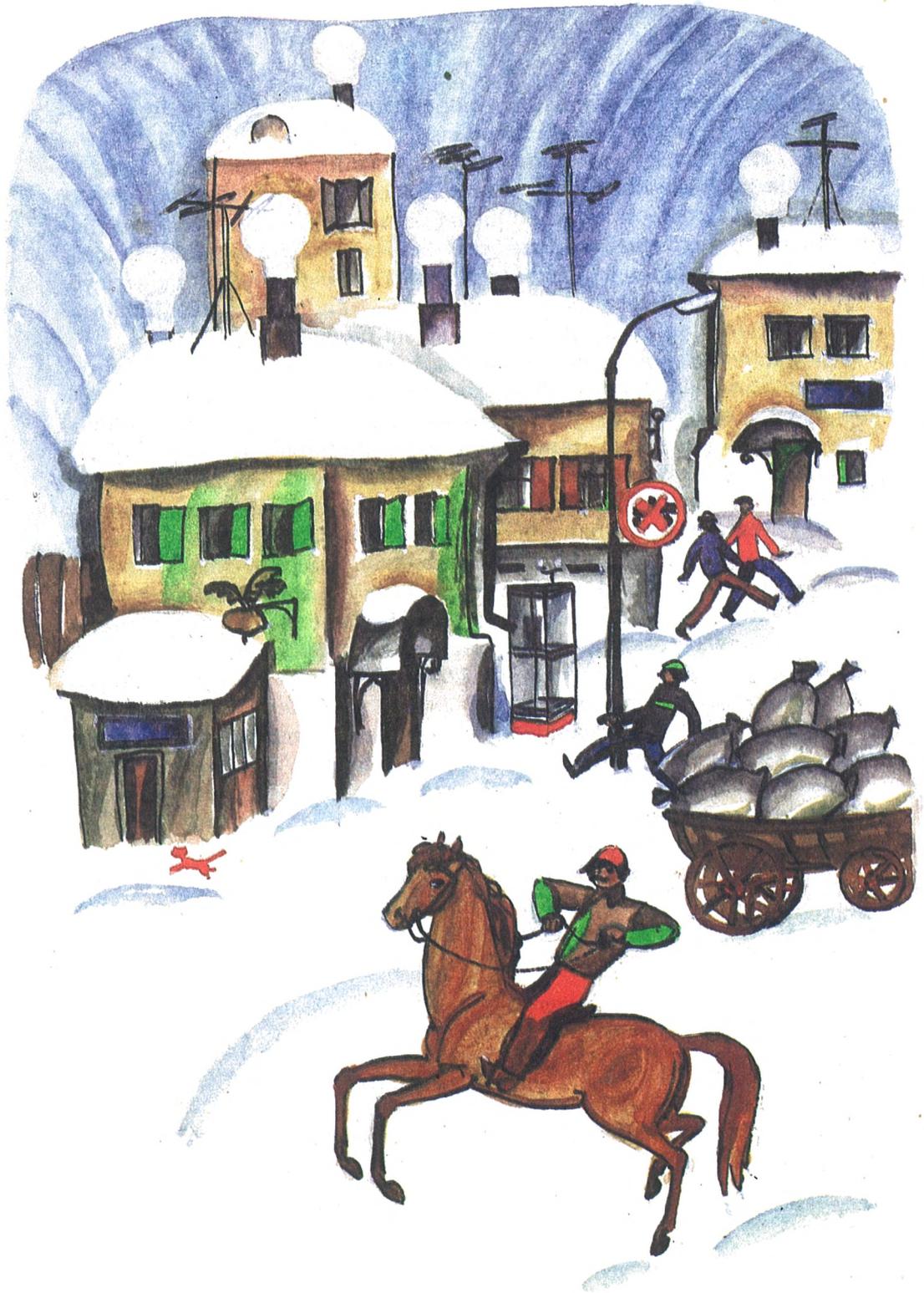
Un enorme y velludo caballo de tiro acarreaba pesadamente un carro lleno de sacos; en un caballito bayo pasó, sin prisa alguna, uno de los Amantes del Aire Fresco, con una gorra de montar. Era un hombre carirredondo y sonrosado; parecía tener unos veinte años, mientras que en realidad, sin duda, ya pasaría de los cuarenta.

— Perdone — se dirigió cortesmente a él Petka —, ¿tendría la bondad de decirme dónde vive el herrero Iván?

El jinete pensó unos instantes, sonrió y respondió de manera enrevesada; probablemente, era amigo de hablar enigmáticamente:

Un herrero sin forja ¿qué puede hacer?
Fuego sin humo ha de perecer.
Huyeron a la parte oriental
martillo, yunque, delantal.

Y, tirando ligeramente de las riendas, siguió trotando adelante. Pudiera parecer extraño, pero Petka descifró fácilmente esa adivinan-



za: al cabo de unos minutos llegó rodando a toda velocidad hasta un mediano edificio de piedra, enclavado al final del poblado. Tenía el portalón abierto, y el casquete sobre la chimenea estaba adornado con una herradura. Lo cual significaba, sin lugar a dudas, que era la casa del herrero.

Por regla general, los herreros son personas fornidas, de hombros anchos, con brazos y piernas musculosos, como forjados de hierro. Pero Petka encontró a un joven delgado, rubio, de ojos azules, que se parecía a un caballero de la antigüedad; vestía un largo delantal de cuero, ceñido por un cinturón. En su diestra, Iván sujetaba las tenazas con una estrecha placa de acero candente, parecida a un pétalo.

— Perdone. Un momento —dijo el herrero, y regresó a su fragua, donde le aguardaba su aprendiz.

Y continuó su trabajo ligera, rápida y alegremente, entre chispitas, suspiros de los fuelles y canciones. Era Iván quien cantaba, y aunque la fragua hacía mucho ruido, Petka, poco a poco, comenzó a captar las palabras, tanto más que entre ellas se oía un nombre conocido:

Varvara, Varvara, querida
¿Cuándo serás mía por vida?
¿Qué te gusta: vino, telas finas,
lavanda, perlas, golosinas?

El aprendiz avivaba el fuego con los fuelles, la llama arreciaba, el herrero manejaba diestramente con un martillito. Petka advirtió, no sin asombro, que la placa, poco a poco, fue tomando los contornos de un pétalo de rosa.

Perla Nívea, mi Palomita,
Nieve Inmaculada, Amiguita,
Eres mi Amor, Aurora, Esperanza,
mi Sueño, mi Jazmín, mi Añoranza.

—entonaba el herrero de ojos azules con toda la fuerza de su voz.

Iván no exageraba, ni mucho menos, cuando le había escrito a Varvara Andréevna que si ella le permitiera él inventaría para ella un millar de nombres cariñosos. Es más aún: por las canciones que el herrero componía entre los golpes de su martillo sobre el yunque, Petka se hizo cargo de que el joven enamorado había escuchado por la radio la noticia sobre el concierto del Año Nuevo y tenía el propósito de llegar a Nemujin para regalarle a Varvara Andréevna un ramo de Campanillas de color azul ce-



leste, las cuales, naturalmente, nunca se marchitarían, pues estarían hechas de acero.

Por lo visto, ya faltaba sólo un pétalo, aquel que Iván estuvo forjando en presencia de Petka.

Todo eso era magnífico, y Petka pensó que si Varvara Andréevna, realmente, tendría que abandonar la escuela, le convendría casarse precisamente con ese simpático herrero, y no con no se sabía qué dentista o electricista. Sin embargo, ya era hora de pasar a tratar del asunto que le había llevado allí.

— Por desdicha —dijo con tono resuelto Petka—, temo que usted no podrá regalar ese ramo a Varvara Andréevna. La cosa es que...

Y él contó todo lo que había ocurrido en Nemujin desde el momento en que él había observado desde el tejado al Frac Negro, al Perro Maltés Rosado, a los Papagayos Inseparables y a los otros músicos multicolores. Por cierto, apenas si había mencionado la conversación que el director mantuvo con Varvara Andréevna, el herrero le paró y le dijo:

— Está claro todo. Tengo que forjarles las voces.

¡Así es cómo debe ser!

Afortunadamente, ellos llegaron a Nemujin a altas horas de la noche, cuando todo el poblado ya estaba durmiendo. Petka dio leves golpecitos en la ventana del Maestro de Pipas, y éste, después de gruñir un poco, se levantó de la cama y fue a abrir la puerta. En primer lugar, el Maestro mandó a Petka a su casa, luego examinó con la mirada a Iván y quedó evidentemente satisfecho, aunque hizo sólo una objeción:

— Eres demasiado largo.

Eso significaba que el herrero no cabría en el sofá del cuarto para huéspedes. Pero todo resultó de maravilla: el Maestro acercó a uno de los lados del sofá un taburete, y el herrero se durmió apenas reclinada la cabeza en la almohada.

No se sabe nada cómo se forjan las voces, e incluso en el cuento para niños *El lobo y los siete chivitos* se dice simplemente que un herrero le forjó la voz al lobo. Mas el Viejo Maestro de Pipas, por lo visto, resultó a la altura de las circunstancias. Iván pasó el día entero a su lado, analizando todos los detalles del trabajo, y hay que decir que para el herrero fue un día nada fácil: como Amante del Aire Fresco no soportaba humo de tabaco, mientras que el Maestro no sacó su pipa de la boca en todo el día.

Los músicos, salvo el Extintor, que de súbito dejó escapar un silbido gaseoso y pidió que lo dejaran en paz, habían estado sentados o colgados desde la tarde anterior aguardando impacientes el comienzo del trabajo. Y en esas llegó directamente de la escuela, muy emocionada, Varvara Andréevna.

Ocurrió en el momento en que el herrero, puesto su delantal de cuero y arremangado, sacaba las herramientas de su saco.

— Muy buenas — saludó Varvara Andréevna, y las herramientas, una a una, se le cayeron al suelo.

El y ella se agacharon al mismo tiempo para levantarlas, se chocaron con las frentes y se echaron a reír, y entonces Iván dijo también:

— Muy buenas.

Varvara Andréevna se hallaba delante de él aturdida, bajados los ojos, con el rostro sonrosado, como el de una niña. Siempre cuesta encontrar las palabras necesarias en los primeros instantes del encuentro. Al fin, ella logró sobreponerse y rompió a hablar. Al punto se oyó una música apenas audible. Seguro que el electricista, el dentista, el estucador y el ingeniero se hubieran asombrado al oír aquella deliciosa música, que se terminaba cuando Varvara Andréevna se callaba. En cambio, el herrero no se asombró. “¡Así es cómo debe ser!”, pensó con alegría. Lo cual significaba que él no esperaba ninguna otra cosa de una muchacha como Varvara Andréevna. Ellos tenían que decidir qué voz debía ser forjada para cada uno de los músicos. Así pues, luego de consultar un rato, acordaron lo siguiente:

El Frac Negro debía sonar como piano de cola,
Los Verdes Papagayos Inseparables, como dos violines:
primer violín y segundo violín,
El Pedacito del Cielo, como violoncelo,
El Cartel Amarillo, como trompeta,
El Sombrero de Color Crema, como contrabajo,
El Perro Maltés Rosado, como viola,
Y la Pelota Blanca que él sujetaba en la boca,
llenaría las pausas.

— Cada uno de los músicos ya sabe bastante bien su papel —dijo Varvara Andréevna—. Pero, claro, todo será muy distinto cuando empiecen a tocar alto. Es sumamente importante que el piano de cola tenga tono suave, pero fuerte. Mi concierto es para piano con orquesta.

El Concierto del Año Nuevo

El director de la Escuela de Música y Artes rejuvenecía con cada día que pasaba, y estaba de excelente humor. Ahora Zina Milenushkina apenas tenía que golpear los platillos sobre su cabeza para restablecerle el equilibrio moral.

Otra vez él trotaba por Nemujin y cuando se daba palmadas en la barriga se oía el habitual y vigoroso sonido, recordando a todos que en sus años jóvenes el director había sido uno de los mejores tamborileros en la Unión Soviética.

Toda la ciudad ya sabía desde hacía mucho lo del concierto del Año Nuevo en el Palacio de los Pioneros, y el director se ponía especialmente contento cuando se le preguntaba acerca de Varvara Andréevna.

— Sí, es la muchacha sobre la que escriben en la prensa, ella alguna vez llegará a ser sin falta una notabilidad como lo es nuestro equipo de fútbol — decía —. Es una muchacha excelente, modesta y, además, — no lo creará — ¡el hada más auténtica!

Pero cuando le preguntaban acerca de la orquesta multicolor de la muchacha, respondía enigmáticamente:

— ¡Oh, eso hay que verlo con los propios ojos!

Naturalmente, él esperaba que cuando esos extraños músicos, como eran el Frac Negro o el Sombrero de Color Crema, salieran al escenario y Varvara Andréevna comenzara a agitar con su batuta en pleno silencio, el público descortés silbaría.

“Eso será un escándalo — pensó el director, frotándose maliciosamente las manos —. Se le caerá la cara de vergüenza, y algún periódico central insertará un artículo donde ponga: ‘¿Es posible oír los colores? ¡Claro que no! Mientras tanto, una maestra de la Escuela de Música de Nemujin afirma que ella es capaz de distinguir un color del otro. Y su director tuvo plena razón al despedirla por tal embuste’”.

En cuanto a Zina Milenushkina, ella había dejado de ir a la escuela desde hacía mucho tiempo. ¿Para qué iba a hacerlo? Después de todo, el director ya le había puesto “sobresalientes” en todas las asignaturas hasta el fin del año. Era mucho más interesante para ella recoger cotilleos por la ciudad. Los iba metiendo en su portafolio y luego recorría, una tras otra, las casas de sus conocidos. A veces, algunos de ellos la echaban. ¿Bueno, y qué? Iba a otra casa.

Zina ya no se pasaba escondida entre los arbustos de saúco, debajo de

la ventana de Varvara Andréevna. ¡Y había perdido mucho! Si hubiera estado sentada allí un par de veces más, hubiera podido ver a un invitado de Varvara Andréevna: un desconocido alto, rubio, con ojos azules. La verdad es que no hubiera comprendido nada de su conversación, porque hablaban de que el Frac Negro sonaba aún como un piano de cola, y que debería sonar como un piano para conciertos. De todas formas eso sería un cotilleo tan grande que, probablemente, no hubiera cabido en su portafolio.

Mientras tanto llegó, sigilosamente, el Año Nuevo; más exacto sería decir que no llegó, sino pareció haberse compuesto de los abetos expuestos a la venta en cada esquina, de los escaparates adornados con sonrientes Abuelos de los Hielos, del ajeteo en cada casa donde los niños estaban haciendo cadenas de papeles multicolores, pintaban de plata las nueces y decoraban los abetos con frágiles abalorios y temblorosa lluvia dorada. Al pie del abeto más alto que había en el Palacio de los Pioneros se hallaba un Abuelo de los Hielos, ataviado con un largo abrigo rojo y un alto gorro blanco-rojo. Era el Viejo Maestro de Pipas. Estaba repartiendo regalos entre los niños. Eso fue por el día. Pero por la tarde... Por la tarde todo Nemujin concurre a escuchar la orquesta multicolor, dirigida por el hada más auténtica.

En la primera fila se sentaron las personas más respetadas en la ciudad, y entre ellos, claro, estaba el director de la Escuela de Música y Artes, que a cada momento saltaba de su sitio para ir a recibir a invitados de Moscú.

Llegaron los periodistas. Llegaron los representantes del Ministerio de Música. Llegó el Conservador Principal de la Cámara de Medidas y Pesos, amigo del Viejo Maestro de Pipas; el Conservador se proponía, después del concierto, consultar con el Maestro acerca de algo relacionado con medidas y pesos. El último llegó el mejor Trombón de la Unión Soviética, un hombre casi vivo retrato de su largo instrumento, que consiste, como sabemos, de tubitos brillantes y suavemente curvados.

El espacioso escenario aún estaba completamente vacío, al menos así le parecía al público, que esperaba pacientemente la salida de los músicos. Los músicos no aparecían. No se sabía por qué, pero en el escenario había sólo una mesita y encima de ella, apretujados, se encontraban los Papagayos Inseparables y al lado, el Perro Maltés Rosado, con una Pelota Blanca en la boca. En la percha colgaba el desgastado Frac Negro, que fue reconocido por algunos espectadores, ya que lo habían visto varias veces en

actores del Teatro de Nemujin. El Cartel Amarillo estaba pegado con chinchetas a la pared, y sobre él colgaba el Sombrero de Color Crema.

La mancha azul celeste, que vagaba perezosamente por los bastidores, no decía, claro, a nadie nada y nadie la tomó por el Pedacito del Cielo Azul; la mayoría de los espectadores decidieron que los obreros del escenario no habían tenido tiempo de recoger los decorados del último espectáculo. Y solamente el atril, con las notas y la batuta, recordaba que dentro de poco tiempo, en aquella sala llena, se tocaría música; y eso se realizaría, pues al concierto asistían personas eminentes.

Por fin apareció Varvará Andréevna en el escenario y se puso al pie del atril. Estaba ataviada con un negro y elegante vestido a rayas claras y una blusa blanca de encajes, cerrada por un modesto broche. Esa tarde era difícil reconocerla. Todo su aspecto manifestaba algo imperioso: ahora ya sería totalmente imposible imaginarse que ella tenía miedo espantoso cuando el director alzaba sus apagados y plomizos ojos para mirarla.

Dio unos golpecitos con la batuta en el atril, y el Frac Negro, el Perro Maltés Rosado y los otros músicos multicolores la miraron de la misma manera que los músicos de una orquesta de verdad miran a su director, aguardando el primer movimiento de su batuta. Y la música, oída por todos, se encendió, extendió sus alas y flotó por toda la sala. Flotaba libremente, cual una fragata surcando las olas, con velas suavemente encorvadas. Y los habitantes de Nemujin (salvo el director, quien no dio crédito a sus oídos) recordaron su niñez, cuando ellos, todos, habían sido personas eminentes, porque creían en los cuentos y estaban seguros de que su vida, a la larga, sería bella. “De otra forma no podía ser —pensaban—, pues de otra forma no podía ser jamás.”

Podemos afirmar sin miedo que el herrero de ojos azules, que se parecía a un caballero, había hecho un trabajo maravilloso. El Frac sonaba como un piano para los conciertos, los Papagayos Inseparables no se equivocaron ni una sola vez, aunque tenían una parte complicada, y el perezoso Pedacito del Cielo Azul sonaba casi igual que el órgano. El Perro Maltés Rosado también se esforzaba bastante, mientras la Pelota Blanca, que él sujetaba entre los dientes, callaba, pues su papel era llenar las pausas.

La Sala Magna del Palacio de los Pioneros no tenía cabida para todos los deseosos, y muchos se quedaron en sus casas. Pero esa música, grave y deliciosa, que contenía el recuerdo de la infancia, la esperanza en el luminoso día de mañana y algo más, algo indescriptible, que refulgió en el

alma, cual un rayo de luz triste y alegre, llegó también hasta ellos. Posteriormente muchos pensaron en que todo eso había ocurrido porque la orquesta fue dirigida por el Hada de la Música, quien quiso demostrar que realmente era un hada. De hecho, de la misma manera que un sonido responde con el eco a otro sonido, un color se reflejó en otro color, y todo Nemujin resonó como una gran orquesta multicolor.

Ya no era una fragata navegando contra la brisa, sino una ciudad entera que volaba en la inmensa extensión de la noche. Apenas tintinearón las estrellas, un eco leve reflejó la luna; el lozano aire del Año Nuevo estaba impregnado de música apagada por la nieve que caía lentamente, pero esa música sonaba resplandeciente, solemne y libre. En esto, la muchacha en el modesto vestido negro, empalidecida por la emoción, agitó por última vez su batuta. Y al punto se hizo silencio. Mejor dicho, ese silencio había entrado en la sala, con timidez, lamentando que debía reemplazar aquella música extraordinaria. El silencio comenzó, poco a poco, a abrirse paso por entre las filas.

Al instante se oyó un ruido estrepitoso: el director había saltado de su asiento y, jadeante, se marchó corriendo de la sala. Luego... ¡Oh! Luego resonó una tempestad de aplausos en honor de Varvara Andréevna. Pero ella salió sólo una vez, además acompañada. Llevaba de la mano a un desconocido alto, rubio, con ojos azules, que se parecía a un caballero. Muy ruborizado, él hizo una reverencia torpe y le tendió a Varvara Andréevna el ramo de Campanillas Azules. Y ésa fue la última maravilla que todos presenciaron aquella tarde asombrosa. ¡Campanillas en pleno invierno! Claro que nadie había sospechado que las flores estaban hechas de acero.

Las hadas también se casan

Ya queda poco por terminar este cuento. Todo quien lo haya seguido hasta el final, ya supondrá el desenlace, si es que, claro, lo ha leído con atención. No hubo nada de inesperado en que el Consejo urbano de Nemujin había dispuesto organizar un laboratorio de estudio comparativo del sonido y el color en la Escuela de Música y Artes, en el cual los modestos músicos encontraron una vivienda permanente. Desde entonces todos empezaron a llamarlos “muestras”, y aunque los músicos no entendían el sentido de esa extraña palabra, se enorgullecían de ello, porque los colaboradores del laboratorio solían añadir: “Y las muestras más raras del mundo”.



Con Zina Milenushkina no ocurrió nada, sin contar que, después del concierto, no se supo por qué ella quedó sorda del oído derecho, el mismo que había procurado esconder debajo de sus trenzas pelirrojas. Mas eso no la afligió mucho, pues el director, a quien ella contaba todo lo que había escuchado por allí, había abandonado Nemujin para no volver jamás. Terminado el concierto, arrancó de las manos del guardarropa su abrigo de pieles y su gorro y, musitando “¡Eso no puede ser!”, se disolvió para siempre en la noche del Año Nuevo.

Alguien lo vio luego en la estación ferroviaria: él deambulaba por el andén y volvía la espalda a un hombre cuando éste le pedía que se calmara y fuera con él a tomar una copa de aguardiente en la cantina. Se rumoreaba que el director se había marchado a Moscú, donde también probó demostrar a uno de los consultantes superiores del Ministerio de la Música que “eso no puede ser”. Pero el consultante, súbitamente, le objetó:

— ¡Sí que puede ser!

No se diría que los habitantes de Nemujin lamentaran la repentina desaparición del director. Es más aún, todos se olvidaron de él inmediatamente. La ciudad vivía en estado de excitación a causa de otro evento, mucho más importante. Primero en una casa, luego en otra comenzaron a rumorear con frecuencia que el herrero, en definitiva, inventó un millar de nombres cariñosos para Varvara Andréevna y ella asintió a ser su esposa.

Y eso era verdad.

Solamente Tania y Petka fueron invitados a la comida de gala con motivo de la boda, pero cada familia en la ciudad brindó a la salud de los novios y les deseó felicidad. El Poblado de Amantes del Aire Fresco envió por ellos un magnífico trineo preciosamente adornado, con un fino caballito bayo, que conducía el hombre sonrosado, precisamente aquél que había explicado de manera enrevesada dónde el herrero Iván vivía.

— ¿Cómo van sus asuntos? —le preguntó Petka.

Y el cochero, después de sonreírle, de nuevo contestó enigmáticamente:

— Los asuntos aumentan en volumen cual una bola de nieve rodando montaña abajo. A uno le ha tocado la navaja de zapatero remendón, y a mí, el telliz y los arneses con un caballo.

Y si bien Petka no sabía que el telliz es una tela abigarrada que a veces se coloca debajo de la silla de montar como adorno, él comprendió que te-

nía delante a un hombre muy ocupado, pero que había encontrado tiempo libre para desplazarse a Nemujin.

Todos los alumnos de la Escuela de Música y Artes vinieron a despedir a Varvara Andréevna, y ella incluso derramó unas lágrimas de felicidad y de pena. De felicidad porque se sentía muy dichosa y, de pena, porque le daba lástima separarse de la ciudad en que tanto la querían.

También los habitantes de Nemujin se sintieron compungidos. “Pero, por otra parte —decidieron ellos—, sería imperdonable que ella rechazara a un novio como Iván.” Los novios se acomodaron en el trineo, el caballito echó a andar y todas las ventanas se abrieron de par en par a un mismo tiempo, a pesar de la fuerte helada que hacía en la calle.

— ¡Buen viaje!

— ¡No nos olviden!

— ¡Escribannos!

— ¡Les deseamos fuerte salud!

El trineo rodó por la calle Lenta, dobló a una bocacalle que unía aquélla con el malecón; el cochero frenaba al caballo, mientras eligía una pendiente suave, hasta que al fin guió el trineo sin balanceos a lo largo de un pequeño y sinuoso río.

Pronto se dejó ver por unos instantes la ciudad de Mujin, con su perezoso y soñoliento ladrido de perros, con su torre de televisión, mucho más baja que la de Nemujin; luego fueron pasando diversas aldeas oscuras.

Una luna grande y amarilla fue haciéndose más pequeña y paulatinamente tornábase azul hasta transformarse en una tortita resplandeciente, a la que alguien había agarrado una cuarta parte de su borde. Mas las tres cuartas partes restantes eran suficientes para cubrir todo el río Nemújinka con miríadas de refulgentes estrellitas, que chirriaban bajo los patines del trineo. Era, claro, la nieve, que se esforzaba al máximo para tener un aspecto sumamente atractivo en la primera noche del año que acababa de entrar.

Varvara Andréevna dormitaba, se había rendido de las emociones que había vivido por el día. Su sueño era liviano y placentero: una mañana de primavera, mariposas revoloteando sobre una chiquita cascada de bosque, los saltamontes que desayunaban sin premura en la alta hierba. Iván la había abrazado por los hombros, para que en una curva cerrada ella no se cayera del trineo; y a Varvara Andréevna le pareció que, si no fuera por su fuerte brazo, ella hubiera visto un sueño completamente distinto: triste o, quizá, espantoso.



Arkadi Gaidar

La piedra caliente

1

Vivía cierta vez en una aldea un anciano solitario. Era débil, y se ganaba la vida trenzando cestos, remendando botas de fieltro para invierno y guardando el huerto de la granja colectiva contra pequeños ladronzuelos.

El anciano había llegado a la aldea desde lejos y hacía mucho tiempo; los lugareños notaron en seguida que el hombre había sufrido bastantes calamidades en su vida. Era cojo y por sus canas aparentaba más edad: Una cicatriz sesgada y con desgarrones le cruzaba el carrillo y los labios, por lo cual su rostro parecía severo y triste aun cuando se sonreía.

2

Un día, el chiquillo Ivashka Kudriashkin se metió en aquel huerto para robar manzanas y darse un hartazgo de ellas. Desafortunadamente se enganchó el pantalón de un clavo de la cerca y cayó sobre un arbusto de

uva espina, se arañó, lanzó un chillido de dolor y allí mismo fue atrapado por el guarda.

El viejo, claro, hubiera podido atizarle las nalgas con unas matas de ortiga, que pican mucho, o castigarle aun peor: conducirlo a la escuela para quejarse de él; pero le dio lástima del chico. Ivashka tenía las manos llenas de arañazos, por sus mejillas coloradas le corrían lágrimas y un jirón le colgaba en el trasero del pantalón, como rabo de oveja.

El viejo, en silencio, condujo al chico asustado hasta el portillo y le dejó marchar a casa sin haberle dado siquiera un coscorrón o dicho alguna palabra.

3

Avergonzado y apenado, Ivashka se adentró en el bosque, perdió el camino y fue a parar a un pantano. Al poco se sintió cansado de tanto andar y se sentó en una piedra de color azul celeste que sobresalía por entre el musgo; pero al instante saltó de ella chillando, porque le pareció haberse sentado sobre una abeja, que le picara dolorosamente por el agujero del pantalón.

Pero no vio ninguna abeja en la piedra, que era tan caliente como una ascua grande recién sacada del fuego; además, en su lisa superficie tenía grabadas unas letras manchadas de barro.

“¡Es mágica la piedra!”, adivinó en seguida Ivashka. Se quitó una bota y con el tacón restregó la inscripción.

Hete aquí lo que en ella se decía:

**Quien suba esta piedra a la montaña
y allí la rompa en pedazos, recuperará
su juventud y volverá a vivir
desde el principio.**

Más abajo se divisaba un cuño, que, sin embargo, no era ni redondo ni triangular, como los que ponen en los documentos oficiales. Era un cuño bastante complicado, consistía en dos cruces, tres colas, un agujero con un palillo y cuatro comas.

Ivashka Kudriashkin quedó afligido. Recién había cumplido ocho años y no tenía ningún deseo de volver a comenzar su vida, o sea, repetir el primer grado en la escuela.

¡Otra cosa hubiera sido si, con ayuda de esa piedra, pudiera saltar del primer grado al tercero, sin hacer los deberes de casa!



Pero todo el mundo sabe desde tiempos inmemoriales que las piedras más mágicas nunca hacen milagros parecidos.

4

Al pasar al lado del huerto, el abatido Ivashka de nuevo vio al viejo, que, tosiendo y parándose a cada momento para tomar aliento, llevaba un balde con cal en una mano y con la otra sujetaba por la vara una brocha gorda, apoyada en un hombro.

Ivashka, que era un chico bondadoso por naturaleza, pensó: “Ahí viene un hombre que fácilmente hubiera podido castigarme con matas de ortiga. Pero le dio lástima de mí. Y ahora a ver si soy capaz de compadecerle y devolverle su juventud para que no tosa, no cojee y nunca más respire tan fatigosamente”.

Con tal noble intención, el buen Ivashka se acercó al viejo y le explicó todo sin rodeos. El guarda, con aire solemne, agradeció al chico, pero se negó a marcharse de su puesto, porque entonces aún quedaban personas que, sin ningún reparo, podían aprovechar la ocasión para “desfrutar” todo el huerto. Así que el viejo le mandó a Ivashka que él solo sacara la piedra del pantano y la subiera a la montaña, y añadió que pasaría por allí más tarde para golpearla con algo.

Ivashka quedó muy decepcionado con tal giro del asunto, pero le faltó coraje para negarse y con ello ponerle al viejo de mal humor.

A la mañana siguiente encontró un saco fuerte y unas manoplas de lienzo para no quemarse cuando acarrearla la piedra caliente, y se fue al pantano.

5

Manchado de barro y fango, Ivashka logró sacar a duras penas la piedra del pantano y al final, con la lengua afuera, se tumbó en la hierba al pie de la montaña.

“Bueno — pensó —, ahora subiré rodando la piedra a la montaña, vendrá el viejo, romperá la piedra, volverá a ser joven y comenzará de nuevo su vida. Dice la gente que él había pasado muchas calamidades. Ahora es viejo, solitario, magullado, herido y, claro está, nunca ha sido feliz en la vida como otras personas.” En cambio, él, Ivashka, aunque era joven, ya había conocido la felicidad de vivir en tres ocasiones. La prime-

ra vez había sido cuando, ya iba bastante retrasado a clases, un chófer desconocido le llevó en un coche brillante, desde el establo de la granja hasta la escuela. La segunda vez había sido en primavera, cuando había capturado con las manos un lucio en una zanja. Y la tercera vez se había sentido feliz cuando el tío Mitrofán le llevó consigo a la ciudad para asistir a la fiesta del Primero de Mayo.

“Que el desdichado viejo conozca también la felicidad en su vida”, decidió, magnánimo, Ivashka.

Se puso de pie y, pacientemente, empezó a rodar la piedra hacia arriba de la montaña.

6

Un poco antes de la puesta del sol, el viejo subió a la montaña, donde Ivashka, fatigado y aterido, estaba secando su ropa sucia y mojada en la piedra caliente.

— Abuelo, ¿por qué no has traído un martillo, un hacha o una barra de hierro? — exclamó, extrañado, el chico—. ¿O piensas romper la piedra con las manos?

— No, Ivashka —le respondió el viejo—. No pienso romperla con las manos, ni quiero intentarlo, porque no deseo volver a vivir desde el principio.

Dicho eso, el viejo se aproximó al fatigado Ivashka y le pasó la mano por el cabello. El chico notó que la palma de la pesada mano del viejo temblaba ligeramente.

— Seguro que piensas que soy viejo, cojo, malcarado y desdichado — dijo —. Pero en realidad, soy el hombre más feliz del mundo. Me partí la pierna al caerme un tronco encima. Eso ocurrió cuando nosotros teníamos todavía poca experiencia y derrumbábamos las vallas para levantar barricadas durante la sublevación contra el zar, al que tú has podido ver solamente en dibujos. Me rompieron los dientes, pero eso fue cuando todos juntos, en la cárcel, cantábamos canciones revolucionarias. Me dieron un sablazo en la cara en uno de los combates, pero eso sucedió cuando los primeros regimientos de voluntarios ya destrozaban a los ejércitos enemigos*.

*El anciano tiene en cuenta la guerra civil en Rusia (1918-1920), cuando las fuerzas revolucionarias de obreros y campesinos combatieron la contrarrevolución y, más tarde, a los enemigos externos. (*N. del Trad.*)



Caí enfermo de tifus y me pasé tosiendo y delirando sobre un montón de paja en un barracón pequeño y frío. Y las palabras, que retumbaban en mis oídos, sobre cómo nuestro país había sido cercado y cómo nuestras tropas fueron retrocediendo ante el enemigo, me causaban más pavor que cuando pensaba en la muerte. Y, recobrado el sentido con el primer rayo de sol reaparecido, yo me enteraba, sin embargo, que el enemigo nuevamente fuera derrotado y nuestro ejército seguía avanzando.

Así pues, nosotros, felices, estrechábamos las huesudas manos el uno al otro, cuando guardábamos cama en el hospital, y soñábamos con que llegaría el día — no importaba que fuera ya sin nosotros — en que nuestro país sería tan poderoso y tan grandioso como lo es ahora. ¡¿Acaso no es felicidad eso, tontín?! ¿Para qué necesito yo otra vida y otra juventud, si mi vida y mi juventud, aun muy penosas, han sido claras y honradas?

El viejo enmudeció, sacó su pipa, la encendió y se puso a fumar.

— Bien, abuelo — dijo con voz queda Ivashka —. Si así es, entonces ¿para qué he subido esta piedra a la montaña cuando ella hubiera podido quedarse tranquilamente allá, en el pantano?

— Déjala que esté a la vista — propuso el anciano —, y ya verás lo que ocurrirá.

7

Transcurrieron muchos años desde entonces, pero la piedra, entera, continúa inmóvil sobre la montaña. Muchas personas la vieron; se detenían cerca de ella, quedaban un rato pensativas, mecían la cabeza y se marchaban.

Yo también subí a aquella montaña una vez. Me encontraba de mal humor y tenía algo intranquila mi conciencia. Pensé entonces: “¿Y si la rompo y vuelvo a vivir desde el principio?”

Al rato, cambié de idea.

“¡Vaya! — pensé —. Cuando me vean mis vecinos otra vez joven, van a decir: ‘¡Ahí viene ese joven tonto! Seguramente no ha sabido vivir la vida como es debido, ni ha apreciado su felicidad, y ¡ahora quiere comenzar todo de nuevo!’”

Lié un cigarrillo, lo encendí tocándolo en la piedra, para no gastar cerillas, y me marché a casa.

